

BLAKE PIERCE



CAUSA
PARA
MATAR

MISTERIO DE AVERY BLACK – LIBRO I

CAUSA PARA MATAR

(MISTERIO DE AVERY BLACK - LIBRO 1)

BLAKE PIERCE

OceanofPDF.com

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la exitosa serie de misterio RILEY PAGE, la cual incluye las novelas de suspenso y misterio UNA VEZ DESAPARECIDO (libro #1), UNA VEZ TOMADO (libro #2), UNA VEZ ANHELADO (#3) y UNA VEZ ATRAÍDO (#4). Blake Pierce es también el autor de las series de misterio MACKENZIE WHITE y AVERY BLACK.

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1), que cuenta con más de 100 opiniones de cinco estrellas, ¡está disponible como una [descarga gratuita en Google Play!](#)

Ávido lector y admirador de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, a Blake le encanta tener noticias de sus lectores, así que no dudes en visitar www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

Copyright © 2016 por Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Excepto lo permitido por la ley U.S. Copyright Act of 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma y por ningún medio, o almacenado en base de datos o sistemas de recuperación, sin previa autorización del autor. Este ebook está licenciado para su disfrute personal solamente. Este ebook no puede ser revendido ni entregado libremente a otras personas. Si desea compartir este libro con otras personas, por favor sírvase comprar una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo adquirió, o no fue adquirido para su solo uso, por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el trabajo duro del autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos e incidente son o bien producto de la imaginación del autor, o bien utilizados en forma ficticia. Cualquier semejanza con personal reales, vivas o muertas, es una completa coincidencia. Imagen de portada Copyright miljko, utilizada bajo licencia de iStock.com.

OceanofPDF.com

LIBROS DE BLAKE PIERCE

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE MATE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

SERIE DE MISTERIO AVERY BLACK

CAUSA PARA MATAR (Libro #1)

CAUSA PARA CORRER (Libro #2)

OceanofPDF.com

CONTENIDOS

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTESÉIS

CAPÍTULO VEINTESIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CINCO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SEIS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SIETE](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y OCHO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE](#)
[CAPÍTULO CUARENTA](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

PRÓLOGO

Fue casi imposible para Cindy Jenkins irse de la fiesta de primavera de su sororidad en el Atrium. El enorme espacio del pent-house estaba repleto de luces estroboscópicas, dos barras abastecidas, y una bola de cristal casi estelar que reflejaba su brillo en una pista repleta de invitados. En el transcurrir de la noche bailó con todos y con ninguno. Los compañeros iban y venían, y Cindy sacudía su cabello caoba y mostraba una perfecta sonrisa y su mirada azul cielo a cualquier bailarín que por casualidad apareciese. Esta era *su* noche, una celebración no sólo por el orgullo de ser Kappa Kappa Gamma, sino también por los muchos años de esfuerzo por ser la mejor.

Ella sabía que su futuro estaba asegurado.

Por los últimos dos años había sido pasante en una importante empresa de contaduría en la ciudad; recientemente le habían ofrecido un puesto como contable junior. El salario inicial era suficiente para comprar un elegante nuevo guardarropas y pagar un apartamento a tan sólo unas cuadas del trabajo. ¿Sus notas? Las mejores de su clase. Sin dudas podría avanzar sin esfuerzo hasta la graduación, pero Cindy no comprendía el significado de la frase “avanzar sin esfuerzo”. Siempre daba todo lo que tenía, cada día, sin importar lo que estuviese haciendo. Trabaja duro y diviértete duro, ese era su lema; y esta noche quería divertirse.

Otro vaso de la altamente alcohólica “Aguanieve azul de ensueño”, otra ovación de Kappa Kappa Gamma, y otro baile, y Cindy no podía borrar la sonrisa de su rostro. Bajo las luces estroboscópicas, se movía en cámara lenta. Su cabello se azotó hacia atrás y su nariz respingada se arrugó al ver a un chico quien ella sabía que hacía años quería un beso. ¿Por qué no?, pensó. Sólo un beso rápido; nada serio; nada que arruinara su relación actual, sólo lo suficiente para que todos en la fiesta supieran que no *siempre* era una santurrona Tipo A que seguía las reglas.

Sus amigos la vieron y la aclamaron en señal de aprobación.

Cindy se apartó del chico. El baile y el alcohol y el calor finalmente le empezaban a pasar factura. Se desvaneció levemente, aun sonriendo, y se agarró del cuello del chico para no caerse.

“¿Quieres ir a mi casa?”, susurró él.

“Tengo novio.”

“¿Dónde está?”

Es cierto, pensó Cindy. ¿Dónde *está* Winston? Él odiaba las fiestas de sororidad. *No son más que un montón de chicas creídas emborrachándose y engañando a sus novios*, solía decir. Bueno, pensó ella, creo que por fin estamos de acuerdo. Besar a un chico estando ya comprometida con otro hombre era probablemente lo más escandaloso que había hecho en su vida.

Estás borracha, se recordó. *Sal de aquí*.

“Debo irme”, dijo, arrastrando las palabras.

“¿Un baile más?”

“No,”, respondió, “de verdad me tengo que ir”.

El chico aceptó sus términos a regañadientes. Mirando embelesado a la popular alumna de último año de Harvard, se retiró hacia la multitud y ofreció un adiós con la mano.

Cindy se deslizó un mechón de cabello sudoroso por detrás de la oreja y se abrió camino para salir de la pista de baile, con la vista baja y el rostro brillando de felicidad. Su canción favorita empezó a sonar y giró y se balanceó hacia el borde de la multitud.

“¡Noooo!”, se quejaron sus amigos, viéndola intentar partir.

“¿Adónde vas?”, exigió uno.

“A casa”, insistió ella.

Su mejor amiga, Rachel, se abrió paso a los empujones a través del grupo y tomó a Cindy de las manos. Siendo una morocha bajita y robusta, no era la más atractiva ni la más inteligente de la manada, pero su naturaleza sexual y agresiva la convertía a menudo en el centro de atención. Tenía puesto un revelador vestido plateado, y cada vez que se movía, su cuerpo parecía a punto de reventar y salirse de su atuendo.

“¡No-puedes-irte!”, ordenó.

“Estoy *muy* borracha”, alegó Cindy.

“No hemos ni siquiera hecho nuestra broma del Día de los Inocentes! ¡Ese el momento más importante de la fiesta! Por favor. Sólo quédate un rato más.”

Cindy pensó en su novio. Llevaban juntos dos años. Esa noche se suponía que tuvieran una cita nocturna en su apartamento. Gruñó para sí al recordar su tan poco característico beso en la pista de baile. ¿Cómo se supone que explique *eso?*, se preguntó.

"De verdad", dijo, *"Tengo que irme"*, y apelando a la naturaleza escandalosamente erótica de Rachel, echó un vistazo al chico que había

besado y agregó jocosamente, "¿Y si me quedo? ¿Quién *sabe* lo que pueda pasar?"

"Oh!", aclamaron sus amigos.

"¡Está fuera de control!"

Cindy besó a Rachel en la mejilla y susurró, "Que tengas una noche genial. Nos vemos mañana", y se dirigió a la puerta.

Afuera, el aire fresco primaveral hizo que Cindy respirara hondo. Se limpió el sudor de la cara y subió brincando la Calle Church en su corto vestido amarillo de verano. La cuadra del centro de la ciudad estaba compuesta principalmente por edificios bajos de ladrillos y algunas casas señoriales anidadas entre los árboles. Un giro a la izquierda hacia la Calle Brattle y cruzó al otro lado y caminó hacia el suroeste.

Los faroles de la calle alumbraban la mayoría de las esquinas, pero una sección de la Calle Brattle estaba envuelta en la oscuridad. En lugar de preocuparse, Cindy apuró el paso y extendió sus brazos a lo ancho, como si las sombras pudiesen de alguna manera limpiar su sistema del alcohol y el cansancio y darle energías para la cita con Winston.

Un callejón angosto apareció a su izquierda. Su instinto le dijo que tuviese cuidado, después de todo era sumamente tarde, y no desconocía el lado más turbio de Boston, pero también estaba demasiado colocada como para creer que algo malo podía interponerse entre ella y su futuro.

Por el rabillo del ojo, percibió movimiento, y demasiado tarde, se dio vuelta.

Sintió un repentino dolor agudo en el cuello, tanto que la hizo tomar aire, y miro rápidamente hacia atrás, descubriendo algo que brillaba en la oscuridad.

Una aguja.

Su corazón se desplomó, y su borrachera desapareció en un instante.

Al mismo tiempo, sintió que alguien se apoyaba en su espalda, un sólo brazo esbelto atrapando el suyo. El cuerpo era más pequeño que el suyo, pero fuerte. De un tirón, fue arrastrada de espaldas hacia el callejón.

"Shhh."

Cualquier idea de que pudiese ser una broma desapareció en el momento que escuchó esa malévola e intensa voz.

Intentó patalear y gritar. Por algún motivo, su voz no funcionaba, como si algo le hubiese ablandado los músculos del cuello. Sus piernas, también,

comenzaron a sentirse como gelatina, y apenas podía mantener sus pies en el suelo.

¡Haz algo!, se imploró a sí misma, sabiendo que si no lo hacía iba a morir.

El brazo estaba alrededor de su lado derecho. Cindy se liberó del agarre, y al mismo tiempo tiró su cuello hacia atrás y le dio un cabezazo a su atacante. La parte trasera de su cráneo dio contra la nariz de él, y pudo casi escuchar un crujido. El hombre maldijo silenciosamente y la soltó.

¡Corre! Suplicó Cindy.

Pero su cuerpo se rehusó a obedecer. Sus piernas se rindieron debajo de su cuerpo, y cayó pesadamente al piso de concreto.

Cindy se acostó sobre su espalda, con las piernas extendidas y los brazos abiertos en ángulos opuestos, incapaz de moverse.

El atacante se arrodilló a su lado. Su cara estaba oculta tras una peluca descuidadamente colocada, un bigote falso, y anteojos gruesos. Los ojos detrás de los anteojos le dieron un escalofrío por todo el cuerpo: frío y duro. Sin alma.

"Te amo", le dijo.

Cindy intentó gritar; sólo le salió un gorgoteo.

El hombre le rozó el rostro; luego, como si fuese consciente de su entorno, se puso de pie rápidamente.

Cindy sintió que la agarraban de las manos y la arrastraban por el callejón.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Alguien, suplicó mentalmente, *ayúdeme. ¡Ayuda!* Recordó a sus compañeros de clase, sus amigos, sus risas en la fiesta. *¡Ayuda!*

Al final del camino, el pequeño hombre la levantó y la abrazó fuertemente. Su cabeza se apoyó en el hombro de él. Le acarició el cabello cariñosamente.

Le tomó una de las manos y le dio una vuelta como si fuesen amantes.

"Está bien", dijo en voz alta, como si alguien más lo estuviese escuchando, "yo abriré la puerta."

Cindy distinguió gente a lo lejos. Pensar era difícil. Nada se movía; un esfuerzo por hablar no tuvo éxito.

Se abrió la puerta del asiento del acompañante de una camioneta azul. La dejó caer adentro y cerró la puerta cuidadosamente para que su cabeza descansara en la ventanilla.

Él entró del lado del conductor, y le colocó un saco suave, con forma de almohada, sobre la cabeza.

"Duerme, mi amor", dijo, y encendió el motor. "Duerme."

La camioneta se alejó, y mientras la mente de Cindy se desvanecía hacia la oscuridad, su pensamiento final fue sobre su futuro, su brillante, increíble futuro que de repente y horriblemente le había sido robado.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO UNO

Avery Black se paró al fondo de la abarrotada sala de conferencias, recostándose contra una pared, sumida en sus pensamientos mientras asimilaba los procedimientos a su alrededor. Más de treinta oficiales atestaban la pequeña sala de conferencias del Departamento de Policía de Boston en la Calle Nueva Sudbury. Dos paredes estaban pintadas de amarillo; dos eran de vidrio y daban al segundo piso del departamento. El Capitán Mike O'Malley, en sus cincuenta, pequeño, pero poderosamente fornido, nativo de Boston con ojos y cabello oscuro, se movía de un lado al otro detrás del podio. A Avery le parecía estar perpetuamente inquieto, incómodo en su propio cuerpo.

"Finalmente pero no de menos importancia," dijo con su grueso acento, "me gustaría darle la bienvenida a Avery Black a la Brigada de Homicidios."

Algunos aplausos desinteresados llenaron la sala, la cual sin ser por eso se mantuvo en un vergonzoso silencio.

"*Vamos, vamos*", soltó el capitán, "esa no es la forma de tratar a un nuevo detective. Black tuvo más arrestos que cualquiera de ustedes el año pasado, y atrapó casi sin ayuda sola a los Asesinos del Lado Oeste. Denle un poco de respeto," dijo y asintió hacia el fondo con una sonrisa evasiva.

Con la cabeza baja, Avery sabía que su cabello rubio oxigenado escondía sus facciones. Vestida más como abogada que como policía, en su elegante traje negro y camisa abotonada, su atuendo, un recuerdo de sus días de abogada defensora, era otra de las razones por las cuales la mayoría dentro del departamento de policía elegía o bien evitarla, o maldecir su nombre a sus espaldas.

"¡Avery!" El capitán levantó los brazos. "Estoy intentando felicitarte. ¡Despierta!"

Miró a su alrededor, nerviosa, al mar de rostros hostiles que le devolvían la mirada. Comenzaba a cuestionarse si venir a Homicidios había sido una buena idea después de todo.

"Muy bien, comencemos el día", añadió el capitán hacia el resto de la sala. "Avery, tú, a mi oficina. *Ahora.*" Se volteó hacia otro policía. "Y quiero verte a ti también, Hennessey, acércate. Y Charlie, ¿por qué te vas tan rápido?"

Avery esperó que la multitud de oficiales de policía se dispersase, luego mientras se acercaba hacia su oficina, un policía se paró frente a ella, uno a quien había visto en el departamento, pero nunca había saludado formalmente. Ramírez era apenas más alto que ella, esbelto y sofisticado en apariencia, de una bronceada piel latina. Tenía cabello corto y negro, rostro afeitado, y aunque usaba un bonito traje gris, había cierta soltura en su postura y apariencia. Un trago de café mientras continuaba mirando sin emoción.

"¿En qué puedo ayudarte?"

"Es al revés," dijo él. "Yo soy quien va a ayudarte."

Él ofreció una mano; ella no la tomó.

"Sólo quería hacer un intento con la infame Avery Black. Muchos rumores. Quería averiguar cuáles eran fundados. Hasta ahora tengo: distraída, actúa como que es demasiado buena para la policía. Correcto y correcto. Dos de dos. Nada más para un lunes."

El abuso dentro de la fuerza policial no era nada nuevo para Avery. Había comenzado hacía tres años cuando entró como policía novata, y no había parado hasta entonces. Pocos en el departamento eran considerados amigos, e incluso menos colegas de confianza.

Avery le pasó de largo.

"Buena suerte con el jefe," gritó Ramírez sarcásticamente, "Me contaron que es un imbécil."

La respuesta fue un saludo flojo con el revés de la mano. A través de los años, Avery había aprendido que era mejor ofrecerles reconocimiento a sus compañeros hostiles que evitarlos por completo, sólo para que supieran que allí estaba ella, y que no iría a ninguna parte.

El segundo piso del departamento de policía A1 en el centro de Boston era un expansivo y agitado motor de actividad. Los cubículos llenaban el extenso espacio de trabajo, y oficinas de vidrio más pequeñas rodeaban las ventanas laterales. Los policías miraban intensamente a Avery al pasar.

"Asesina", murmuró alguien.

"Homicidios te queda como anillo al dedo," dijo otro.

Avery pasó por delante de una mujer policía irlandesa a quien había rescatado de las garras de la guarida de una pandilla; le echó un vistazo rápido a Avery y susurró, "Buena suerte, Avery. Te lo mereces."

Avery sonrió. "Gracias."

Su primera palabra amable del día le dio un impulso de confianza que se llevó con ella hasta la oficina del capitán. Para su sorpresa, Ramírez se encontraba a unos escasos metros de la separación de vidrio. Alzó su café y sonrió.

"Adelante", dijo el capitán. "Y cierra la puerta detrás de ti."

Avery tomó asiento.

O'Malley era incluso más impresionante de cerca. La tintura de su cabello era notoria, como también lo eran las muchas arrugas que rodeaban sus ojos y su boca. Se frotó las sienes y se recostó en la silla.

"¿Te gusta aquí?", preguntó.

"¿A qué se refiere?"

"Me refiero a este lugar, el A1. El corazón de Boston. Estás en el centro de todo, aquí. Perro de ciudad. Eres una chica de pueblo, ¿verdad? ¿Oklahoma?"

"Ohio."

"Cierto, cierto", murmuró. "¿Qué es lo que tanto te gusta del A1? Hay muchos otros departamentos en Boston. Podrían haber empezado en el Lado Sur, B2, quizá D14 y tomarle el gusto a los suburbios. Muchas pandillas por ahí. Sólo te presentaste aquí."

"Me gustan las ciudades grandes."

"Tenemos gente muy retorcida aquí. ¿Segura que quieres seguir ese camino otra vez? Esto es homicidios. Es un poco diferente a las rondas."

"Vi al líder de los Asesinos del Lado Oeste desollar a alguien vivo mientras el resto de su pandilla cantaba canciones y miraba. ¿De qué clase de 'gente retorcida' hablamos?"

O'Malley seguía cada uno de sus movimientos.

"Por lo que tengo entendido", dijo, "ese psicópata de Harvard te tendió una trampa. Te hizo quedar como una tonta. Destruyó tu vida. De abogada estrella a abogada en desgracia, después nada. Y luego cambiaste a policía novata. Eso seguro dolió."

Avery se retorció en su silla. ¿Por qué tenía que recordar todo esto? ¿Por qué ahora? Hoy era un día para celebrar su ascenso a Homicidios, y no quería arruinarlo. Y ciertamente no quería vivir en el pasado. Lo hecho, hecho estaba. Sólo quedaba mirar hacia adelante.

"Le diste un vuelco, de todas formas", asintió en señal de respeto, "te hiciste una nueva vida aquí. En el lado correcto esta vez. Hay que respetar

eso. Pero", dijo echándole una mirada, "quiero estar seguro de que estás lista. ¿Estás lista?"

Le devolvió la mirada, preguntándose adónde quería llegar con esto.

"Si no estuviese lista", dijo, "no estaría aquí".

Asintió, aparentemente satisfecho.

"Acabamos de recibir un llamado", dijo. "Una chica muerta. *Una puesta en escena*. No se ve bien. Los muchachos en la escena del crimen no saben que pensar."

El corazón Avery latió más deprisa.

"Estoy lista", dijo.

"¿Lo estás?", preguntó él. "Eres buena, pero si esto resulta ser algo grande, quiero estar seguro que no te vas a quebrar."

"Yo no me quiebro", dijo ella.

"Eso quería escuchar", dijo él, y empujó unos papeles en su escritorio.

"Dylan Connelly supervisa a Homicidios. Está ahí ahora, trabajando con los forenses. Tienes un compañero también. Intenta no hacer que lo maten."

"Eso no fue mi culpa", se quejó Avery, y se enfureció por dentro al pensar en la reciente investigación de Asuntos Internos, todo porque su antiguo compañero, un prejuicioso impulsivo, se precipitó e intentó infiltrarse en una pandilla por su cuenta y llevarse el crédito por el trabajo de ella.

El jefe apuntó hacia afuera.

"Tu compañero espera. Te hice detective principal. No me decepciones."

Al darse vuelta vio a Ramírez esperando. Gruñó.

"Ramírez? ¿Por qué él?"

"¿Sinceramente?" El capitán se encogió de hombros. "Fue el único dispuesto a trabajar contigo. Todo el resto aquí parece odiarte."

Sintió que su estómago se tensaba.

"Camina con suavidad, joven detective", agregó mientras se ponía de pie, en señal de que la reunión había concluido. "Necesitas todos los amigos que puedas conseguir."

CAPÍTULO DOS

"¿Cómo estuvo?" preguntó Ramírez, mientras Avery salía de la oficina. Ella agachó la cabeza y siguió caminando. Avery odiaba la charla casual, y no confiaba en que ninguno de sus colegas policías le hablase sin intercambiar insultos.

"¿Adónde vamos?", contestó ella.

"Sólo negocios." Ramírez sonrió. "Es bueno saberlo. Muy bien, Black; tenemos una chica muerta y colocada en un banco en el Parque Lederman, cerca del río. Es un área de mucho tránsito. No es el lugar ideal para dejar un cuerpo."

Los oficiales chocaron palmas con Ramírez.

"¡Ve por ella, campeón!"

"Enséñale el trabajo, Ramírez."

Avery sacudió la cabeza. "Bien", dijo.

Ramírez alzó sus manos.

"No soy yo."

"Sí que eres tú", dijo con desprecio. "Nunca pensé que una estación de policía sería peor que una firma de abogados. El club secreto de los chicos, ¿verdad? ¿No se permiten chicas?"

"Tranquila, Black."

Se dirigió al elevador. Algunos oficiales festejaron el haber logrado enfadarla. Normalmente, Avery era capaz de ignorarlo, pero algo sobre este nuevo caso ya había sacudido su duro exterior. Las palabras usadas por el capitán no eran las típicas en un simple homicidio: *No saben que pensar. Puesta en escena.*

Y el aire arrogante y distante de su nuevo compañero no era exactamente reconfortante: *parece pan comido.* Nada nunca era pan comido.

La puerta del elevador estaba a punto de cerrarse cuando Ramírez atravesó su mano.

"Lo siento, ¿de acuerdo?"

Parecía sincero. Las palmas hacia arriba, una mirada arrepentida en sus ojos oscuros. Un botón fue presionado y se movieron hacia abajo.

Avery le echó un vistazo.

"El capitán dijo que fuiste el único que quiso trabajar conmigo. ¿Por qué?"

"Eres Avery Black", contestó, como si la respuesta fuese obvia. "¿Cómo no me va a dar curiosidad? Nadie te conoce de verdad, pero todos parecen tener una opinión: idiota, genio, fracasada, en ascenso, asesina, salvadora. Quiero separar la realidad de la ficción."

"¿Y por qué te importaría a ti?"

Ramírez esbozó una enigmática sonrisa.

Pero no dijo nada.

* * *

Avery siguió a Ramírez mientras éste caminaba tranquilamente a través del estacionamiento. No usaba corbata y sus dos botones de arriba estaban abiertos.

"Estoy por aquí", señaló.

Pasaron por delante de unos oficiales uniformados que parecían conocerlo; uno lo saludó con la mano y le dio una mirada de extrañeza que parecía preguntar: *¿Qué estás haciendo tú con ella?*

La llevó hacia un viejo Cadillac carmesí, polvoriento, con asientos rasgados color marrón claro en el interior.

"Lindo auto", bromeó Avery.

"Este bebé me ha salvado muchas veces", relató con orgullo mientras le daba cariñosas palmadas al capó. "No tengo más que vestirme de proxeneta o de español hambriento y nadie me presta atención."

Salieron del estacionamiento.

El Parque Lederman estaba a tan sólo unos pocos kilómetros de la estación de policía. Condujeron hacia el oeste por la Calle Cambridge y giraron a la derecha en Blossom.

"Entonces", dijo Ramírez, "Oí que antes eras abogada."

"¿Sí?" Unos ojos azules vigilantes le echaron una mirada de reojo.
"¿Qué otra cosa oíste?"

"Abogada defensora criminal", agregó, "lo mejor de lo mejor. Trabajaste en Goldfinch & Seymour. Nada mal. ¿Por qué renunciaste?"

"¿No lo sabes?"

"Sé que defendiste a un montón de canallas. Récord perfecto, ¿cierto? Hasta metiste a algunos policías sucios tras las rejas. Seguro estabas viviendo la gran vida. Gran salario, una cadena sin fin de éxitos. ¿Qué clase de persona deja todo eso atrás para unirse a la policía?"

Avery recordó la casa donde había crecido, en una pequeña granja rodeada de kilómetros de terreno llano. Jamás se ajustó a esa soledad. Ni a los animales o el olor del lugar: heces y pelo y plumas. Desde el principio quería irse de allí. Lo había hecho: Boston. Primero la universidad y luego la escuela de leyes y su carrera.

Y ahora esto.

Un suspiro escapó de sus labios.

"Creo que a veces las cosas no funcionan como las planeamos."

"¿Qué se supone que signifique eso?"

En su mente, volvió a ver esa sonrisa, esa vieja y siniestra sonrisa de aquel anciano arrugado con anteojos gruesos. Parecía tan sincero al comienzo, tan humilde, inteligente y honesto. *Todos* lo habían parecido, se dio cuenta.

Hasta que sus juicios terminaban y volvían a sus vidas cotidianas y ella se veía forzada a admitir que no era ninguna salvadora de los desamparados, ni defensora de la gente, sino un peón, un simple peón en un juego demasiado complejo y arraigado para cambiarlo.

"La vida es dura", reflexionó. "Crees que sabes algo un día y luego al día siguiente, se levanta el velo y todo cambia."

Él asintió.

"Howard Randall", dijo, claramente dándose cuenta de algo.

El nombre la hizo más consciente de todo: el aire fresco en el auto, su posición en el asiento, su ubicación en la ciudad. Nadie había dicho su nombre en voz alta en mucho tiempo, especialmente a ella. Se sintió expuesta y vulnerable, y en respuesta tensó todo su cuerpo y se sentó más erguida.

"Perdón", dijo él, "no fue mi intención..."

"Está bien", dijo ella.

Sólo que no estaba bien. Todo había terminado luego de él. Su vida. Su trabajo. Su cordura. Ser abogada defensora había sido un desafío, por decir algo, pero *él* era el que supuestamente iba a arreglar todo. Un genial profesor de Harvard, respetado por todos, sencillo y amable, había sido acusado de asesinato. La salvación de Avery iba a llegar en la forma de *su* defensa. Por una vez, se suponía que hiciera lo que había soñado desde niña: defender a los *inocentes* y asegurar que la justicia prevaleciera.

Pero nada sucedió de esa forma.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO TRES

El parque ya había cerrado el público.

Dos oficiales vestidos de civiles le bajaron la bandera al auto de Ramírez y rápidamente le hicieron señas para que se alejase del estacionamiento y girase a la izquierda. Entre los oficiales que eran evidentemente de su departamento, Avery detectó una cantidad de policías estatales.

"¿Por qué está la policía estatal aquí?", preguntó.

"Su sede central está al final de la calle."

Ramírez cruzó y estacionó junto a una fila de patrullas de policía. Un área amplia del lugar había sido separada con cinta amarilla. Camionetas de las noticias, reporteros, cámaras, y un montón de otros corredores y otras personas asiduas al parque estaban de pie junto a la cinta intentando ver lo que sucedía.

"Nadie cruza de esta línea", dijo un oficial.

Avery mostró una placa.

"Homicidios", dijo. Era la primera vez que hacía uso de su nuevo puesto, y la llenó de orgullo.

"¿Dónde está Connelly?" preguntó Ramírez.

Un oficial señaló hacia los árboles.

Se abrieron camino por el césped, un diamante de béisbol a su izquierda. Se encontraron con más cinta amarilla antes de una fila de árboles. Debajo del denso follaje había un camino que iba a lo largo del Río Charles. Un sólo oficial, acompañado de un especialista forense y un fotógrafo, se encontraba de pie tras un banco.

Avery evitó el contacto inicial con los que ya se encontraban en la escena. En el transcurso de los años, había descubierto que la interacción social le quitaba enfoque, y demasiadas preguntas y formalidades con los demás contaminaban su punto de vista. Tristemente, esta era otra de las características que le habían ganado el desprecio de todo su departamento.

La víctima era una chica joven colocada de lado en el banco. Estaba evidentemente muerta, pero exceptuando su tono de piel azulado, su posición y expresión facial podrían haber hecho que el transeúnte promedio se lo pensara dos veces antes de preguntarse si pasaba algo malo.

Como una novia esperando a su amado, las manos de la muchacha estaban colocadas en el respaldo del banco. Su mentón descansaba sobre sus manos. Una sonrisa traviesa rizaba sus labios. Su cuerpo estaba volteado, como si hubiese estado sentada en una posición y se hubiese movido para buscar a alguien o dejar salir un gran suspiro. Estaba ataviada con un vestido de verano amarillo y sandalias blancas, su precioso cabello caoba caía sobre su hombro izquierdo. Sus piernas estaban cruzadas y sus dedos descansaban suavemente sobre el camino.

Sólo los ojos de la víctima delataban su tormento. Emanaban dolor e incredulidad.

Avery escuchó una voz en su mente, la voz del anciano que acechaba sus sueños y ensoñaciones diurnas. Con respecto a sus propias víctimas, una vez le había preguntado: *¿Dónde están? Tan sólo receptáculos, receptáculos sin nombre, sin rostro, tan pocos de miles de millones, esperando encontrar su propósito.*

La ira creció en su interior, ira nacida de ser expuesta y humillada y sobre todas las cosas, de haber visto su vida entera ser destruida.

Se acercó al cuerpo.

Como abogada, había sido forzada a examinar interminables informes forenses y fotos de pesquisas y cualquier cosa relacionada con su caso. Su educación había mejorado ampliamente como policía, cuando analizaba habitualmente a las víctimas de asesinato en persona, y podía hacer evaluaciones más honestas.

El vestido, notó, había sido lavado, y el cabello de la víctima también estaba limpio. Las uñas de las manos y de los pies estaban recientemente pintadas, y cuando olió profundamente la piel, sintió olor a coco y miel y apenas un dejo de formaldehído.

"¿Le vas a dar un beso o qué?", dijo alguien.

Avery estaba inclinada sobre el cuerpo de la víctima, con las manos detrás de la espalda. En el banco se hallaba un cartel amarillo con la leyenda "4." A su lado, en la espalda baja de la muchacha, había un cabello tieso color naranja, apenas perceptible entre el amarillo de su vestido.

El supervisor de Homicidios Dylan Connelly se encontraba de pie con los brazos en jarra, esperando una respuesta. Era tosco y fornido, con cabello rubio y ondulado y penetrantes ojos azules. Su pecho y sus brazos parecían a punto de salirse de su camisa azul. Sus pantalones eran de lino marrón, y gruesas botas negras adornaban sus pies. Avery había notado su

presencia en la oficina a menudo; no era exactamente su tipo, pero tenía una ferocidad animal que le causaba admiración.

"Esto es una escena del crimen, Black. La próxima, mira por donde caminas. Tienes suerte que ya tomamos huellas dactilares y de zapatos."

Ella bajó la cabeza, perpleja; había tenido cuidado por donde había caminado. Levantó la vista hacia la mirada férrea de Connelly, y se dio cuenta que él sólo buscaba una razón para humillarla.

"No sabía que era una escena del crimen", dijo. "Gracias por ponerme al día."

Ramírez soltó una risita.

Connelly apretó los dientes y dio un paso al frente.

"¿Sabes por qué la gente no te soporta, Black? No es sólo que seas una persona de afuera, es que *cuando* estabas afuera, no tenías ningún respeto por los policías, y ahora que estás adentro, tienes aún menos respeto. Déjame que sea perfectamente claro: No me gustas, no confío en ti, y te aseguro que no te quería en mi equipo."

Se volvió hacia Ramírez.

"Ponla al día con lo que sabemos. Voy a casa a darme una ducha. Tengo náuseas", dijo. Se quitó los guantes y los arrojó al piso. Dirigiéndose a Avery, añadió: "Espero un informe completo al final del día. Cinco en punto. Sala de conferencias. ¿Me escucharon? No llegues tarde. Y asegúrate de limpiar este desastre también, antes de irte. La policía estatal nos hizo la cortesía de hacerse a un lado y dejarnos trabajar. *Tú* ten la cortesía de mostrarles algo de amabilidad."

Connelly se alejó en medio de una rabieta.

"Tienes el don de la gente", se admiró Ramírez.

Avery se encogió de hombros.

La especialista forense en la escena era una moldeada joven afroamericana llamada Randy Johnson. Tenía ojos grandes y modos sencillos. Cabello con rastas, corto, apenas parcialmente escondido detrás del gorro blanco.

Avery ya había trabajado con ella antes. Habían formado un vínculo rápidamente durante un caso de violencia doméstica. La última vez que se había visto habían tomado unos tragos.

Felices de estar con Avery en un nuevo caso, Randy ofreció su mano, se dio cuenta de que tenía el guante puesto, se sonrojó, largó una carcajada, y

dijo, "Oops", seguido por un excéntrico ¡ah! y el anuncio: "Puede que esté contaminada."

"También me alegro de verte, Randy".

"Felicitaciones por lo de Homicidios." Randy hizo una reverencia.

"Avanzando en el mundo."

"Un demente a la vez. ¿Qué tenemos?"

"Yo diría que alguien estaba enamorado", contestó Randy. "La limpiaron bastante bien. La abrieron por la espalda. Drenaron el cuerpo, la rellenaron para que no se pudriese, y la volvieron a coser. Ropa limpia. Manicura. Muy cuidadoso. No hay huellas por ahora. No tengo mucho para seguir hasta que vaya al laboratorio. Sólo pude encontrar dos heridas. ¿Ves la boca? Puedes ponerle alfileres desde adentro, o usar gel para lograr que un cadáver sonría de esa forma. Por la marca de pinchazo aquí", señaló a la esquina del labio, "creo que fue una inyección. Hay otra aquí," dijo señalando el cuello. "Por el color, esta fue antes, quizás al momento del rapto. El cuerpo lleva muerto unas cuarenta y ocho horas. Encontré un par de cabellos interesantes."

"¿Cuánto tiempo lleva aquí?"

"Unos motociclistas la encontraron a las seis", dijo Ramírez. "El parque es patrullado todas las noches alrededor de la medianoche y las tres de la mañana. No vieron nada."

Avery no podía quitarles la vista a los ojos de la muchacha muerta. Parecían estar mirando algo a la distancia, pero cerca de la orilla, en su lado del río. Maniobró cuidadosamente hacia atrás del banco e intentó seguir la línea de la vista. Río abajo había un montón de edificios bajos de ladrillos; uno de ellos era bajo; un domo blanco descansaba sobre el techo.

"¿Qué edificio es ese?", preguntó. "¿El grande con el domo?"

Ramírez entrecerró los ojos.

"¿El Cine Omni tal vez?"

"¿Podemos averiguar qué película están pasando?"

"¿Por qué?"

"No sé, es sólo una corazonada."

Avery se puso de pie.

"¿Sabemos quién es ella?"

"Sí", respondió Ramírez revisando sus notas. "Creemos que su nombre es Cindy Jenkins. Alumna de último año de Harvard. Hermana de la sororidad. Kappa Kappa Gamma. Desapareció hace dos noches. La policía

del campus y los policías de Cambridge publicaron su foto anoche. Connelly puso gente a revisar fotos. La de ella coincidió. Todavía necesitamos confirmación. Llamaré a la familia".

"¿Cómo vamos con la vigilancia?"

"Jones y Thompson están en eso ahora. Los conoces, ¿verdad?"

Fantásticos detectives. Lo tenemos asignados por el día. Después de eso, nos quedamos solos a menos que podamos probar que necesitamos recursos adicionales. No hay cámaras en la entrada al parque, pero hay algunas en la autopista y cruzando la calle. Deberíamos saber algo para esta tarde."

"¿Algún testigo?"

"Hasta ahora ninguno. Los motociclistas están limpios. Puedo intentar pescar algo."

Avery inspeccionó los alrededores. La cinta amarilla rodeaba una gran franja del parque. No había nada fuera de lo común cerca del río ni en el camino para bicicletas ni en el césped. Trató de formarse una imagen mental de los hechos. Habría conducido por la calle principal, aparcado su auto cerca del agua para tener fácil acceso al banco. ¿Cómo puso el cuerpo en el banco sin levantar sospechas?

Se preguntó. Podría haber habido gente mirando. Tuvo que haberse preparado para eso. ¿Tal vez hizo que pareciera que estaba viva? Avery se volvió hacia el cuerpo. Era una posibilidad definitiva. La chica era hermosa, incluso en la muerte, casi etérea. Obviamente él había pasado mucho tiempo planeando para asegurarse que se viera perfecta. No era un asesinato de pandillas, notó. Ni un amante despechado. Esto era diferente. Avery lo había visto antes.

De repente, se preguntó si O'Malley tendría razón. Tal vez *no estaba* lista.

"¿Puedo usar tu auto?", preguntó.

Ramírez levantó una ceja.

"¿Y qué hay de la escena del crimen?"

Se encogió de hombros demostrando seguridad.

"Eres un muchacho grande. Resuélvelo."

"¿Adónde vas *tú*?"

"A Harvard."

CAPÍTULO CUATRO

Se sentó en un cubículo de oficina, superior, victorioso, más poderoso que nadie en el planeta. Una pantalla de computadora se abrió frente a él. Con un respiro profundo, cerró sus ojos, y recordó.

Recordó el sótano cavernoso de su hogar, más parecido a un vivero. Muchas variedades de amapolas cubrían la habitación principal: rojas, amarillas, y blancas. Muchas otras plantas psicodélicas, cada una acumulada durante incontables años, habían sido colocadas en largas canaletas; algunas eran malezas que parecían de otro planeta o flores intrigantes; muchas tenían apariencias más comunes que podrían haber sido ignoradas en cualquier entorno silvestre, a pesar de sus potentes habilidades. Un sistema de riego temporizado, control de temperatura, y luces LED las mantenía prósperas.

Un pasillo largo hecho de barras de madera llevaba a otras habitaciones. En las paredes había fotografías. La mayor parte de las fotografías eran animales en distintas etapas de la muerte, y luego el "renacimiento" mientras eran rellenados y puestos en posición: un gato atigrado apoyado sobre las patas traseras jugando con un ovillo de lana; un perro manchado, blanco y negro, girado sobre su espalda esperando caricias en la barriga.

Luego había puertas. Se imaginó que la puerta de la izquierda se abría. Ahí, la vio de nuevo, su cuerpo desnudo dispuesto sobre una mesa plateada. El espacio estaba iluminado por intensas luces fluorescentes. En una caja de vidrio se encontraban muchos líquidos de colores en frascos transparentes.

Sentía su piel cuando frotaba sus dedos por la cara externa de sus muslos. Mentalmente, recreó cada delicado procedimiento: su cuerpo drenado, preservado, limpiado, y rellenado. A lo largo del renacimiento, le tomó fotografías, las cuales luego cubrirían más paredes reservadas para sus trofeos humanos. Algunas de las fotos ya habían sido colocadas.

Una enorme energía irreal fluyó a través de su ser.

Por años había evitado a los seres humanos. Eran atemorizantes, más violentos e incontrolables que los animales. Él amaba a los animales. Había descubierto que los humanos, sin embargo, eran sacrificios más potentes para el Todo Espíritu. Luego de la muerte de la muchacha, había visto el cielo abrirse, y la sombría imagen del Gran Creador lo había mirado y le había dicho: *Más*.

Su ensueño se rompió con una repentina voz.

"¿Soñando despierto otra vez?"

Un funcionario quejoso se paró junto a él con el ceño fruncido. Tenía la cara y el cuerpo de un jugador de fútbol americano retirado. Un elegante traje azul no lograba disminuir su ferocidad.

Sumisamente, agachó la cabeza. Sus hombros levemente encorvados, y se convirtió en un olvidable, diminuto empleado.

"Lo siento, Sr. Peet."

""Estoy cansado de disculpas. Consígueme esas cifras."

Por dentro, el asesino sonreía como un gigante risueño. En el trabajo, el juego era casi tan emocionante como su vida privada. Nadie sabía cuan *especial* era él, ni cuan dedicado y *esencial* para el delicado balance del universo. Ninguno de ellos recibiría un lugar honorífico en el reino del Supramundo. Sus mundanas y terrenales tareas cotidianas: vestirse, tener reuniones, mover dinero de un lugar al otro; eran insignificantes; sólo tenía significado para él porque lo conectaba con el mundo exterior y le permitía hacer el trabajo del Señor.

Su jefe gruñó y se alejó.

Con los ojos aún cerrados, el asesino se imaginó a su Señor Supremo: la sombría y oscura figura que susurraba en sus sueños y dirigía sus pensamientos.

Una canción de culto se formó en sus labios, y la cantó en un susurro: "Oh Señor, oh Señor, nuestro trabajo es puro. Pide y te daré: Más."

Más.

CAPÍTULO CINCO

Avery tenía un nombre: Cindy Jenkins. Conocía la sororidad: Kappa Kappa Gamma. Y estaba enterada de la Universidad de Harvard. La escuela de la Ivy League la había rechazado como estudiante, pero había encontrado una forma de empaparse de la vida de Harvard a través de su propia carrera universitaria, saliendo con dos chicos de la escuela.

A diferencia de otras universidades, las sororidades y fraternidades de Harvard no estaban oficialmente reconocidas. Ninguna casa griega existía dentro o fuera del campus. Las fiestas, sin embargo, sucedían con regularidad en varias casas o complejos de apartamentos fuera del campus, bajo el nombre de "organizaciones" o "clubes" especializados. Avery había atestiguado de primera mano la paradoja de la vida universitaria durante su propia estadía. Todos fingían estar enfocados exclusivamente en sus notas hasta que caía el sol y se transformaban en un montón de animales salvajes fiesteros.

En una luz roja, Avery hizo una rápida busca en internet y descubrió que Kappa Kappa Gamma tenía alquiladas dos áreas de la misma manzana en Cambridge: Calle Church. Una de las ubicaciones era para eventos, la otra para reuniones y socialización.

Condujo hasta el Puente Longfellow, pasando el MIT, y giró a la derecha hacia la Avenida Massachusetts. El Harvard Yard apareció a su derecha con sus magníficos edificios de ladrillo rojo acomodados entre un bosque de árboles y caminos pavimentados.

Un lugar para estacionar quedó libre en la Calle Church.

Avery estacionó, cerró el auto con llave, y alzó su rostro hacia el sol. Era un día cálido, con temperaturas rondando los veinte grados. Se fijó la hora: diez y media.

El edificio Kappa era una larga estructura de dos pisos con fachada de ladrillos. El primer piso albergaba una cantidad de tiendas de ropa. El segundo piso, supuso Avery, estaba reservado para oficinas y operaciones de la sororidad. La única denominación junto al timbre del segundo piso era el símbolo con la flor de Lis azul de Harvard; lo presionó.

Una voz femenina rasgada salió del intercomunicador.

"¿Sí?"

"Policía", gruñó, "abra."

Silencio por un momento.

"En serio", contestó la voz, "¿quién es?"

"Es la policía", dijo con toda seriedad. "Todo está bien. Nadie está en problemas. Sólo necesito hablar con alguien de Kappa Kappa Gamma."

La puerta se abrió con un zumbido.

Al final de las escaleras, Avery fue recibida por una chica demacrada y somnolienta, vestida con una camiseta gris muy holgada y pantalones de ejercicio blancos. Tenía cabello oscuro y aparentaba haber estado de fiesta. Mechones de cabello ocultaban la mayor parte de su rostro. Tenía ojeras bajo los ojos, y el cuerpo del que normalmente se enorgullecía tanto de acentuar, parecía grueso y sin forma.

"¿Qué quiere?", preguntó.

"Cálmate", sugirió Avery. "Esto no tiene nada que ver con las actividades de la sororidad. Sólo estoy aquí para hacerte un par de preguntas."

"¿Puedo ver una identificación?"

Avery mostró su placa.

Observó a Avery, inspeccionó la placa, y dio un paso atrás.

El espacio de Kappa Kappa Gamma era amplio y brillante. El techo era alto. Un gran número de cómodos sillones marrón claro y pufs azules poblaban la zona. Las paredes habían sido pintadas de azul oscuro. Había una barra, un sistema de sonido, y un enorme televisor de pantalla plana. Las ventanas iban casi desde el piso hasta el techo. Al otro lado de la calle, Avery pudo ver el techo de otro complejo bajo de apartamentos, y luego el cielo. Algunas nubes pasaban.

Supuso que su experiencia universitaria era muy diferente a aquella de la mayoría de las chicas de Kappa Kappa Gamma. Para empezar, había pagado la escuela ella misma. Todos los días después de clases iba a una firma local de abogados y trabajó hasta pasar de secretaria a asistente jurídica distinguida. Además, rara vez bebía en la escuela. Su padre había sido un feroz alcohólico. La mayor parte de las noches en la universidad, o bien era la conductora designada, o estaba en su cuarto estudiando.

Una ráfaga de esperanza iluminó el rostro de la chica.

"¿Esto es sobre Cindy?", preguntó.

"¿Cindy es tu amiga?"

"Sí, mi *mejor* amiga", dijo. "Por favor, dígame que ella está bien."

"¿Cómo te llamas?"

"Rachel Strauss."

"¿Eres quien llamó a la policía?"

"Correcto. Cindy se fue de nuestra fiesta bastante borracha el sábado a la noche. Nadie la ha visto desde entonces. No es habitual para ella." Puso los ojos en blanco y ofreció una leve sonrisa cuando agregó, "Normalmente es muy predecible. Es tipo, la Señorita Perfección, ¿entiende? Siempre se acuesta a la misma hora, tiene el mismo horario que nunca cambia, necesita que le avisen como con cinco años de anticipación para cambiar algo. El sábado estaba alocada. Bebiendo. Bailando. Se olvidó del reloj por un rato. Fue lindo de ver."

Una mirada distante se llevó a Rachel por un momento.

"Ella estaba realmente feliz, ¿entiende?"

"¿Por alguna razón en particular?" se preguntó Avery.

"No sé, es la mejor de su clase. Tiene un trabajo esperándola para el otoño."

"¿Qué trabajo?"

"Delante? Son como, la *mejor* firma de Boston. Ella estaba haciendo su especialidad en contaduría. Muy aburrido, lo sé, pero era un genio con los números."

"¿Puedes contarme sobre el sábado a la noche?"

Los ojos de Rachel se llenaron de lágrimas.

"Esto es sobre Cindy, ¿verdad?"

"Sí", dijo Avery. "¿Podemos sentarnos?"

Rachel se desplomó en el sillón y lloró.

Entre los sollozos, intentaba hablar.

"¿Ella está bien? ¿Dónde está?"

Era la parte del trabajo que Avery odiaba más: hablar con los familiares y amigos. No había mucho de lo que tuviese permitido hablar. Cuanto más sabía la gente sobre un caso, más hablaban, y esas charlas solían llegar a los perpetradores de crímenes. Nadie comprendía eso ni les importaba en el momento: estaban demasiado angustiados. Todo lo que querían era respuestas.

Avery se sentó junto a ella.

"Nos alegra que hayas llamado", dijo. "Hiciste lo correcto. Me temo que no puedo hablar sobre una investigación en curso. Lo que *puedo* decirte es que estoy haciendo todo lo que esté a mi alcance para averiguar qué le pasó a Cindy esa noche. No puedo hacerlo sola, necesito tu ayuda."

Rachel asintió y se secó los ojos.

"Puedo ayudar", dijo, "Puedo ayudar."

"Quisiera saber todo lo que recuerdas de esa noche, y de Cindy. ¿Con quién estuvo hablando? ¿Hubo alguna cosa que te haya llamado la atención? ¿Algún comentario que haya hecho? ¿Personas que se hayan interesado en ella? ¿Algo sobre cuando ella se fue?"

Rachel se derrumbó completamente.

Eventualmente, levantó una mano y asintió con la cabeza y se recompuso.

"Sí", dijo, "claro."

"¿Dónde están los demás?" Avery preguntó para generar distracción. "Pensaba que las casas de sororidad estaban llenas de chicas con resaca vestidas con ropa de Kappa."

"Están en clase", dijo Rachel y se secó los ojos. "Un par de chicas fueron a comprar el desayuno. Por cierto", agregó, "técnicamente no somos una casa de sororidad. Este es sólo un lugar para quedarnos cuando no queremos volver a los dormitorios. Cindy nunca se quedó aquí. Demasiado moderno para ella. Ella tiene un aire más 'hogareño'".

"¿Dónde vive ella?"

"En una residencia estudiantil, no muy lejos de aquí", dijo Rachel. "Pero no iba a su casa el sábado por la noche. Se suponía que se encontrase con su novio."

Los sentidos de Avery se aguzaron.

"¿Novio?"

Rachel asintió con la cabeza.

"Winston Graves, gran alumno de último año, remero, imbécil. Nadie jamás entendió por qué ella salía con él. Bueno, creo que yo sí. Es apuesto y viene de una familia muy adinerada. Cindy nunca tuvo dinero. Creo que cuando vienes de una familia sin dinero, es algo muy atractivo."

Sí, pensó Avery, lo sé. Recordaba como el dinero y el prestigio y el poder de su antiguo trabajo en la firma de abogados le había hecho creer que de alguna forma era distinta a aquella joven muchacha determinada y temerosa que había dejado Ohio.

"¿Dónde vive Winston?", preguntó.

"En Plaza Winthrop. Es muy cerca de aquí. Pero Cindy nunca llegó. Winston vino el domingo temprano a la mañana buscándola. Asumió que se había olvidado de sus planes juntos y que se había quedado dormida."

Entonces fuimos juntos a su casa. Ella tampoco estaba allí. Fue entonces que llamé a la policía."

"¿Es posible que haya ido a algún otro sitio?"

"De ninguna manera", dijo Rachel. "Eso no es algo que haría Cindy, para nada."

"Entonces cuando ella se fue de aquí, estás segura que iba camino a la casa de Winston."

"Completamente."

"¿Hubo algo que haya podido haber cambiado esos planes? ¿Algo que le haya sucedido más temprano en la noche, o incluso al final?"

Rachel sacudió la cabeza.

"No, bueno", se dio cuenta, "hubo *algo*. Estoy segura que no es nada, pero hay un chico que ha estado enamorado de Cindy durante años. Su nombre es George Fine. Es apuesto, se ve rudo, un solitario, pero un poco raro, ¿entiende a que me refiero? Hace ejercicio y sale a trotar por el campus muy seguido. Tuve una clase con él una vez el año pasado. Una de nuestras bromas era que él ha estado en clase con Cindy casi cada semestre desde el primer año. Ha estado obsesionado con ella. Estuvo aquí el sábado, y lo más loco es que Cindy estuvo bailando con él, y hasta se besaron. Para nada algo habitual para Cindy. Es decir, está saliendo con Winston, no es que tengan la relación perfecta, pero ella estaba muy borracha, y descontrolada. Bailaron, se besaron, y luego ella se fue."

"¿George la siguió hasta afuera?"

"No lo sé", dijo. "Sinceramente. No recuerdo haberlo visto luego de que Cindy se fuera, pero eso pudo haber sido porque yo estaba completamente borracha."

"¿Recuerdas a qué hora se fue ella?"

"Sí", dijo, "a las dos cuarenta y cinco exactamente. El sábado era nuestra fiesta del Día de los Inocentes, y se suponía que íbamos a hacer una broma genial, pero todos nos estábamos divirtiendo tanto que nos olvidamos hasta que Cindy se fue."

Rachel agachó la cabeza. Un vacío llenó el aire por un momento.

"Bueno, mira", dijo Avery, "esto ha sido de mucha ayuda. Gracias. Aquí tienes mi tarjeta. Si recuerdas algo más, o alguna de tus hermanas de la sororidad quiere agregar algo, me encantaría saberlo. Esta es una investigación en curso, así que incluso el más pequeño de los detalles podría darnos una pista."

Rachel la miró con lágrimas en los ojos. Y mientras las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas, su voz permanecía calma y constante.

"Está muerta", dijo, "¿no es así?"

"Rachel, no puedo."

Rachel asintió, y luego se cubrió el rostro con las manos y se derrumbó por completo. Avery se inclinó sobre ella y la abrazó fuerte.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO SEIS

Afuera, Avery volteó hacia el sol y soltó un gran suspiro.

La Calle Church era transitada, y había numerosas cámaras en las vidrieras. Incluso en medio de la noche, no podía creer que había sido allí donde había ocurrido el secuestro.

¿Adónde fuiste?, se preguntó.

Una consulta rápida en su celular reveló la ruta más rápida hasta la plaza Winthrop. Caminó por la calle Church y giró a la izquierda en Brattle. La calle Brattle era más ancha que Church, con igual cantidad de tiendas. Del otro lado de la calle, reconoció el Teatro Brattle. Había un pequeño callejón a un lado del edificio, apuntalado por una pequeña tienda de café. Los árboles escondían la zona entre las sombras. Curiosa, Avery cruzó la calle y entró en la delgada franja entre los edificios.

Salió de nuevo hacia Brattle y revisó cada vidriera en un radio de una cuadra a ambos lados de la calle Church. Había al menos dos tiendas con cámaras afuera.

Entró a una pequeña tienda de cigarrillos.

La campana de la puerta repicó.

"¿Puedo ayudarle?" dijo un viejo hippie blanco de cabello con rastas.

"Sí", dijo Avery, "noté que tiene una cámara en el frente. ¿Qué alcance tiene esa cosa?"

"Toda la cuadra", dijo, "ambas direcciones. Tuve que instalarla hace dos años. Malditos estudiantes universitarios. Todo el mundo cree que los chicos de Harvard son tan especiales, pero son un montón de imbéciles como todos los demás. Durante años han estado rompiendo mis ventanas. Algún tipo de broma universitaria, ¿correcto? No para mí. ¿Sabe cuánto cuestan esas ventanas?"

"Lamento oír eso. Escuche, no tengo una orden", dijo mientras mostraba su placa, "pero parece que alguno de esos chicos idiotas causó un disturbio aquí frente a su calle. No hay cámaras allí. ¿Podría echar un vistazo? Sé a qué hora fue. No debería tomar mucho tiempo."

Frunció el ceño y murmuró algo para sí.

"No lo sé", dijo, "tengo que cuidar la tienda. Soy el único aquí."

"Haré que valga la pena." Sonrió. "¿Qué le parecen cincuenta dólares?"

Sin decir más, bajó la cabeza, salió de detrás del mostrador, y giró el cartel de la puerta de "abierto" a "cerrado".

"¿Cincuenta dólares?" dijo. "¡Pase!"

La parte trasera de la tienda estaba desordenada y oscura. Escondido entre cajas y provisiones, el hombre destapó un pequeño televisor. Sobre el televisor, en un estante más alto, se hallaba una serie de equipos electrónicos conectados al televisor.

"No lo uso muy a menudo," dijo, "sólo cuando hay problemas. Las cintas se borran cada semana en la noche del lunes. ¿Cuándo fue su pequeño incidente?"

"El sábado a la noche", dijo.

"Muy bien, entonces está de suerte."

Encendió el televisor.

La imagen en blanco y negro era de justo afuera de la tienda. Avery podía ver claramente la entrada a la tienda, así como el lado opuesto de la calle y la calle Brattle. El área específica que ella quería investigar estaba a unos cincuenta metros. La imagen era más granulosa, y era casi imposible distinguir las formas frente al callejón.

Un pequeño ratón se usaba para revisar hacia atrás.

"¿A qué hora dijo?", preguntó él.

"Dos cuarenta y cinco," dijo, "pero necesitaría ver otras horas también. ¿Le molesta si me siento y lo busco yo misma? Usted puede volver a la tienda."

La saludó una ceja sospechosa.

"¿Va a robarse algo?"

"Soy policía", dijo ella. "Eso va en contra de mi lema."

"Entonces usted no es como los policías que yo conozco," rio.

Avery sacó una pequeña silla negra. Le limpió el polvo y tomó asiento. Luego de una pequeña revisión del equipo ya era capaz de ir hacia adelante y atrás fácilmente.

A las dos cuarenta y cinco, unas personas caminaron cuesta arriba y cuesta abajo por la Calle Brattle.

A las dos y cincuenta, la calle parecía vacía.

A las dos cincuenta y dos, alguien, una chica por el cabello y vestido, apareció en la escena desde el lado de la calle Church. Cruzó la calle Brattle y giró hacia la izquierda. Luego de pasar por delante de la tienda de café, una imagen oscura de debajo de los árboles se fusionó con la suya, y

ambas desaparecieron. Durante un momento, Avery sólo podía ver el movimiento indescifrable de varios tonos de negro. A medida que la escena continuaba, la forma de los árboles volvió a su forma original. La chica nunca volvió a aparecer.

"Mierda," susurró Avery.

Desenganchó un elegante y moderno walkie-talkie de la parte de atrás de su cinturón.

"Ramírez", dijo. "¿Dónde está?"

"¿Quién habla?" dijo una voz entrecortada.

"Sabes quién habla. Tu nueva compañera."

"Aún estoy en Lederman. Casi termino aquí. Acaban de llevarse el cuerpo."

"Te necesito aquí, ahora," dijo, y le dio la ubicación. "Creo que sé dónde secuestraron a Cindy Jenkins."

* * *

Una hora después, Avery había hecho bloquear el callejón hacia ambos lados con cinta amarilla. En la Calle Brattle, una patrulla de policía y la camioneta de los forenses se encontraban estacionados sobre la acera. Un oficial había sido colocado para disuadir a los visitantes.

El callejón se abría hacia una ancha, oscura calle más o menos a la mitad de la manzana. Un lado de la calle albergaba un edificio inmobiliario de vidrio y un muelle de carga. Del otro lado había complejos de vivienda. Había un estacionamiento que podía recibir cuatro autos. Otra patrulla policial, con más cinta amarilla, se encontraba al final del callejón.

Avery se paró frente al muelle de carga.

"Allí," dijo apuntando a una cámara en lo alto. "Necesitamos esas imágenes. Probablemente pertenezca a la empresa inmobiliaria. Entremos y veamos qué podemos encontrar."

Ramírez sacudió la cabeza.

"Estás loca," dijo. "Esa cinta no mostraba nada."

"Cindy Jenkins no tenía motivos para caminar por este callejón," dijo Avery. "Su novio vive en la dirección opuesta."

"Tal vez quería ir por un paseo," argumentó él. "Todo lo que digo es que es mucho personal sólo por una corazonada."

"No es ninguna corazonada. Tú viste la cinta."

"¡Vi un montón de manchas negras que no entendí!" Discutió. "¿Por qué la atacaría aquí el asesino? Hay cámaras por todas partes. Tiene que haber sido un completo idiota."

"Vamos a averiguarlo," dijo ella.

Top Real Estate Company era propietaria del edificio de vidrio y el muelle de carga.

Luego de una breve discusión con la seguridad del escritorio del frente, les dijeron a Avery y Ramírez que esperaran en los sillones de cuero afelpado hasta que llegara alguien con más autoridad. Diez minutos más tarde, el jefe de seguridad y el presidente de la empresa aparecieron.

Avery mostró su mejor sonrisa y les dio un apretón de manos.

"Gracias por recibirnos," dijo. "Quisiéramos acceder a la cámara que está justo encima de su muelle de carga. No tenemos una orden," frunció el ceño, "pero lo que sí tenemos es una chica muerta que fue secuestrada el sábado a la noche, probablemente justo fuera de su puerta trasera. A menos que surja algo, no tardaremos más de veinte minutos."

"¿Y si surge algo?", preguntó el presidente.

"En ese caso tomaron la decisión correcta al ayudar a la policía en una cuestión extremadamente delicada y oportuna. Una orden podía tardar un día entero. El cuerpo de esa muchacha ya lleva muerto dos días. Ella ya no puede hablar. Ya no puede ayudarnos. Pero ustedes pueden. Por favor, ayuden. Cada segundo que perdemos, el rastro se enfría."

El presidente asintió para sí y se volvió hacia su guardia.

"Davis," dijo, "llévalos arriba. Dales lo que necesiten. Si hay algún problema," le dijo a Avery, "por favor venga a buscarme."

En el camino, Ramírez silbó para sí.

"Que encantadora", dijo.

"Lo que sea que haga falta," susurró Avery.

La oficina de seguridad de Top Real Estate era una habitación bulliciosa completa con más de veinte pantallas de televisión. El guardia estaba sentado a una mesa negra y un teclado.

"OK," dijo. "¿Fecha y hora?"

"Muelle de carga. Alrededor de dos cuarenta y cinco y de ahí vamos hacia adelante."

Ramírez sacudió la cabeza.

"No vamos a encontrar nada."

Las cámaras del negocio inmobiliario eran de una calidad muy superior que las de la tienda de cigarrillos, y en color. La mayor parte de las pantallas eran de un tamaño similar, pero una en particular era grande. El guardia puso la cámara del muelle de carga en la pantalla más grande y volvió la imagen hacia atrás.

"Ahí," anunció Avery. "Deténgala."

La imagen se detuvo a las dos y cincuenta. La cámara mostraba una vista panorámica del estacionamiento directamente enfrente al muelle de carga, así como a la izquierda, hacia el cartel de callejón sin salida y la calle más lejos. Había solamente una vista parcial del callejón que llevaba hacia Brattle. Un auto solitario estaba aparcado en el estacionamiento: una camioneta que parecía ser azul oscuro.

"Ese auto no debería estar ahí," señaló el guardia.

"¿Puedes distinguir la matrícula?" se preguntó Avery.

"Sí, la tengo," dijo Ramírez.

Los tres esperaron. Por un momento, el único movimiento era el de los autos por la calle perpendicular, y el movimiento de los árboles.

A las dos cincuenta y tres, dos personas aparecieron en la escena.

Podrían haber sido amantes.

Uno era un hombre pequeño, delgado y de estatura baja, con pelo grueso y abundante, un bigote, y anteojos. La otra era una chica, más alta, de cabello largo. Tenía puesto un vestido ligero de verano y sandalias. Parecían estar bailando. Él tomó una de sus manos y la giró desde la cintura.

"Mierda," dijo Ramírez, "esa es Jenkins."

"Mismo vestido," dijo Avery, "zapatos, cabello."

"Está drogada", dijo él. "Mírala. Arrastra los pies."

Observaron al asesino abrir la puerta del asiento del acompañante y colocarla adentro. Luego, mientras se daba vuelta y caminaba hacia el lado del conductor, miró directamente a la cámara del muelle de carga, hizo una reverencia teatral, y se fue haciendo un giro hacia la puerta del asiento del conductor.

"¡Mierda!" gritó Ramírez. "El hijo de perra está jugando con nosotros."

"Quiero a todo el mundo en esto," dijo Avery. "Thompson y Jones están en vigilancia permanente desde ahora. Thomson puede quedarse en el parque. Dile sobre la camioneta. Eso limitará su búsqueda. Necesitamos saber en qué dirección iba ese auto. Jones tiene un trabajo más difícil. Tiene

que ir allí ahora y seguir a esa camioneta. No me importa cómo lo hace.
Dile que rastree todas las cámaras que puedan ayudarlo en el camino."
Se volvió hacia Ramírez, quien la miraba, asombrado e impresionado.
"Tenemos a nuestro asesino."

OceanofPDF.com

CAPÍTULO SIETE

El cansancio finalmente le llegó a Avery cerca de las seis cuarenta y cinco de la tarde, en el viaje en elevador hasta el segundo piso de la estación de policía. Toda la energía y el ímpetu que había recibido de las revelaciones matutinas habían culminado en un día bien gastado, pero una noche con incontables preguntas sin respuesta. Su clara piel estaba parcialmente quemada del sol, su cabello un desastre, la chaqueta que había usado más temprano colgaba de su brazo. Su camisa: sucia y por fuera del pantalón. Ramírez, por el contrario, parecía más fresco que en la mañana: el cabello peinado hacia atrás, el traje casi perfectamente planchado, los ojos atentos y apenas una pizca de sudor en la frente.

"¿Cómo es posible que te veas tan bien?" preguntó ella.

"Es mi sangre hispano-mexicana," explicó con orgullo. "Puedo estar veinticuatro, veintiocho horas de corrido y mantener este brillo."

Le dio un vistazo rápido y aprensivo a Avery y gimió: "Sí. Te ves como la mierda."

Sus ojos llenos de respeto.

"Pero lo lograste."

El segundo piso estaba medio vacío a la noche, con la mayoría de los funcionarios en casa o trabajando en las calles. Las luces de la sala de conferencias estaban encendidas. Dylan Connelly caminaba de un lado al otro adentro, obviamente contrariado. Al verlos, abrió la puerta de golpe.

"¿¿Dónde diablos han estado?!", estalló. "Quería un informe en mi escritorio a las cinco en punto. Son casi las siete. Apagaron sus walkie-talkies. Los *dos*," señaló. "Puedo esperar eso de ti, Black, pero no de ti, Ramírez. Nadie me llamó. Nadie contestó su teléfono. El capitán está furioso también, así que no vayan a llorarle a él. ¿Tienen idea de lo que ha estado pasando aquí? ¿Qué demonios estaban pensando?"

Ramírez levantó las palmas de las manos.

"Llamamos," dijo, "Te dejé un mensaje."

"Llamaste hace veinte minutos," estalló Dylan. "He estado llamando cada media hora desde las *cuatro y media*. ¿Murió alguien? ¿Estaban persiguiendo al asesino? ¿El mismísimo Dios Todopoderoso bajó del Cielo para ayudarlos con este caso? Porque esas son las únicas respuestas

aceptables para su flagrante insubordinación. Debería sacarlos a ambos del caso ya mismo."

Señaló hacia la sala de conferencias.

"Métanse ahí."

Las amenazas iracundas no tenían efecto sobre Avery. La furia de Dylan era ruido de fondo que podía filtrar tranquilamente. Había aprendido esa habilidad hacía mucho tiempo, en Ohio, cuando tenía que escuchar a su padre gritarle a su madre casi todas las noches. En ese entonces, se tragaba sus lágrimas y cantaba canciones y soñaba con el día en que finalmente sería libre. Ahora, había cosas más importantes que acaparaban su atención.

El periódico de la tarde descansaba sobre la mesa.

Había una foto de Avery Black en la portada, con una expresión sobresaltada porque alguien le había metido una cámara en la cara. El titular leía "Asesinato en el Parque Lederman: ¡Abogada Defensora de Asesino Serial en el Caso!" Justo a la imagen a página completa había una fotografía más pequeña de Howard Randall, el viejo y arrugado asesino serial de las pesadillas de Avery, con lentes fondo de botella y un rostro sonriente. El título de su foto decía: "No confíes en nadie: Abogada o Policía."

"¿Has visto esto?" gruñó Connelly.

Levantó el periódico y lo tiró nuevamente.

"Estás en la primera plana! Primer día en Homicidios y eres noticia de primera plana, otra vez. ¿Te das cuenta cuán poco profesional es esto? No, no," dijo ante la expresión de Ramírez, "ni siquiera intentes hablar en este momento. Ambos metieron la pata. No sé con quién hablaron esta mañana, pero desataron una tormenta de mierda. ¿Cómo se enteró Harvard de la muerte de Cindy Jenkins? Hay un memorial en su honor en la página web de Kappa Kappa Gamma."

"¿Adivino?" dijo Avery.

"¡Vete a la mierda, Black! Estás afuera del caso. ¡¿Me escuchaste?!"

El capitán O'Malley entró suavemente a la habitación.

"Espera," se quejó Ramírez. "No puedes hacer eso. No sabes que lo que tenemos."

"No me importa lo que tengan," rugió Dylan. "No he terminado. Se pone mejor. El Alcalde llamó hace una hora. Aparentemente, solía jugar golf con el padre de Jenkins, y quería saber por qué una abogada defensora

venida a menos, que sacó a un asesino serial de la cárcel, está manejando el asesinato de la hija de un amigo cercano."

"Cálmate," dijo O'Malley.

Dylan giró sobre sus talones, con la cara roja y la boca abierta. Al ver a su capitán, quien era más pequeño y tranquilo, pero parecía listo para estallar, se movió suavemente hacia atrás.

"Cualquiera sea la razón," dijo O'Malley en tono uniforme, "este caso acaba de explotar. Por lo tanto, me gustaría saber qué han estado haciendo todo el día, si te parece bien, ¿Dylan?"

Connelly murmuró algo entre dientes y se alejó.

El capitán asintió con la cabeza mirando a Avery.

"Explícate."

"Nunca le dije a nadie el nombre de la víctima," dijo Avery, "pero sí entrevisté a una chica de Kappa Kappa Gamma, la mejor amiga de Cindy Jenkins, Rachel Strauss. Debe haber atado cabos. Perdón por eso," dijo, ofreciendo una mirada genuinamente arrepentida a Dylan. "La charla casual no es mi fuerte. Estaba buscando repuestas, y las conseguí."

"Diles," exhortó Ramírez.

Avery caminó alrededor de la mesa de conferencias.

"Tenemos un asesino serial aquí."

"¡Oh, por favor!" se lamentó Dylan. "¿Cómo puede saber eso? Sólo ha estado en el caso un día. Tenemos *una* chica muerta. No hay forma."

"¿Puedes callarte?" gritó O'Malley.

Dylan se mordió el labio inferior.

"Este no es un asesinato común y corriente," dijo Avery. "Me lo dijo usted mismo, Capitán, y tú lo debes haber visto también," le dijo a Dylan. "Hicieron que la víctima pareciese viva. Nuestro asesino la idolatraba. No había moretones en su cuerpo, ni señales de violación, así que podemos descartar pandillas o violencia doméstica. Los forenses confirmaron que estaba drogada con un anestésico poderoso, probablemente natural, creado por el mismo asesino, extractos de flores que la habrían paralizado instantáneamente, y matado lentamente. Asumiendo que tiene las plantas en un sótano, debe necesitar luces, un sistema de riego, y alimento. Hice algunas llamadas para averiguar cómo se importan estas semillas, cómo se venden, y como puedo obtener acceso al equipo. Él también quería a la víctima viva, al menos por un rato. No estaba segura por qué, hasta que lo vimos en las cámaras de seguridad."

"¿Qué?" susurró O'Malley.

"Lo tenemos," dijo Ramírez. "No te emociones mucho. Las imágenes son granuladas y difíciles de ver, pero el secuestro en su totalidad puede ser visto desde dos cámaras distintas. Jenkins se fue de la fiesta unos minutos después de las dos y media de la mañana del domingo para ir a la casa de su novio. Vive a alrededor de cinco cuadras del apartamento de Kappa Kappa Gamma. Avery hizo el mismo camino que asumió que Jenkins tomó. Descubrió un callejón. Quién sabe qué la poseyó para hacer esto, pero siguiendo una corazonada, revisó una cámara de seguridad en una tienda de cigarrillos."

"Necesitas una orden para eso," interrumpió Dylan.

"Solo si alguien la pide," contestó Avery. "Y a veces una sonrisa amable y una conversación entretenida pueden llevar muy lejos. Esa tienda ha sido víctima de vandalismo como diez veces en el último año," continuó ella. "Recientemente instalaron una cámara afuera. Ahora, la tienda está del otro lado de la calle con respecto al callejón, y como media cuadra más abajo, pero puedes ver claramente una chica, y yo creí que era Cindy Jenkins, siendo abordada debajo de unos árboles."

"Ahí fue cuando me llamó," dijo Ramírez. "Yo pensé que estaba loca. De verdad. Vi el video y no hubiese pestañado dos veces. Black, por el contrario, me hizo llamar a los forenses e involucrar a todo el equipo en esto. Como pueden imaginarse, estaba furioso. Pero," dijo con ojos entusiasmados, "tenía razón. Hay otra cámara en el muelle de carga en la parte trasera del callejón. Le pedimos a la compañía con nos dejara ver que había en ella. Estuvieron de acuerdo y pum," dijo y abrió sus brazos a lo ancho. "Un hombre sale del callejón abrazando a nuestra víctima. Mismo vestido. Mismos zapatos. Es de constitución delgada, más bajo que Cindy, y está bailando. De verdad estaba abrazándola y bailando. Ella estaba claramente drogada. Arrastrando los pies y todo. En un momento, él incluso mira a la cámara. Ese enfermo nos estaba haciendo burlas. La pone en el asiento delantero de una camioneta y se aleja conduciendo como si no fuese nada. El auto es un Chrysler, azul oscuro."

"¿Matrícula?" preguntó Dylan.

"Es falsa. Ya la busqué en el sistema. Debe haber puesto una placa ficticia. Estoy compilando una lista de todas las camionetas Chrysler de ese color vendidos en los últimos cinco años en un radio de cinco condados. Llevará un tiempo, pero tal vez podamos reducir la lista con más

información. También debe haber usado un disfraz. Apenas se le veía el rostro. Tenía bigote, posiblemente peluca, anteojos. Todo lo que podemos medir es la estatura, como un metro sesenta y cinco, un metro setenta, y tal vez el color de piel: blanco."

"¿Dónde están las cintas?" preguntó O'Malley.

"Abajo con Sarah," respondió Avery. "Dijo que tal vez le llevaría un rato, pero iba a intentar tener un bosquejo del asesino basado en lo que ve para mañana. Una vez que tengamos reconocimiento facial, podemos compararlo con nuestros sospechosos y pasarlo por la base de datos a ver qué surge."

"¿Dónde están Jones y Thompson?" preguntó Dylan.

"Espero que todavía estén trabajando," dijo Avery. "Thompson está a cargo de la vigilancia del parque. Jones está tratando de rastrear el auto desde el callejón."

"Cuando nos fuimos," agregó Ramírez, "Jones había encontrado al menos seis cámaras distintas en un radio de diez cuadras desde el callejón que podrían ser de ayuda."

"Incluso si perdemos el auto", dijo Avery, "al menos podemos limitar la dirección. Sabemos que giró al norte desde el callejón. Eso, unido a cualquier cosa que encuentre Thompson en el parque, y podremos triangular un área e ir casa por casa si es necesario."

"¿Y qué hay de los forenses?" preguntó O'Malley.

"Nada en el callejón," dijo Avery.

"¿Eso es todo?"

"También tenemos algunos sospechosos. Cindy estuvo en una fiesta la noche de su secuestro. Un tipo llamado George Fine estuvo allí.

Aparentemente ha estado siguiendo a Cindy durante años: toma las mismas clases que ella, se la encuentra casualmente en eventos. Besó a Cindy por primera vez, bailó con ella toda la noche."

"¿Has hablado con él?"

"Aún no," dijo, y miró directamente a Dylan. "Quería tu aprobación antes de empezar una búsqueda exhaustiva en la Universidad de Harvard."

"Menos mal que tienes *algún* sentido del protocolo," gruñó Dylan.

"También está el novio," agregó dirigiéndose a O'Malley. "Winston Graves. Se suponía que Cindy fuese a su casa esa noche. Nunca apareció."

"Así que tenemos dos potenciales sospechosos, imágenes de los eventos, y un auto que rastrear. Estoy impresionado. ¿Y la motivación?"

¿Has pensado en eso ya?"

Avery esquivó la mirada.

Las imágenes que había visto, y la posición y manejo de la víctima, todo indicaba a un hombre que amaba su trabajo. Lo había hecho antes y lo haría de nuevo. Su motivación debía tener que ver con sentirse poderoso, ya que le preocupaba muy poco la policía. La reverencia a la cámara del callejón le hizo saber eso. Eso requería valor, o estupidez, y nada en la forma en que se deshizo del cadáver o el secuestro indicaban falta de juicio.

"Está jugando con nosotros," dijo ella. "Le gusta lo que hace, y quiere hacerlo de nuevo. Yo diría que tiene algún tipo de plan. Esto no ha terminado."

Dylan resopló y sacudió la cabeza.

"Ridículo," dijo.

"De acuerdo," dijo O'Malley. "Avery, tienes permiso para hablar con tus sospechosos mañana. Dylan, contacta a Harvard y avísales. Yo llamaré al jefe esta noche y le diré lo que tenemos. También veré si puedo conseguir algunas órdenes amplias para las cámaras. Mantengamos a Thompson y Jones preparados. Dan, sé que has estado trabajando todo el día. Una cosa más y terminas por esta noche. Consigue las direcciones de esos dos chicos de Harvard si es que todavía no las tienes. Pasa por allí de camino a tu casa. Asegúrate de que están bien arropados. No quiero que nadie se escape."

"Yo puedo hacer eso," dijo Ramírez.

"De acuerdo." O'Malley aplaudió. "Pónganse en marcha. Buen trabajo ustedes dos. Pueden estar orgullosos. Avery and Dylan, esperen afuera un minuto."

Ramírez señaló a Avery.

"¿Quieres que pase a buscarte por la mañana? ¿A las ocho? ¿Vamos juntos?"

"Claro."

"Le preguntaré a Sarah por el bosquejo. Tal vez ya tendrá algo."

La repentina disposición de un compañero a ayudar, por su cuenta y sin tener que empujarlo, era nueva para Avery. Todos los demás con los que había formado equipo desde el momento en que se unió a la policía habían querido dejarla muerta en alguna cuneta.

"Suená bien," dijo.

Una vez que Ramírez se hubo marchado, O'Malley hizo a Dylan sentarse de un lado de la mesa de conferencias y a Avery del otro.

"Escuchen bien ustedes dos," dijo en una voz calmada pero firme. "El jefe me llamó hoy y me dijo que quería saber que estaba pensando al darle este caso a una conocida y caída en desgracia ex-abogada defensora de criminales. Avery, le dije que eras la policía indicada para este trabajo y mantengo mi decisión. Tu trabajo hoy prueba que estaba en lo cierto. Sin embargo, son casi las siete y media y aún sigo aquí. Tengo una esposa y tres hijos esperándome en casa y quiero desesperadamente llegar y verlos y olvidarme de este miserable lugar por un rato. Obviamente, ninguno de ustedes comparte mis preocupaciones entonces tal vez no entienden lo que digo."

Ella le devolvió la mirada, pensativa.

"¡Llévense bien y dejen de molestarme con sus estupideces!", estalló.

Un tenso silencio cubrió la habitación.

"¡Dylan, empieza a comportarte como un supervisor! No me llames con cada detalle llorón. Aprende a manejar a tu gente tú solo. Y tú," le dijo a Avery, "más te vale que dejes el acto de humor excéntrico y la actitud esa de 'no me importa una mierda' y empieces a actuar de una vez por todas como que te importa, porque sé que te importa." Le sostuvo la mirada por un largo rato. "Dylan y yo hemos estado esperándote durante horas. ¿Quieres apagar tu radio? ¿No contestar teléfonos? ¿Tal vez te ayuda a pensar? Bien por ti. Pues hazlo. Pero cuando te llama un superior, le devuelves la llamada. La próxima vez que suceda, quedas fuera del caso. ¿Entendido?"

Avery asintió, sintiéndose humillada.

"Entendido," dijo ella.

"De acuerdo." asintió Dylan.

"Bien," dijo O'Malley.

Se enderezó y sonrió.

"Ahora, debí haber hecho antes pero no hay mejor momento que el presente. Avery Black, quiero que conozcas a Dylan Connelly, padre de dos niños, divorciado. Su esposa lo dejó hace dos años porque nunca iba a casa y bebía demasiado. Ahora viven en Maine y nunca puede ver a los niños, entonces está de mal humor todo el tiempo."

Dylan se puso tenso y estuvo a punto de hablar, pero no dijo nada.

"¿Y Dylan? Te presento a Avery Black, ex-abogada defensora criminal que metió la pata y dejó salir a las calles de Boston al peor asesino serial del mundo, un hombre que volvió a matar y destruyó su vida. Dejó atrás un trabajo multimillonario, un ex esposo, y un niño que apenas le dirige la

palabra. Y, como tú, acostumbra ahogar sus penas en el trabajo y el alcohol. ¿Lo ven? Tienen mucho más en común de lo que creen."

Se puso completamente serio.

"No me avergüencen de nuevo, o quedarán *ambos* fuera del caso."

OceanofPDF.com

CAPÍTULO OCHO

Una vez que quedaron solos en la sala de conferencias, Avery y Dylan se sentaron uno frente al otro en absoluto silencio por unos momentos. Ninguno de los dos se movía. Él tenía la cabeza gacha. Una mueca se dibujó en su rostro y parecía estar meditando sobre algo. Por primera vez, Avery sintió compasión por él.

"Sé cómo se siente," empezó a decir.

Dylan se puso de pie tan rápida y rígidamente que su silla se deslizó y dio contra la pared.

"No creas que esto cambia *nada*," dijo. "Tú y yo no nos parecemos en nada."

Aunque su amenazante lenguaje corporal emanaba ira y distancia, sus ojos decía algo diferente. Avery estaba segura que él estaba a punto de tener una crisis nerviosa. Algo que el capitán había dicho lo había afectado, de la misma manera en que la había afectado a ella. Los dos estaban dañados, solitarios. Solos.

"Mira," ofreció ella, "Sólo pensé."

Dylan le dio la espalda y abrió la puerta. Su perfil al salir de la habitación confirmó sus miedos: había lágrimas en sus ojos inyectados en sangre.

"Maldición," susurró.

Las noches eran lo peor para Avery. Ya no tenía un grupo fijo de amigos, ningún pasatiempo además de su trabajo, y estaba tan cansada que no se imaginaba haciendo nada más. Sola en la gran mesa de color claro, dejó caer su cabeza y temió lo que vendría a continuación.

La salida de la oficina fue igual que todos los días, sólo que había algo distinto en el aire, y muchos policías estaban más envalentonados por su primera plana.

"Oye, Black," dijo alguien señalando a la foto de portada. "Linda cara."

Otro oficial golpeó los dedos sobre la imagen de Howard Randall.

"Esta historia dice que ustedes eran muy cercano, Black. ¿Te gusta la gerontofilia? ¿Sabes lo que significa eso? Significa tirarse a los viejos."

"Ustedes son graciosísimos." Sonrió e hizo un gesto como si sus dedos fuesen pistolas.

"Vete a la mierda, Black."

* * *

Un BMW blanco estaba aparcado en la cochera; cinco años de antigüedad, sucio y gastado. Avery lo había comprado en la cúspide de su éxito como abogada defensora.

¿Qué estabas pensando?, pensó. ¿Por qué alguien compraría un auto blanco?

Éxito, recordó. El BMW blanco había sido brillante y ostentoso, y ella quería que todos supieran que era *la mejor*. Ahora, era un recordatorio de su vida fallida.

El apartamento de Avery se encontraba en la calle Bolton, en la zona sur de Boston. Tenía un pequeño apartamento de dos habitaciones en el segundo piso de un edificio de dos pisos. El lugar había sido un descenso desde su antiguo penthouse en un piso alto, pero era espacioso y limpio, con una linda terraza donde podía sentarse y relajarse luego de un duro día de trabajo.

La sala de estar era un espacio abierto con alfombras desgastadas de color marrón. La cocina estaba a la derecha de la puerta principal, y separada del resto de la habitación mediante dos grandes islas. No había plantas ni animales. Una exposición desde el norte aseguraba que el apartamento estuviese habitualmente oscuro. Avery tiró sus llaves sobre la mesa y se desprendió del resto de sus pertenencias: arma, arnés de hombro, walkie-talkie, placa, cinturón, teléfono, y billetera. De desvistió de camino a la ducha.

Luego de un largo baño de inmersión para procesar los eventos del día, se puso una bata, tomó una cerveza del refrigerador, luego su teléfono, y se dirigió a la terraza.

Casi veinte llamadas perdidas aparecieron en su celular, junto con diez nuevos mensajes. La mayoría eran de Connelly y O'Malley. Había muchos gritos.

A veces Avery era tan resuelta y determinada que se negaba a atender a nadie que no fuese esencial para su tarea, especialmente cuando las piezas no habían sido colocadas en su sitio aún; hoy había sido uno de esos días.

Se desplazó hacia abajo hasta los últimos números marcados, y todas las personas que la habían llamado en el último mes. Ni una de esas llamadas era de su hija, o de su ex-marido.

De repente, los extrañó a ambos.

Marcó los números.

El teléfono sonó.

Un mensaje contestó: "Hola, habla Rose. No puedo atender tu llamada en este momento, pero si dejas un mensaje, tu nombre y número, te responderé en cuanto pueda. Muchas gracias." *Bip.*

Avery colgó.

Entretuvo la idea de llamar a Jack, su ex. Era un buen hombre, su novio de la universidad con un corazón de oro: una persona realmente decente. Habían tenido un acalorado romance cuando ella tenía dieciocho años, y ella, con su ego enfermiza persiguiendo su trabajo soñado, había arruinado todo.

Durante años había culpado a otros por su separación, y por la ruptura con su hija: a Howard Randall por sus mentiras, a su antiguo jefe, al dinero, al poder, y a todas esas personas que tenía que entretener y seducir constantemente para mantenerse un paso adelante de la verdad: Poco a poco, sus clientes se volvían menos confiables, y ella igualmente quería seguir, ignorar la verdad, manipular a la justicia de una u otra manera, simplemente para ganar. Sólo un caso más, a menudo se decía a sí misma. La próxima vez, defenderé a alguien *realmente* inocente y limpiaré mi nombre.

Howard Randall había sido ese caso.

Soy inocente, había gemido en la primera reunión. *Estas estudiantes son mi vida. ¿Por qué las lastimaría?*

Avery le había creído, y por primera vez en mucho tiempo, había comenzado a creer en *sí misma*. Randall era un profesor de psicología de la universidad de Harvard mundialmente reconocido, en sus sesenta, sin motivación y sin ningún historial conocido de sus trastornadas creencias personales. Más que eso, parecía débil y dañado, y Avery siempre había querido defender a los débiles.

Cuando logró liberarlo, fue el momento más destacado de su carrera, el punto culminante, eso fue hasta que deliberadamente volvió a matar para exponerla como fraude.

Todo lo que quería saber Avery era: ¿por qué?

¿Por qué lo hiciste? le preguntó una vez por teléfono. ¿Por qué mentir y tenderme una trampa, sólo para terminar yendo a prisión por el resto de tu vida?

Porqué sabía que podías ser salvada, respondió Howard.

Salvada, pensó Avery.

¿Es ésta la salvación? se preguntó mirando a su alrededor. ¿Aquí? ¿Ahora? ¿Sin amigos? ¿Sin familia? ¿Una cerveza en la mano y una nueva vida cazando asesinos para compensar por mi pasado? Tomó un sorbo de su bebida y sacudió la cabeza. No, ésta no es la salvación. Al menos no todavía.

Sus pensamientos se volvieron hacia el asesino.

Se había comenzado a formar una imagen de él en su mente: tranquilo, solitario, desesperado por atención, especialista en hierbas y cadáveres. Descartó que fuese alcohólico o drogadicto. Era demasiado cuidadoso. La camioneta apuntaba a una familia, pero sus acciones parecían indicar que una familia era lo que él *quería*, no lo que *tenía*.

Con la mente dándole vueltas con pensamientos e imágenes, Avery tomó dos cervezas más antes de quedarse dormida de repente en su cómoda silla de exterior.

CAPÍTULO NUEVE

En sus sueños, Avery estaba nuevamente con su familia.

Su ex era un hombre atlético de cabello castaño recortado y deslumbrantes ojos verdes. Ávidos escaladores, fueron de excursión juntos con su hija, Rose; ella tenía tan sólo dieciséis años y ya había sido aceptada anticipadamente a la Universidad Brandeis, a pesar de estar aún en la secundaria, pero en el sueño tenía seis años. Iban cantando y caminando por un camino rodeado de densos árboles. Aves oscuras revolotearon y chillaron antes de que los árboles se convirtieran en un monstruo de sombras y una mano con forma de cuchillo apuñalara a Rose en el pecho.

"¡No!" gritó Avery.

Otra mano apuñaló a Jack y él y su hija se alejaron suspendidos en el aire.

"¡No! ¡No! ¡No!" lloró Avery.

El monstruo descendió.

Unos labios oscuros susurraron en su oído.

No hay justicia.

Avery se despertó de una sacudida con el sonido de un teléfono sonando incesantemente. Aún estaba en la terraza en su bata. El sol ya había salido. Su teléfono continuaba sonando fuertemente.

Atendió.

"Black."

"¡Oye Black!" respondió Ramírez. "¿Nunca atiendes o qué? Estoy abajo. Junta tus porquerías y salgamos de aquí. Tengo café y bocetos."

"¿Qué hora es?"

"Ocho y media."

"Dame cinco minutos," dijo y colgó.

El sueño seguía penetrando en sus pensamientos. Perezosamente, Avery se levantó y entró al apartamento. La cabeza le pulsaba. Forcejeó con los vaqueros desteñidos. Hizo que una camiseta blanca se viera respetable con una chaqueta negra. El desayuno fueron tres tragos de jugo de naranja y una barra de granola. De salida, Avery se echó un vistazo en el espejo. Su atuendo, y su comida matutina, tenían poco que ver con trajes de miles de dólares y desayunos diarios en los más elegantes restaurantes. Supéralo, pensó. No estás aquí para verte bonita. Estás aquí para atrapar a los malos.

Ramírez le alcanzó una taza de café en el auto.

"Te ves bien, Black," bromeó.

Como siempre, él parecía ser el modelo de la perfección: vaqueros azul oscuro, una camisa abotonada celeste, y una chaqueta azul oscuro con cinturón y zapatos marrones.

"Deberías ser modelo," gruñó Avery, "no policía."

Una sonrisa exhibió su dentadura perfecta.

"En realidad, *hice* un poco de modelaje una vez."

Salió del corredor y se dirigió al norte.

"¿Dormiste algo anoche?" preguntó.

"No mucho. ¿Y tú?"

"Dormí como un bebé," dijo orgullosamente. "*Siempre* duermo bien. Nada de esto me afecta, ¿sabes? Trato de dejarlo *pasar*," dijo haciendo una ola en el aire con sus manos.

"¿Alguna novedad?"

"Los dos muchachos estaban en su casa anoche. Connelly les puso vigilancia sólo para asegurar que no se escapen. También habló con el decano para obtener información y asegurarse que nadie se ponga nervioso con un montón de policías vestidos de civil merodeando por el campus. Ninguno de los chicos tiene antecedentes. El decano dice que son buenos muchachos de buenas familias. Lo veremos hoy. No hay noticias de Sarah sobre el reconocimiento facial. Deberíamos tener noticias esta tarde. Algunos concesionarios de autos me devolvieron la llamada con nombres y números. Voy a hacer una lista y ver qué pasa. ¿Viste el periódico de la mañana?"

"No."

Lo sacó y lo arrojó sobre su falda. En letras negras grandes, el titular decía "Muerte en Harvard." Había otra fotografía del Parque Lederman, junto con una foto más chica del campus de Harvard. El artículo era un refrito de la editorial del día anterior e incluía una imagen más pequeña de Avery y Howard Randall de sus días juntos en la corte. Se mencionaba a Cindy Jenkins por su nombre, pero no había ninguna foto de ella.

"¿Un día lento para las noticias?" dijo Avery.

"Es una chica blanca de Harvard," respondió Ramírez, "por supuesto que es noticia. Hay que mantener seguros a los niños blancos."

Avery levantó una ceja.

"Eso suena vagamente racista."

Ramírez asintió vigorosamente.

"Sí," reconoció, "probablemente sea un poco racista."

Serpentearon por las calles del sur de Boston y de dirigieron hacia el puente Longfellow y hacia Cambridge.

"¿Por qué te hiciste policía?" preguntó ella.

"Me *encanta* ser policía," dijo él. "Mi padre era policía, mi abuelo era policía, y ahora yo soy policía. Fue a la universidad y ascendí rápidamente. ¿Qué podría no gustarme? Me dejan llevar un arma y una placa. Acabo de comprarme un bote. Salgo a la bahía, me relajo, atrapo unos peces, y luego atrapo unos asesinos. Haciendo el trabajo de Dios."

"¿Eres religioso?"

"No," dijo él, "sólo supersticioso. Si *hay* un dios, quiero que sepa que estoy de su lado, ¿entiendes lo que digo?"

No, pensó Avery, no entiendo.

Su padre había sido un hombre abusivo, y aunque su madre iba fielmente a la iglesia y le rezaba a Dios, era más una fanática que cualquier otra cosa.

La voz de su sueño regresó.

No hay justicia.

Estás equivocado, contestó Avery. Y voy a probarlo.

* * *

La mayor parte de los alumnos de último año de Harvard vivían fuera del campus en alguna residencia estudiantil propiedad de la escuela. George Fine no era la excepción.

Peabody Terrace era un gran edificio alto ubicado junto al Río Charles cerca de la calle Akron. El edificio blanco de veinticuatro pisos incluía un amplio patio, hermoso césped, y una clara vista al otro lado del río para aquellos afortunados estudiantes alojados en los pisos más altos; George era uno de ellos.

Una cantidad de edificios unían al Peabody Terrace. George Fine vivía en el edificio E en el décimo piso. Ramírez estacionó su auto en la calle Akron y hallaron su camino hacia adentro.

"Aquí está la foto," dijo Ramírez. "Seguro está durmiendo ahora. Su primera clase es recién a las diez y media."

La imagen era un recorte de una foto más grande sacada de Internet. Mostraba un estudiante malhumorado, extremadamente arrogante, de cabello aceitoso color negro y ojos oscuros. Una pequeña sonrisa se dibujaba en su rostro; parecía estar desafiando al fotógrafo a que encontrara una falla en su perfección. Una fuerte mandíbula y facciones agradables hicieron que Avery se preguntara por qué le decían raro. Se ve confiado, pensó. ¿Entonces por qué acosar a una chica que obviamente no está interesada en él?

Ramírez le mostró su placa al portero.

"¿Tienen problemas?" preguntó el portero.

"Pronto lo sabremos," contestó Ramírez.

Les hicieron señas para que subieran.

En el décimo piso, giraron a la izquierda y caminaron por un largo pasillo. Las alfombras eran espirales color marrón claro. Las puertas estaban pintadas de blanco brillante.

Ramírez golpeó la puerta en el Apartamento 10E.

"George," dijo, "¿estás ahí?"

Luego de un breve silencio, alguien dijo: "Piérdete."

"*Policía*," interrumpió Avery golpeando la puerta. "Abre la puerta."

Silencio de nuevo, luego ruidos y luego más silencio.

"Vamos," dijo Avery. "No tenemos todo el día. Sólo queremos hacerte algunas preguntas."

"¿Tienen una orden?"

Ramírez alzó sus cejas.

"El chico sabe lo que hace. Debe tener educación de *primera*."

"Podemos conseguir una orden en una hora," gritó Avery, "pero me la haces difícil, voy a estar de mal humor. Ya me siento como la mierda hoy. No quieres verme enojada además de eso. Sólo queremos hablar de Cindy Jenkins. Escuchamos que la conocías. Abre la puerta y seré tu mejor amiga."

El cerrojo se destrabó.

"Realmente *tienes* talento para la gente," notó Ramírez.

George apareció de musculosa y pantalones deportivos, extremadamente muscular y tonificado. Medía un metro sesenta y cinco aproximadamente, la misma estatura que Avery asociaba con el asesino, según los registros de Cindy. A pesar de verse como que o estaba drogado, o no había dormido en días, cierta audacia ardía en su mirada. Avery se

preguntó si habría sido intimidado durante años y finalmente decidió devolver el golpe.

"¿Qué quieren?", dijo.

"¿Podemos pasar?" preguntó ella.

"No, podemos hacer esto aquí."

Ramírez metió su pie dentro de la habitación.

"En realidad," dijo, "preferiríamos pasar."

George miró primero a Avery y luego a Ramírez, al pie que sostenía la puerta abierta. Resuelto, se encogió de hombros y se apartó.

"Pasen," dijo. "No tengo nada que esconder."

La habitación era grande, para dos ocupantes, con una sala de estar, terraza, dos camas en lados opuestos de la habitación, y el área de la cocina. Una de las camas estaba prolijamente hecha y estaba tapada de ropa y equipos electrónicos; la otra era un desastre.

George se sentó sobre la cama desastrosa. Con las manos a su lado, agarró el colchón. Parecía listo para lanzarse hacia adelante en cualquier momento.

Ramírez se paró junto a la ventana de la terraza y admiró la vista.

"Que buena casa," dijo. "Es sólo un estudio, pero magnífico. Mira esta vista. *Vaya*. Te debe encantar mirar por aquí hacia el río."

"Terminemos con esto," dijo George.

Avery tomó una silla y se sentó enfrentando a George.

"Estamos investigando el asesinato de Cindy Jenkins," dijo. "Pensamos que podrías ayudarnos, considerando que fuiste una de las últimas personas en verla con vida."

"Mucha gente la vio con vida."

Las palabras intentaban sonar duras, pero había dolor en sus ojos.

"Teníamos entendido que te gustaba."

"Yo la *amaba*," dijo. "¿Qué importa eso? Ya no está aquí. Nadie puede ayudarme."

Ramírez y Avery compartieron una mirada.

"¿Qué significa eso?" preguntó Ramírez.

"Por lo que tengo entendido," dijo Avery, "te fuiste de la fiesta justo después de ella."

"No la maté," declaró, "si es eso lo que quieren decir. Me fui de la fiesta porque prácticamente se fue tambaleando. Estaba preocupado por ella. No

pude encontrarla cuando llegué abajo. Tuve que despedirme de algunas personas. Preguntar. Esa es la verdad."

"¿Por qué tenías que despedirte de alguien?" preguntó Ramírez. "Si estabas enamorado de ella, y preocupado, ¿por qué no la ayudaste?"

"Habla con mi abogado."

"Estás ocultando algo," señaló Ramírez.

"No la maté."

"Pruébalo."

George bajó la vista y sacudió la cabeza.

"Ella arruinó mi vida," dijo. "Arruinó mi vida y ahora ustedes también están intentando arruinar mi vida. Se creen tan importantes."

Ramírez le echó una mirada a Avery como queriendo decir *¡este chico está loco!* y se alejó a admirar la espectacular vista de la terraza.

Avery tenía una idea mejor. Había visto a los de su tipo anteriormente, como abogada y como policía. Había algo dañado en él, y algo poderoso. Enrollado y listo para atacar, pensó, igual que algunos de los miembros de pandillas que había entrevistado: una inocencia mezclada con indignación que rápidamente se convertía en violencia. Llevó una mano a su cinturón. Sus dedos se deslizaron cerca de su funda de pistola sin realmente hacer ningún movimiento hacia el arma.

"¿Qué quisiste decir con eso, George?" preguntó.

Cuando miró hacia arriba, su cuerpo estaba tenso. Una mueca salvaje desfiguraba sus facciones. Los ojos bien abiertos y los labios apretados. Hizo una mueca de rabia. Al borde de las lágrimas, se las tragó.

"*Yo importo*," lloró.

Un pavoneo arrogante tomó el control. Se puso de pie y abrió sus brazos a lo ancho. Las lágrimas vinieron y lo tomaron por sorpresa, entonces se entregó a las lágrimas.

"*Yo importo*," lloró y se puso en cuclillas.

Avery se puso de pie y se alejó, con la mano cerca del arma.

"¿Qué es todo esto?" preguntó Ramírez.

"Déjalo tranquilo," dijo Avery.

Ignorando la desesperación que emanaba de su destrozado sospechoso, Ramírez se puso en cuclillas junto a George y dijo: "Oye, hermano, está bien. Si lo hiciste, sólo admítelo. Tal vez estás loco o algo. Podemos conseguirte ayuda. Por eso estamos aquí."

George se puso tenso y quedó inmóvil.

Un susurro salió de sus labios.

"No estoy loco," dijo, "Sólo estoy harto de todos ustedes."

Tan diestro como un soldado entrenado, llevó una mano tras su espalda y sacó una cuchilla escondida. En el siguiente instante, giró alrededor de Ramírez y sujetó su cuello. Rápidamente lo apuñaló en el lado derecho, justo debajo del pecho, y mientras Ramírez gritaba, George se hundió nuevamente hasta quedar sentado, usando a Ramírez como escudo.

Avery desenfundó su arma.

"*¡No te muevas!*" gritó.

George llevó la cuchilla a la sien de Ramírez.

"¿Quién es el perdedor ahora?" dijo. "*¿¡Quién!?*" gritó.

"*¡Déjala caer!*"

Ramírez gruñó por la herida entre sus costillas. El brazo alrededor de su cuello claramente le dificultaba la respiración. Intentó alcanzar su arma, pero la punta de la cuchilla le presionó más la sien. George lo agarraba fuerte y le susurraba al oído.

"Quédate quieto."

Un gruñido de Ramírez y luego gritó.

"*¡Dispárale a este hijo de perra!*"

Avery observó a George presionar la cuchilla firmemente contra la cabeza de Ramírez, y un hilo de sangre comenzó a fluir, y en ese momento supo que no tenía opción. Era la vida de su compañero o la de ese enfermo, y cada segundo contaba.

Disparó.

De repente, George gritó de dolor y se tambaleó hacia atrás, soltando a Ramírez.

Avery miró y lo vio cubierto en sangre, agarrándose el hombro. Sintió alivio al ver que era un disparo limpio en el hombro, justo como había esperado que fuera.

Ramírez se revolvió intentando alcanzar su arma, pero antes de que pudiese reaccionar, de repente George estaba de nuevo en pie. Avery no podía creerlo. Nada podía detener a este chico.

Más sorprendente fue que George no embistió a Ramírez, ni a ella.

Su embestida iba en dirección al balcón abierto.

"¡ESPERA!" gritó Avery.

Pero no había tiempo. Le sacaba unos tres metros de ventaja, y podía ver por la carrera que llevaba que iba a saltar.

De nuevo, tomó una decisión difícil.

De nuevo, disparó.

Esta vez, apuntó a su pierna.

Él cayó sobre su rostro primero, agarrándose la rodilla, y esta vez no volvió a ponerse de pie. Se quedó allí, gimiendo, a un metro del balcón.

Ramírez se puso de pie y dio unas vueltas. Con una mano en su herida, tomó su arma y apuntó la boca al rostro de George.

"¡*Me cortaste!*"

"Lo tengo," dijo Avery.

Ramírez le dio una patada en el costado a George y Ramírez hizo una mueca de dolor mientras lo hacía, agarrándose la herida con más fuerza.

"¡*Mierda!*" gritó.

De su lado del suelo, George sonrió, la sangre caía desde sus labios.

"¿Se sintió bien, *policía*? Espero que se haya sentido bien, pero voy a salir de esta."

Avery se adelantó un paso, sacó sus esposas, jaló sus brazos detrás de su espalda, y los sujetó firmemente.

"Tú," dijo, "vas a ir a la cárcel."

CAPÍTULO DIEZ

Avery llamó al 911 con el arma apuntando a George. Usó su walkie-talkie para pedir refuerzos. Ramírez no podía creer lo estúpido que había sido, ni cuánto le dolía la herida. Cada tanto, sacudía la cabeza y murmuraba para sí mismo.

"No puedo creer que este mocoso se me adelantó."

"Es rápido," dijo Avery. "¿Has estado entrenando, George? ¿En el ejército? ¿En la naval? ¿Así fue que pudiste secuestrar a Cindy?"

George estaba sentado de piernas cruzadas y en silencio, con la cabeza baja.

"¿Cómo está la herida?" preguntó Avery a Ramírez.

"No lo sé. Puedo respirar, así que le erró al pulmón. Pero la hija de perra duele."

Luego se detuvo y la miró con asombro.

"Gracias, Black. Me protegiste. Te debo una."

Cuando llegó la ambulancia, el equipo de emergencias le aplicó presión a la herida y le hicieron a Ramírez algunas preguntas. El diagnóstico inicial fue que el cuchillo le erró al pulmón. Todo el tiempo, Ramírez estuvo sacudiendo la cabeza. "Estúpido," dijo. "Estúpido."

Trajeron una camilla para llevárselo.

"Volveré," le dijo a Avery. "No te preocupes. Esto no es nada. Sólo un rasguño. Oye, George," gritó. "Atacaste a un policía. Eso son seis años máximo. Y si mataste a una niña, te darán cadena perpetua."

La seguridad de Harvard se quedó con Avery hasta que la policía vino a buscar a George. Nadie habló en todo el rato. Avery había estado con asesinos antes, muchos asesinos, en sus tres años en la policía, pero eran los chicos con armas y cuchillos que siempre le daban que pensar: chicos como George. Estudiante universitario. Universidad de Harvard. Alguien que al parecer lo tenía todo, y sin embargo por dentro estaba fracturado, roto.

Luego de que los policías se llevaron a George, Avery se quedó sola en el apartamento. La pregunta "por qué" le seguía dando vueltas por la cabeza.

¿Por qué hizo esto?

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

El rostro de Howard Randall seguía apareciendo. ¿Qué le pasa a este mundo? se preguntó. Mira este lugar. Vista del cielo. Lujo por todas partes. Joven, apuesto, en forma, y sin embargo acaba de atacar y apuñalar a un oficial de policía. Otros rostros le vinieron a la mente: rostros de pandillas y esposos enojados y psicópatas borrachos que mataron a gente inocente y otros niños, algunos de seis años con Uzis colgadas del pecho.

¿Por qué?

¿Acaso era dolor? ¿El dolor de una vida tan dura?

Un recuerdo llegó: su padre, cabello gris desprolijo, dientes faltantes, una herida de bala en su mano. "¿Quieres hablar de *dolor*?" estalló. "¡Te dispararé en la maldita cabeza! Ahí sí que conocerás el dolor, ¿no es así, niña? ¿*No es así!*?"

Avery se puso de pie.

Le había costado concentrarse en el apartamento hasta que todos se habían ido. Ahora había convertido a la habitación, y a George Fine, en sus principales prioridades.

¿Quién eres? preguntó.

Las paredes estaban prácticamente desnudas excepto por una foto de George, exhibiendo orgullosamente una medalla que había ganado en una carrera. En su escritorio, Avery encontró llaves y una billetera. Había al menos diez llaves en el llavero. ¿Para qué necesitas todas estas? se preguntó.

Su computadora no estaba protegida por contraseña. Una revisión rápida de su actividad reciente en Internet no aportó nada: un montón de videos pornográficos, consejos sentimentales, y lugares para hacer ejercicio en el campus. Había dos sitios de redes sociales abiertos. Tenía treinta y dos amigos en uno de ellos. Sr. Popularidad, pensó sarcásticamente.

Escondida en su closet había una caja llena de fotos: George con un grupo de hombres en el bosque, todos vestidos con camisetas de las fuerzas militares; George entre sus padres con Harvard de fondo; y Cindy Jenkins, cientos de fotos de Cindy Jenkins: Cindy en el centro comercial, Cindy en el Harvard Yard, Cindy en una fiesta. Cada foto parecía haber tomado en secreto, desde lejos, o a veces desde al lado, sin que ella lo supiera.

"Jesucristo."

La ira se acumuló en su interior, no por haber descubierto lo que George podría haber hecho si se descontrolaba, sino por Harvard, el decano, y una vida de secretos que casi había matado a su compañero.

Unos minutos buscando en su teléfono y Avery marcó un número.

"Quiero hablar con el Decano Isley, ahora mismo," dijo.

"Lo lamento," contestó la asistente, "el decano está en una reunión."

"*No me importa si está en la maldita luna,*" estalló Avery. "Hablar Avery Black, del departamento de policía de Boston, Homicidios. Estoy en la habitación de uno de sus estudiantes: George Fine. ¿Isley sabe lo de George? Debe saberlo, porque su estudiante 'normal' de último año en Harvard acaba de apuñalar a un policía. ¡Ponlo al teléfono ahora mismo!"

"Espere, por favor."

Dos minutos después, apareció el decano.

"Hola, Detective Black," dijo, "disculpe por hacerla esperar. Me acaban de informar sobre sus actividades de esta mañana."

"Sólo quiero comprender una cosa," dijo Avery. "Mi supervisor, Dylan Connelly, lo llamó anoche para constatar los antecedentes de George Fine y Winston Graves. Usted dijo, y estoy citando a mi compañero, el que fue apuñalado, 'Los dos son buenos muchachos de buenas familias.' ¿Quiere reconsiderar esa declaración?"

El decano se aclaró la garganta.

"No entiendo qué es lo que me está preguntando," dijo.

"¿De verdad? Porque voy a ser más clara que el agua. Déjeme ponerlo de otra forma. Tenemos un policía caído. Tenemos una chica muerta. Ahora tenemos un sospechoso principal el cual *usted dijo* que no era problemático. Le doy una última oportunidad para cambiar su declaración antes de considerar seriamente levantar cargos. Acabo de descubrir que George Fine estaba en las fuerzas armadas. Eso puede haber sido información relevante, ¿no le parece? También es artista marcial entrenado. De nuevo, relevante. Buen muchacho de una buena familia no es suficiente. ¿Qué más sabe usted sobre él?"

"Oficial Black, nuestra relación con nuestros estudiantes es—"

"Dígame ahora o colgaré en teléfono y quedará solo."

"Sra. Black, no puedo simplemente—"

"Cinco... cuatro... cuando llegue a uno cuelgo..."

"Tenemos—"

"Tienen una chica muerta y un posible asesino en sus manos... tres... dos..."

"¡De acuerdo!" gritó, nervioso.

Su voz bajó de volumen.

"Quiero que entienda," dijo, "nadie aquí cree que uno de nuestros alumnos pueda ser responsable de—"

"Apuñaló a un policía. A mi compañero. Dígame lo que sabe."

"Estuvo en período de prueba disciplinario sus primeros dos años en la universidad," admitió el decano. "Siguió a una joven de Scarsdale hasta aquí: Tammy Smith. Hubieron... problemas. No se presentaron cargos. No queríamos involucrar a la prensa. Él recibió estrictas órdenes de mantenerse a doscientos metros de ella y tener reuniones semanales con nuestro psicólogo escolar. Tenía entendido que las sesiones marchaban bien. Ha sido un estudiante modelo desde entonces."

"¿Algo más?"

"Eso es todo. Los registros están aquí, si le interesa revisarlos."

"¿Y qué hay de Winston Graves?"

"¿Graves?" El decano casi se rio, "Es uno de nuestros mejores alumnos de último año, destacado en todos los aspectos. Lo tengo a él y a su familia en la más alta estima."

"¿No hay secretos?" presionó Avery.

"No que yo sepa."

"Eso significa tal vez," dijo Avery. "Investigaré por mi cuenta. Y la próxima vez que un policía lo llama pidiendo información, debería ser lo más comunicativo posible. 'Policía apuñalado en dormitorio estudiantil' probablemente no sea un gran titular para atraer nuevos alumnos."

"Esperé un momento, creí que—"

Avery colgó.

La próxima llamada fue a Jones, un delgado, gracioso jamaquino que se quejaba por todo, incluso cuando se estaba divirtiendo a lo grande.

"Aquí Jones," dijo.

"Habla Black. ¿Qué tienes de la vigilancia?"

Jones estaba apretujado en una oficina oscura, rodeado por dos técnicos vestidos de azul. Se inclinó hacia adelante sobre el teclado y abrió los ojos como si estuviese por saltar desde el techo.

"Estás loca, Black," se quejó. "Lo sabes, ¿no? ¿Cuánto tiempo más tengo que hacer mierda desquiciante? Es como un juego de adivinanzas. Tengo que *adivinar* adónde pudo haber ido, luego tengo que acceder a las cámaras y meter las horas correctas y ver qué pasa. Horas y horas mirando a la nada. Una sola vez tuve suerte."

"¿Tuviste suerte?"

"Sí," dijo mirando a la pantalla. "Estoy en control de tráfico ahora con Stan y su novia Frank. Estos muchachos son fantásticos. Me ayudan todo el día. Esto es lo que hice. Accedí a las cámaras en los postes de luz de Auburn, en Hawthorn. ¿Sabes lo que encontré? Encontré tu camioneta. Subió por Auburn, pasó Hawthorn. Me fijé en Auburn más hacia el oeste, pasando Aberdeen, y volví a ver la camioneta. Está yendo hacia el oeste."

"¿Adónde fue después de eso?"

"¿¡Estás bromeando!?" gimió Jones. "¿Qué parezco? ¡No soy un sistema de imágenes satelitales! ¡Eso me llevó como cinco horas!"

"Sigue así," dijo Avery y colgó.

La camioneta se dirigía al oeste, pensó. Fuera de la ciudad. Si George es nuestro hombre, seguro que tenía una casa en algún lugar.

Su próxima llamada fue a Thompson, viejo compañero de Jones, un hombre tosco que parecía casi albino por sus tonalidades, con cabello rubio, labios carnosos, y los rasgos faciales de una mujer. Thompson estaba reclinado en una oficina con un montón de policías estatales, comiendo donas y contando una historia de cuando encontró a Jones durmiendo y le pintó una cara de conejo.

"Thompson," respondió con voz grave.

"Es Black. ¿Qué hay de nuevo?"

"La camioneta fue hacia el norte por Calle Charles. Es todo lo que tenemos. No estaba seguro si revisar los puentes o no."

"Tenemos un asesino suelto," estalló Avery. "Revisa *todo*. Tu compañero Jones ya te lleva la delantera. ¿Adónde fue luego de la Calle Charles?"

"Déjame averiguarlo," dijo él.

"No," respondió ella. "Deja la vigilancia por el día. Te necesito para algo más importante: George Fine. Estudiante de Harvard. Estoy aquí ahora. Ramírez fue apuñalado. Está en el hospital. Necesito todo lo que puedas encontrar sobre George Fine. Contacta a sus padres si tienes que hacerlo. Está bajo custodia policial. ¿Tiene alguna casa en algún lugar, tal vez al noroeste de Harvard? Las llaves están aquí en su escritorio. ¿Algún historial médico anterior? Habla con sus amigos, familia, con quien sea que puedas, ¿entiendes? No tiene contraseña en la computadora así que puedes revisarla también. Estás asignado a Harvard por el resto del día."

"Estaré allí en un minuto."

"No, ¡ven para aquí *ahora*!" gritó y colgó el teléfono.

Al norte, pensó. Fue al norte desde Lederman Park. ¿Tal vez cruzó el puente y entró a Harvard? ¿Entonces por qué irías hacia el sur luego de levantar a Cindy desde el callejón?

Háblame, Fine, pensó y contempló la habitación. Háblame.

* * *

Una hora más tarde, Avery estaba en el hospital.

El cuchillo había le apenas perforado levemente el pulmón a Ramírez. Por suerte, había esquivado a todos los demás órganos vitales, pero los doctores tuvieron que abrir y coserle la herida interna.

Se dirigió a la sala de espera.

Tres policías de civil ya estaban allí. Uno de los policías tenía cara de rana; era regordete pero sólido, con cabello recortado color negro y ojos pequeños.

Genial, pensó Avery. Finley.

Finley Stalls era uno de los peores abusones en el departamento, un irlandés profundamente infeliz que bebía todas las noches y andaba por la oficina con un humor de perros todos los días. Tenía un sentido del humor sarcástico, y aunque nunca era el primero en meterse con Avery, siempre era el primero en reírse.

Los tres oficiales le dieron la misma expresión sin emoción a la que estaba acostumbrada en el departamento. Estaba por saludar y tratar de disolver su típico encanto cuando Finley asintió con la cabeza en su dirección y habló en su veloz y prácticamente incomprensible acento de Boston.

"Magnífico trabajo," dijo.

No sabía si estaba bromeando o no.

El segundo oficial se metió en la conversación.

"¿Estás intentando obtener el récord de más compañeros muertos, Black?"

Ah, pensó. Bromeando.

"Vamos," se burló el tercer oficial. "Déjenla tranquila. No es culpa suya. Ramírez es un maricón con los sospechosos. Se la pasa actuando como si la mano de Dios no lo va a lastimar o algo. Estúpido imbécil. Ella lo trajo hasta aquí entero, ¿o no?"

"¿Atrapaste al asesino?" preguntó el segundo oficial.

"Veremos," dijo Avery.

Esperó la próxima broma, el próximo abuso verbal, pero no llegó. Los oficiales simplemente dieron unas vueltas, y por primera vez en mucho tiempo, Avery pudo relajarse mentalmente entre un montón de policías y tratar de enfocarse.

Llamó a los forenses.

"Randy, ¿alguna novedad?"

Randy estaba sentada en un laboratorio blanco en el sótano del departamento. Había un microscopio en su escritorio, y miraba a través de él mientras hablaba.

"Me alegra que hayas llamado," dijo. "¿Recuerdas esas drogas naturales de las que hablamos, las plantas que puede haber usado para paralizar y luego matar a su víctima? Tengo confirmación sobre eso. Las toxinas en su cuerpo indican un sesenta por ciento opio. Muy puro. Tiene que ser su propia planta. ¿Encontraste alguna pista con respecto a eso?"

"Hablé con un proveedor de drogas que conozco," dijo Avery. "Le pregunté quién sería tan estúpido como para vender las semillas de amapola y hacer que sus ventas de heroína se vayan por el caño. Estoy esperando una respuesta. Esperaba que tuvieses otras pistas. No tengo nada sobre las luces LED y los suministros de jardinería. Puedes comprarlos en cualquier lado."

"Ahora estoy mirando fibras encontradas en el cuerpo de la chica," dijo Randy. Una de ellas es definitivamente de un gato, ¿tal vez manchado? Creo que a nuestro asesino le gustan los animales. Ojalá no sólo los rellene para exhibirlos. Hay partículas de polvo, también. Típica variedad de jardín. Yo diría que estás buscando a un jardinero, alguien que tiene plantas, animales, un verdadero loco de la jardinería."

Avery no podía unir las piezas.

George Fine no tenía plantas ni gatos.

Tal vez en su otra ubicación, pensó. ¿Pero no tendría que haber *alguna* evidencia de eso en su habitación? ¿Libros de botánica, drogas?

"De acuerdo," dijo Avery. "Llámame si encuentras algo más."

* * *

Más tarde, Avery golpeó la puerta de Ramírez y entró.

Ramírez le hizo señas con los brazos y sonrió.

"Mira quién es," gritó. "Mi salvadora."

"En realidad no," contestó Avery. "¿Qué hice?"

"Mantuviste la calma," señaló Ramírez, "y te comportaste como una verdadera policía con el sospechoso, no como un novato idiota como yo. Está todo bien, igual," dijo frunciendo el ceño, "Saldré de aquí muy pronto. El doctor dijo que puedo irme mañana. Estaré de vuelta en mi escritorio para el viernes."

"Eso no es lo que yo escuché," dijo Avery. "El doctor dijo que necesitas al menos dos semanas para curarte. Quiere que hagas reposo."

"¿Qué?" se quejó Ramírez. "Más te vale que no le digas eso al capitán. No me hagas ir a mi casa y aplastar el trasero. No sabes lo que es mi vida en casa."

"¿Cómo es tu vida en casa?" se preguntó ella.

Ramírez era un enigma para ella: apuesto, en excelente forma, perfectamente vestido, y parecía que nada lo molestaba. El ataque de George había revelado otro aspecto: un poco descuidado, enojado, y sin ningún entrenamiento defensivo para manejar la velocidad y sorpresa de George. Al principio, a Avery le trajo recuerdos de todos los hombres con los que había tenido aventuras de una noche unos años atrás. Ellos, también, eran brillantes por fuera, pero una vez que les quitaba una o dos capas, eran un desastre. Esperaba que ese no fuera el caso de su nuevo compañero.

"Oh, demonios, ¿realmente quieres que te revele el misterio?" dijo él. "Sí, claro. *Estoy* en una cama de hospital. Sé que aparento ser Superman, pero ¿honestamente? Soy sólo un tipo normal por dentro, Black. Me encanta este trabajo, pero no me gusta sudar, entonces rara vez voy al gimnasio y definitivamente no soy el tipo más letal de la policía. ¿Ves este increíble físico? Nací así."

"¿Tienes a alguien en casa?" preguntó Avery.

"Solía tener novia. Seis años. Me dejó hace un tiempo. Dijo que yo tenía demasiados problemas con el compromiso. ¡Vamos, Black! Seamos sinceros. ¿Por qué un hombre tan apuesto como yo se comprometería con una mujer, cuando hay millones en el mundo?"

Por muchas razones, pensó Avery.

Se acordó de Jack su ex-esposo. Aunque hacía mucho no hablaban, las ansias por casarse con él habían sido fuertes cuando era más joven. Él le ofrecía estabilidad, generosidad, amor, y apoyo. Sin importar cuán intensa o

distante se volviese Avery, él siempre estaba allí, esperando y dispuesto a darle un abrazo.

"Supongo que la gente se compromete porque quieren sentirse seguros," dijo ella.

"Esa no es una buena razón para comprometerse," dijo él. "Tiene que ser por amor."

Avery nunca había comprendido realmente el concepto de amor hasta que nació su hija Rose. Cuando era una joven estudiante universitaria, creía que amaba a Jack. Los sentimientos estaban allí y lo extrañaba cuando no estaba cerca, pero si realmente hubiese estado enamorada, no lo habría dado por sentado tanto, ni lo habría dejado.

Tuvo a Rose cuando tenía apenas veinte años. Jack había querido empezar una familia pronto, pero cuando nació Rose, Avery se sintió atrapada, no más tiempo sola con Jack, no más tiempo para ella sola, no más vida, carrera. Había sido un desastre. *Ella* había sido un desastre, y se había notado, el fin su matrimonio, el fin de su maternidad. Pero a pesar de que Rose y ella aún no estaban distanciadas, lo sabía, ahora, lo sabía.

"¿Qué sabes del amor?" preguntó.

"Sé que significa que tengo que hacer a mi mujer sentirse bien." Sonrió con una mirada avergonzada y seductora.

"Eso no es amor," dijo Avery. "El amor es cuando estás dispuesto a abandonar algo que quieres por alguien más. Es cuando te importa más la otra persona que tus propios deseos, y actúas acorde. Eso es amor. No tiene nada que ver con sexo."

Ramírez alzó sus cejas en señal de respeto.

"Vaya," dijo. "Eso es profundo, Black."

Los recuerdos eran dolorosos para Avery. En lugar de eso, intentó concentrarse en la tarea en cuestión: un asesino suelto y un sospechoso en custodia.

"Debo irme," dijo. "Sólo quería asegurarme de que estuvieses bien. No necesito otro compañero muerto en la conciencia."

"Ve, ve," dijo Ramírez. "¿Dónde está nuestro Seal de la Marina?"

"Bajo custodia. Y no estuviste tan lejos de la realidad. Está en la reserva militar. Es muy bueno con las manos. Ya arremetí contra el decano por ocultar información sobre una posible arma mortal. Thompson está en el dormitorio ahora."

"¿Crees que es nuestro asesino?"

"No estoy segura."

"¿Por qué la duda?"

Piezas, pensó. Piezas del rompecabezas que no encajaban.

"Puede que ser nuestro hombre," dijo. "Veamos qué sucede."

OceanofPDF.com

CAPÍTULO ONCE

Una hora después, Avery se encontraba de pie en una pequeña y oscura cámara lateral con O'Malley y Connelly. Delante de ellos, a través de un vidrio espejado, estaba George Fine, sentado. Sus manos estaban esposadas a una mesa de metal y tenía vendas en sus hombros y piernas por las heridas de bala. Tuvo suerte, notó Avery, que sólo lo había rozado. Su puntería había sido acertada.

Cada tanto él murmuraba algo entre dientes, o se contraía nerviosamente. Los ojos en blanco no registraban nada, pero parecía estar sumido en pensamientos.

En su mano, Avery sostenía una imagen mostrando seis diferentes interpretaciones en blanco y negro de la cara de un hombre, según los videos de vigilancia del asesino. Cada imagen mostraba a un perpetrador caucásico de mentón pequeño, pómulos altos, ojos pequeños, y frente angosta. En tres de las fotografías, la peluca, los anteojos, y el bigote habían sido removidas, y el artista le había dado al asesino distintos estilos de cabello y vello facial. Las últimas tres imágenes mantenían al menos un aspecto del disfraz en caso de que *no fuese* un disfraz.

Avery se tomó un momento para absorber cada fotografía.

El rostro que había visto en las cámaras estaba grabado en su mente, y ahora, con un montón de bosquejos precisos, era capaz de inferir otros aspectos: un mentón más amplio, pómulos más bajos, una cabeza calva, ojos más grandes, anteojos, y múltiples colores de ojos.

Cada tanto, levantaba la vista hacia Fine. Había semejanzas: Caucásico, pómulos altos... Parecía tener una complexión más delgada, pero ambos eran ágiles y veloces. Los elegantes movimientos que Avery había visto en la cámara se asemejaban mucho a los que había observado cuando George venció a Dan. De todas maneras, Avery no estaba segura. Aún estaba el tema de las plantas y los animales. Además, el asesino en la cámara tenía algo diabólico, un humor travieso que estaba ausente en George. ¿Habría George Fine hecho una reverencia a una cámara?

Como si Connelly pudiese mentalmente oír sus dudas, señaló a la ventana y dijo: "Este es nuestro tipo. Estoy segura. Míralo. Apenas ha dicho dos palabras desde que llegó. ¿Puedes creer que quiere un abogado? *De ninguna manera*. No va a obtener nada. Necesitamos una confesión."

O'Malley tenía puesto un traje azul oscuro y una corbata roja. Estiró los labios y frunció el ceño y dijo: "Puede que Connelly tenga razón esta vez. Dijiste que encontraste fotos de Jenkins en su habitación. Atacó y casi mata a un policía. Además, encaja con el perfil. Los bosquejos casi que coinciden. ¿Cuál es la duda?"

"Las piezas no encajan todas," dijo ella. "¿Adónde llevó a Cindy luego del secuestro? ¿Cómo aprendió a embalsamar? Randy Johnson dijo que los cabellos en el vestido de Jenkins eran de un gato. Fine no tiene gato. Lo que sí tiene es un montón de búsquedas de porno y consejos sentimentales en Internet. ¿Suena como un asesino?"

"Escucha, Black, esto es sólo por cortesía," dijo Connelly con rotundidad. "En lo que a mí respecta, este caso terminó. Lo atrapamos. Debe tener algún escondite en algún sitio. Ahí es donde encontraremos el gato y la camioneta y el arma asesina. Tu trabajo es encontrar esa casa. Demonios, ¿por qué siempre tienes que actuar como si fueses mucho mejor que los demás?"

"Sólo quiero hacerlo bien."

"¿Sí? Pues eso no siempre ha sido posible, ¿no es cierto?"

Una energía salvaje emanaba de Connelly, las mejillas rojas, los ojos inyectados en sangre como si hubiese estado bebiendo o hubiese tenido una noche difícil. Estaba a punto de reventar su camisa, como de costumbre, y parecía estar listo para golpear a alguien en el rostro.

Ella se dirigió a O'Malley.

"Déjame hablar con él."

"Es tu perpetrador," dijo O'Malley, encogiéndose de hombros. "Puedes hacer lo que quieras. Pero creemos que este es nuestro tipo. Tenemos a mucha gente respirándonos en el cuello por este asunto. A menos que puedas comprobar algo más, y rápido, vamos a ir cerrando este tema, ¿de acuerdo?"

Ella levantó sus pulgares.

"De acuerdo, jefe."

La puerta a la sala de interrogatorios zumbó y Avery empujó hacia adentro. Todo era gris, incluida la mesa de metal donde se encontraba sentado el tirador, y el espejo y paredes.

George dejó salir un suspiro de frustración y bajó la cabeza. Tenía puesta la misma musculosa y pantalones.

"¿Me recuerdas?" preguntó Avery.

"Sí," dijo, "eres la zorra que me apuntó un arma a la cara."

"Intentaste matar a mi compañero."

"Defensa propia," dijo encogiéndose de hombros. "Entraron en mi habitación. Todo el mundo sabe que la policía de Boston tiende al gatillo fácil. Sólo estaba tratando de protegerme."

"Lo apuñalaste."

"Habla con mi abogado."

Avery tomó asiento.

"Déjame ver si entiendo bien," dijo. "Eres estudiante de economía. Alumno promedio. Reserva del Ejército. Sin antecedentes criminales, bueno, hasta hoy al menos. Desde todo punto de vista un tranquilo e inofensivo estudiante. Pocos amigos," se encogió de hombros. "Pero supongo que eso es normal cuando no eres frecuentes mucho las fiestas de la universidad. Padres exitosos. Uno abogado. El otro doctor. Sin hermano, *pero*," dijo con énfasis, "un historial de enamoramientos. Si," dijo casi disculpándose, "hablé con el decano y me enteré de tu enamoramiento con Amy Smith, ¿la chica que seguiste desde Scarsdale? ¿Es ella la razón por la cual fuiste a Harvard, o fue pura coincidencia?"

"No he matado a nadie," dijo, y la miró directo a los ojos con una mirada determinada e implacable, como si estuviese desafiándola a decir lo contrario.

Avery no se sentía bien con respecto a la entrevista.

El instinto le decía que ya había hecho la evaluación correcta: él era inestable y solitario, un adolescente al borde de una crisis nerviosa antes de que la chica de sus sueños fuese asesinada de repente, y luego enloqueció. ¿Pero un meticuloso asesino que drenaba cuerpos y los ponía en posturas angelicales y vívidas? Era difícil de creer. Sencillamente no había prueba sólidas.

"¿Te gustan las películas?" preguntó ella.

Él frunció el ceño, dudando sobre su línea de interrogación.

"¿Puedes decirme cuál están pasando ahora en el Cine Omni?" agregó ella. "¿El cine frente al Parque Lederman?"

Le devolvió una expresión en blanco.

"Hay tres películas en el momento allí," respondió ella. "Dos de ellas son películas de acción de verano en 3D. No me interesan mucho esas," dijo con un movimiento de muñeca. "La tercera se llama *L'Amour Mes Amis*,

una pequeña película francesa sobre tres mujeres que se enamoran una de otra. ¿Has visto esa película alguna vez?"

"Nunca la he escuchado nombrar."

"¿Te gustan las películas extranjeras?"

"Habla con mi abogado."

"De acuerdo, de acuerdo," dijo ella. "¿Qué tal esto? Una pregunta más. Me das una respuesta sincera y te dejo aquí y te consigo un abogado. ¿De acuerdo?"

Él no dijo nada.

"Sin condiciones," agregó ella. "De verdad."

Avery se tomó un momento para formular sus pensamientos.

"Tú podrías ser mi asesino," dijo. "Realmente podrías serlo. Tenemos muchos caminos por explorar, pero algunas de las piezas encajan. ¿Por qué otra razón atacarías a un policía? ¿Por qué está tan limpia tu habitación? Me hace pensar que tienes otra casa en algún lugar. ¿La tienes?"

Él le devolvió una mirada ilegible.

"Éste es mi problema," dijo Avery. "También es posible que seas un niño estúpido que quedó destrozado por la muerte de la chica que le gustaba. Tal vez estabas furioso y miserable, y obviamente un poco inestable porque atacaste a un policía. Pero," enfatizó señalando al vidrio espejado, "mi oficial supervisor y mi capitán, ambos creen que eres culpable de asesinato en primer grado. Quieren quemarte vivo. Voy a darte una elección. Contéstame una pregunta y reconsideraré mi posición y te daré lo que quieras. ¿De acuerdo?"

Se inclinó hacia adelante y lo miró fijamente a los ojos.

"¿Por qué atacaste a mi compañero?"

Un conjunto de emociones complejas atravesó a George Fine. Frunció el ceño y meditó sobre sus palabras, y luego miró hacia otro lado y de nuevo a Avery.

Una parte de él parecía estar calculando una respuesta, y pensando qué podría significar dicha respuesta en la corte. Finalmente, se conformó con algo. Se acercó, y aunque intentaba actuar rudo, sus ojos estaban vidriosos.

"Ustedes todos se creen tan grandes, tan importantes. Bueno, yo también soy importante," dijo. "Mis sentimientos importan. No puedes sencillamente decir que somos amigos y luego ignorarme. Eso es confuso. Yo también soy importante. Y cuando me besas, significa que eres mía. ¿Lo entiendes?"

Su rostro se movió y las lágrimas rodaron por sus mejillas y gritó:
"¡Significa que eres mía!"

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DOCE

Revisó su billetera. Eran cerca de las seis en punto.

El sol aún estaba afuera y la gente estaba por todas partes en el enorme césped.

Se sentó contra un árbol en el parque Killian Court, en el campus del MIT. Fácilmente visible entre las sombras de alto follaje, tenía puesta una capa y anteojos.

Había llegado a su destino sólo unos minutos antes. Unos problemas en la oficina habían causado que tuviera que hacer una planilla de último momento para su jefe. A menudo, le preguntaba al Todopoderoso por qué su jefe no podía ser asesinado, así como todos aquellos a los que consideraba una molestia. Sin decir una palabra, sólo a través de extraños sonidos e imágenes, el Todopoderoso le había hecho saber que *sus* pensamientos y sentimientos no tenían importancia: todo lo que importaba eran las chicas.

Jóvenes. Vibrantes. Llenas de vida.

Chicas que podían liberar al Todopoderoso de su prisión.

Un templo de chicas, chicas universitarias lista para tomar el mundo, un manantial de floreciente energía potencial fácilmente dada al Todopoderoso, suficiente poder para atravesar su reino interdimensional y llegar a la Tierra como una presencia física. No había más necesidad de apóstoles y lacayos. Libertad. Al fin. ¿Y todos los que lo ayudaron? ¿Aquellos pacientes y fuertes, quienes habían construido el templo para estos jóvenes bocados universitarios con amor y cuidado? ¿Qué pasaría con ellos? Bueno, tendrían asegurado un lugar en el Cielo, por supuesto, como dioses ellos mismos.

Era martes, y los martes por la noche, Tabitha Mitchell siempre iba a la biblioteca del gran domo a estudiar con amigos después de clase.

A las seis y cuarto, él la vio. Tabitha era mitad china, mitad caucásica. Bella y popular, se estaba riendo con amigos. Agitó su cabello oscuro y sacudió la cabeza a algo que dijo alguien. El grupo caminó a través del césped.

No había necesidad de seguirlos. Su destino ya era conocido, de vuelta al dormitorio a cambiarse y luego al Pub de Muddy Charles para el especial de los martes: Noche de chicas. Todas las chicas beben gratis. El martes era su noche favorita para salir.

Tomó un trago de batido, cerró los ojos, y se preparó mentalmente.

* * *

La preparación era su parte favorita, la espera, el deseo, y la casi explosión de su deseo. El amor era una emoción fácil de sentir con estas chicas. Cada una de ellas tenía vivacidad de espíritu y energía y un increíble propósito que todas compartían, más grande que cualquier cosa que hubiesen podido alcanzar por sí solas. Eran princesas en su mente, reinas, merecedoras de adoración y perpetua alabanza.

El renacimiento era difícil para él.

Luego de que habían cambiado, ya no le pertenecían. Se habían convertido en sacrificios para el Todopoderoso, ladrillos en el templo de su eventual retorno, entonces todo lo que le quedaba para recordarlas eran fotografías, y los recuerdos que tenía de un amor floreciente interrumpido demasiado pronto, como siempre demasiado pronto.

Se puso de pie junto al Río Charles y observó las olas en el agua. La noche había llegado y él siempre era más introspectivo a la noche, antes de la inducción. Detrás de él, cruzando la calle Memorial, Tabitha Mitchell caminaba con sus amigos al Pub de Muddy Charles. Se quedarían allí un mínimo de dos horas, sabía, antes de separarse y que Tabitha volviese a su dormitorio, sola.

Las estrellas eran apenas visibles en el oscuro cielo. Encontró una, luego dos, y se preguntó si el Todopoderoso habitaría esas estrellas, o si él era el mismo cielo, el universo. Como una respuesta, vio la imagen del Todopoderoso: una sombra más oscura en medio del cielo que parecía abarcar todo el cielo. Había una mirada paciente, expectante, en el rostro del Todopoderoso. No dijo ni una palabra. Todo fue entendido en ese momento.

Alrededor de las nueve, el asesino regresó al pub y esperó en un pasaje angosto entre el bar, que era en el edificio grande de columnas blancas de Morss Hall, y el edificio Fairchild. El área no estaba bien iluminada. Un grupo de gente deambulaba por allí.

A las nueve y treinta y cinco, ella apareció.

Tabitha se despidió delante del salón. En la base de los escalones, todos tomaron caminos separados. Sus dos amigos giraron en dirección a su

apartamento en la calle Amherst, y ella giró hacia la izquierda. Tal cual era su hábito, entró a la zona de paso.

Sin importar la cantidad de gente que había cerca en la calle, el espíritu de un actor se encarnó en el asesino. Se personificó en un borracho y deambuló hasta Tabitha. En la palma de su mano, unida a sus dedos por anillos de plata, tenía escondida una aguja de émbolo casera.

Pasando rápidamente por detrás de ella, le pinchó la nuca mientras simultáneamente agarraba su cuello para inmovilizarla, y la atrajo hacia sí.

"¡Oye, Tabitha!" dijo en una fuerte y familiar acento británico falso, y luego, para bajarle la guardia agregó, "Shelly y Bob me dijeron que estarías aquí. ¿Vamos a hacer las paces? ¿De acuerdo? No quiero pelear más. Tenemos que estar juntos. Sentémonos a charlar."

Al principio, Tabitha se sacudió e intentó liberarse de su asaltante, pero las drogas de rápida acción le adormecieron la garganta. En los segundos que siguieron, los nombres de sus amigos la confundieron. Combinado con la menguante velocidad de su mente y cuerpo, pensó, esperanzada, que sus hermanas de la sororidad le estaban jugando alguna broma.

Era meticuloso con respecto a cómo sostenerla. Una mano alrededor de su espalda para evitar una caída. La otra mano, donde tenía la anestesia, colocó la aguja en el bolsillo derecho de sus pantalones cargo, y luego envolvió su mejilla. De esta forma la sostuvo en sus fuertes brazos y siguió hablando como si realmente fuese una pareja discutiendo a punto de una posible reconciliación.

"¿Estás borracha de nuevo?" declaró. "¿Por qué siempre bebes cuando no estoy? Ven aquí. Sentémonos a charlar."

Al principio, mucha gente en la calle o pasando por el corredor de césped, justo al lado del asesino y Tabitha, creyeron que algo obviamente andaba mal: sus movimientos para nada naturales transmitían eso. Algunos incluso se detuvieron a mirar, pero el asesino era tan experto en su manejo del cuerpo de Tabitha que luego de la inyección inicial y su breve lucha, Tabitha parecía cualquier otra estudiante universitaria intoxicada a la cual estaba ayudando un mejor amigo o novio. Sus pies intentaron caminar. Sus brazos intentaron agarrarlo, no en forma agresiva sino como si estuviese en un sueño y tuviese que espantar nubes.

Gentilmente, amorosamente, el asesino la llevó hacia una pared, se sentó con ella, y le acarició el cabello. Incluso los más atentos y vigilantes

transeúntes pronto asumían que todo estaba bien y continuaban con su velada.

"Seremos felices juntos," susurró el asesino.

La besó suavemente en la mejilla. La excitación que sentía era aún más fuerte que con Cindy. Extrañamente enardecido, miró hacia el cielo oscuro y vio al Todopoderoso, mirándolo con una mueca de desaprobación.

"*De acuerdo.*" El asesino palideció.

Con un apretado abrazo atrajo a Tabitha cerca de su cuerpo. Olió su perfume, apretó sus brazos y piernas. Leves gemidos salían de sus labios, pero él sabía que serían fugaces; las drogas borrarían su mente en apenas veinte minutos.

Dos chicos jugaban al Frisbee Golf junto a ellos. Un grupo de ruidosos estudiantes de primero cantaban canciones. Los autos pasaban rápidamente junto a Río Charles.

En el medio de la populosa zona, el asesino levantó a Tabitha y la colocó sobre sus hombros para llevarla a caballito. Aunque sus pies colgaban, sostuvo sus manos en su pecho y trotó hasta su auto, el cual estaba estacionado en la calle Memorial.

"¡Vamos!" lloriqueó con su acento. "¡Abrázame con tus piernas! Me estás haciendo hacer todo el trabajo. ¿Al menos me ayudas un poco? ¿*Por favor?*"

Continuó el diálogo junto a la camioneta azul donde la apoyó sobre el auto, abrió la puerta del acompañante, y gentilmente la colocó dentro.

Por unos segundos, estuvo en cuclillas junto a la puerta, no sólo para mantener la farsa del novio preocupado, sino también para observar sus facciones, para observar su pecho levantarse y caer, y preguntarse, como lo había hecho tantas veces, cómo sería besarla, de verdad, y hacerle el amor. El Todopoderoso gruñó desde su posición celestial, y el asesino, con un suspiro, cerró la puerta del lado del acompañante, ocupó su sitio al volante y se alejó conduciendo.

CAPÍTULO TRECE

El miércoles por la mañana, bien temprano, Avery entró a la oficina para revisar sus mensajes y revisar si alguna pista nueva había aparecido. La perturbadora entrevista con George sólo había confirmado una cosa: estaba loco. ¿Podía ser el asesino? Seguro, Avery había comenzado a sospechar, pero había aun otros caminos que debía recorrer.

Quedaba un último sospechoso: El novio de Cindy Jenkins, Winston Graves. Graves era campeón de esgrima de Harvard de una familia de élite. Su padre era dueño de varias cadenas de supermercados y su madre era asidua a QVC. Desde todo punto de vista, era un estudiante y atleta dedicado que no había trabajado un sólo día de su vida, pero aun así había obtenido las mejores notas y tenía aspiraciones de representar a su país en los Juegos Olímpicos.

Las chances no eran muchas, pensó, pero valía la pena investigarlo.

"Oye, Black," gritó el capitán, "ven aquí."

Finley Stalls se sentó frente al escritorio del capitán, como un ladrón a punto de ser atrapado con las manos en la masa. A pesar del breve momento de camaradería el día antes, Avery no quería saber nada con él. Policía de rondas, habitualmente asignado a cualquier división de homicidios que estuviese en necesidad, él era, creía ella, perezoso, malvado, poco confiable, y tiene un acento tan grueso y rápido que era casi imposible entender lo que decía la mitad del tiempo.

"¿Qué hay de nuevo, capitán?"

O'Malley tenía puesta una camisa color azul marino de manga larga y pantalones marrón claro. Una barba de dos días le decoraba el rostro y parecía haber dormido poco.

"Parece que Thompson derribó las puertas correctas," dijo. "Recibimos una llamada esta mañana de Shelly Fine, madre de nuestro supuesto perpetrador. Parece que le prestó dinero para alquilar una cabaña en la Bahía de Quincy por todo el mes. Aquí está la dirección," dijo entregándole un trozo de papel. "Ese puede ser el lugar. Ve hasta allí ahora. Si es ese, me encontraré con el jefe esta tarde para planificar la conferencia de prensa."

Avery revisó la dirección.

Al suroeste, pensó, en el agua. Lejos del lugar del secuestro o de las rutas del auto. El trabajo de inteligencia de Jones había ubicado al asesino

manejando en la dirección opuesta luego del callejón en Cambridge. Y Thompson había visto al auto yendo hacia el norte.

"Claro," dijo ella, "Iré allí esta tarde."

"¿Qué estás? ¿Borracha?", dijo bruscamente. "Acabo de darte la dirección potencial de nuestro asesino, ¿y me dices que quieres esperar hasta la tarde?"

"Thompson y Jones pasaron casi todo el día repasando las rutas del auto. Vieron a la camioneta irse al norte desde el parque y al oeste desde el callejón. Ni una vez giró hacia el sur. No digo que Fine no sea el asesino. Sólo estoy pensando."

"Escucha, Black. Puedes *pensar* todo lo que quieras. ¿Quieres seguir otras pistas? Pues hazlo. *Luego* de que revises esta cabaña. ¿Me escucharon? En lo que a mi concierne, este caso está cerrado. Lo quiero envuelto y con una linda cinta arriba. Más te vale que me dejes bien parado frente al jefe."

"Claro," dijo ella, "no hay problema."

"Eso suena muchísimo a 'haré lo que yo quiera,'" dijo O'Malley. "Mira, Avery," dijo él y se tranquilizó, "Sé que eres lista. Por eso fuiste ascendida, ¿de acuerdo? Y sé que tienes buenos instintos. Pero necesito un cierre. ¿Si me equivoco? Perfecto. Refríégamelo en el rostro todo lo que quieras. ¿Pero por ahora? Tenemos la mejor pista hasta el momento y espero que la sigas."

"Entendido," dijo ella.

"Bien," respondió él, "ahora llévate a tu nuevo compañero y vete de aquí."

"¿Finley?"

"Sí," dijo él. "¿Tienes algún problema con eso?"

"¿Es en serio?"

"¿Qué?" dijo el capitán, desafiante. "¿Crees que voy a darte un *buen* policía? Tu primer compañero está muerto. El segundo en el hospital. Finley está perfecto. Resuelve todos mis problemas. ¿Si lo hace bien? Perfecto. ¿Si lo matan? No hay problema. Al menos puedo decirle al jefe que al fin me saqué un peso de encima."

"¡Estoy aquí!" gritó Finley.

O'Malley lo señaló.

"No me decepciones," dijo con brusquedad. "Estoy cansado de esto, ¿me escuchas, Fin? Prueba que sirves para algo en este caso y tal vez reconsideraré mi opinión sobre tu dedicación como oficial. Desde ahora,

eres sólo un policía racista al que cambian de departamento a departamento porque nadie quiere despedirte. ¿Es eso lo que quieres? ¿Te gusta ese título? *Bien*. No más pérdidas de tiempo. Haz lo que ella diga y compórtate. ¿Entendido?"

* * *

"¿Qué se le ha metido?" dijo Finley cuando se fueron. Las palabras fueron pronunciadas con extrema velocidad, y con un acento tan grueso que Avery pensó que había dicho "Queseleametí" y tuvo que tomarse un minuto para descifrarlo.

Le sacaba al menos una cabeza en estatura y parecía una supermodelo comparada con él con sus labios de rana, cachetes regordetes, ojos grandes, y complexión baja y rechoncha.

Apenas intercambiaron palabra hasta que llegaron al auto.

El BMW blanco pareció ofender a Finley.

"¡Vaya!" gritó. "No me pienso meter en esa cosa."

"¿Por qué no?"

"Es un auto de chica."

Avery se metió de un brinco.

"Como quieras."

Finley, completamente fuera de su elemento en su uniforme azul de rondas parado junto a un convertible BMW, parecía tan abatido como un gatito en medio de una tormenta.

"Oye, Fin," gritó un policía a la distancia. "Lindo auto."

"Oh, rayos," se quejó Finley.

"Se llama karma," dijo Avery cuando Finley se metió a regañadientes y cerró la puerta. "Todo vuelve."

Salió del estacionamiento y giró hacia el oeste.

"Oye," dijo él, "¿adónde vas? La Bahía de Quincy está en la otra dirección."

"Ya llegaremos," dijo ella.

"Espera un minuto," se quejó Finley. "Yo también estaba en esa oficina. El capitán dijo que fuéramos a la Bahía de Quincy. Sin excepciones."

"También dijo que me hicieras caso."

"De ninguna manera. De ninguna manera," gritó Finley. "No puedes arruinarme esto, Black. Da la vuelta. Esta es mi última oportunidad. El

capitán me detesta. Tenemos que hacer lo que diga."

Las consonantes que no pronunciaba y la velocidad verbal hicieron temblar a Avery.

"¿Alguna vez te escuchas a ti mismo?" preguntó. "Quiero decir, ¿alguna vez te grabas hablando y luego lo escuchas e intentas entender qué cosa dijiste?"

Finley parecía confundido.

"Olvidalo," propuso.

"Black, de verdad," insistió.

"¿Alguna vez te has cruzado con un asesino serial?" preguntó ella.

"No. Sí. Bueno, tal vez." pensó Finley.

"Hay algo diferente en ellos," dijo Avery, "algo diferente al resto de la gente. No sabía eso hasta que representé a uno como abogada y pensé que era inocente. Luego de que resultó que estaba equivocada, comencé a ver las cosas en forma diferente. Su casa, lo que coleccionaba. Por fuera, parecían cosas normales, pero en retrospectiva, eran señales. Una sombra lo velaba todo," recordó, "una sombra que quería ser disipada."

"¿De qué demonios estás hablando?" se quejó Finley.

Avery dejó salir un gran suspiro.

"Puede que George Fine sea el asesino," dijo. "Acosó a chicas y atacó a un policía. Pero lo que vi a su alrededor, no encaja. Apunta a algo distinto, como un muchacho demente que está atrapado dentro de su propia cabeza. No hay pruebas sólidas de nada más, lo que me hace pensar que la casa es sólo un escape, un lugar adonde va a tratar de salir de su propia cabeza. No sé, tal vez esté equivocada. Ya llegaremos a la casa. Lo prometo. Sólo dame una hora."

Finley sacudió la cabeza.

"Mierda, estoy arruinado."

"Todavía no," dijo ella. "Sólo un breve desvío hacia Harvard a entrevistar al último sospechoso y luego vamos a la Bahía de Quincy."

Un silencio de muerte duró el resto del camino hasta Cambridge. En un momento, un poco curiosa sobre Finley y su complicado pasado juntos, Avery levantó una ceja e hizo una pregunta.

"¿Por qué siempre eres tan imbécil?"

"¿Contigo?"

"Sí, conmigo."

Finley se encogió de hombros como si la respuesta fuese obvia.

"Eres una chica," dijo. "Todo el mundo sabe que las chicas no son buenas policías. Escuché que eras lesbiana también. Te gusta acostarte con asesinos seriales, ¿verdad? Una locura. Eres una mujer demente, Black. Además, siempre te ves como si pertenecieras a otro sitio. Entonces me digo: ¿por qué no se va a trabajar a otra parte si no le gusta aquí? Eso es todo. Te molesto. Tienes que contestar si quieres respeto," dijo, dándole un puñetazo al aire. "Pum, pum, pum."

Avery empezó a preguntarse si no sería un poco especial.

* * *

"¿Puedo ayudarte?"

Winston Graves encajaba perfectamente en la descripción de las chicas de la sororidad: arrogante, distante, alto, oscuro, y atlético. Tenía ojos verdes soñadores y un cuerpo tonificado y bronceado. Aunque no era exactamente igual al hombre que había visto en los videos de vigilancia, intentó imaginárselo disfrazado y encorvado, para que pareciese más bajo.

En el porche de su apartamento de planta baja, tenía puestos pantalones cortos de baloncesto de color blanco y rojo, sandalias y una musculosa. Tenía unos libros en la mano. Le echó una mirada a Finley, quien se alejó un poco en la acera y miró a Winston como un pitbull listo para atacar.

"Mi nombre es Avery Black," dijo ella mostrando su placa. "Soy de Homicidios. Quiero hacerte algunas preguntas sobre Cindy Jenkins."

"Ya era hora," dijo él.

"¿A qué se refiere?"

"Llamé a la policía el domingo. ¿Esta es la primera vez que alguien creyó que sería importante hablar conmigo? *Ja*," rio falsamente, "Estoy emocionado."

"No creo entender bien," dijo Avery. "¿Tienes algo que agregar al caso? ¿Por eso querías que la policía te contactase?"

"No," dijo, "Sólo estoy asombrado ante la estupidez de nuestros funcionarios públicos."

Avery hizo un gesto de dolor.

"Ay," dijo Finley. "Más te vale que cuides esa sabionda boca que tienes, niño Harvard, porque te arrestaré por obstrucción a la justicia."

Winston miró a Finley, arrogante al comienzo; pero luego cuando pudo ver claramente sus ojos iracundos, pareció mostrar un leve destello de duda

y humildad.

"¿Qué quieres?" exigió Winston.

"Puedes empezar por decirme dónde estabas el sábado por la noche," dijo Avery.

Winston se rio.

"¿Es en serio?" dijo. "¿Soy un sospechoso ahora? Esto cada vez se pone mejor."

Un aire poderoso y protegido rodeaba a Winston, como si fuese intocable, por encima de todos, y bendecido por el dinero y el derecho innato. Le recordaba a Avery a todos los multimillonarios con los que había trabajado cuando era abogada. Durante ese momento de su vida, ella probablemente actuase como él.

"Sólo estoy siguiendo el procedimiento habitual," dijo ella.

"Estaba jugando al póquer con mis amigos. Todos estuvieron en casa hasta alrededor de la medianoche. ¿Quiere comprobarlo? Adelante. Aquí tiene algunos nombres," y nombró a unos cuantos de sus compañeros de Harvard.

Avery tomó notas.

"Gracias por eso," dijo. "Y, ¿cómo estás tú?"

Frunció el ceño.

"¿Qué se supone que signifique eso?"

"No lo sé, sólo intento ser comprensiva. ¿Cómo te sientes? Me imagino que esto debe haber sido muy difícil para ti. Por lo que tengo entendido, Cindy y tú tenían una relación larga. Dos años, ¿correcto?"

"Muy buen trabajo detectivesco," dijo sarcásticamente. "Cindy y yo ya no estábamos juntos. No oficialmente, pero en los últimos meses, se había vuelto dolorosamente evidente el hecho de que no debíamos estar juntos. Estábamos yendo en direcciones diferentes. Estaba a punto de romper con ella. Así que no, no estuve tan destrozado. Es una tragedia horrible. Estaba afectado cuando me enteré de lo sucedido, pero si están buscando lágrimas, vinieron al lugar equivocado."

"Vaya," dijo Avery. "Sólo han pasado tres días."

"Lo siento," estalló Winston, "¿me estoy perdiendo de algo? ¿Vienen a *mi* casa, me hacen sentir como un sospechoso, cuestionan mi relación, y luego me hacen sentir culpable por mis emociones? Más le vale que tenga cuidado con sus palabras, detective, o llamaré a mi abogado y me aseguraré de que le pongan una correa más corta."

"¡Cierra la maldita boca!" gritó Finley apuntando un dedo.
Avery le devolvió una mirada que decía "no estás ayudando."
Su teléfono sonó.

"Black", dijo.

O'Malley estaba en la línea.

"Dejen lo que sea que están haciendo," dijo en un tono urgente pero suave. "Den vuelta el auto y diríjanse al Camino Violeta en el Cementerio Mount Auburn en Watertown. Ponlo en tu teléfono y ve hacia ahí ahora. Pregunta por un detective llamado Ray Henley. Él está a cargo. La cabaña puede esperar."

"¿Qué pasó?" preguntó ella.

Hubo una pausa de tres segundos.

"Acaban de encontrar otro cuerpo."

OceanofPDF.com

CAPÍTULO CATORCE

El Cementerio Mount Auburn era una lujosa propiedad con caminos serpenteantes, lagos, y frondosos bosques con lápidas esparcidas por todas partes.

Una cantidad de patrullas de policía de Watertown, justo con autos comunes, una ambulancia, y una camioneta de forenses, hacía imposible la tarea de conducir hacia el Camino Violeta. Los árboles oscurecían la mayor parte de la luz solar. Varios grupos de observadores y ciclistas estiraban sus cuellos para ver algo que quedaba justo fuera de la vista de Avery. Estacionó al final de un montículo de césped, justo en la intersección de la Avenida Walnut y Violet.

"Oye tú," gritó un policía de civil cuando salió del auto, "no puedes aparcar ahí. Mueve el auto. Esto es una escena del crimen."

Avery mostró su placa.

"Avery Black," dijo ella, "Homicidios. Departamento de Policía de Boston."

"Estás fuera de tu jurisdicción, Boston. No necesitamos tu ayuda. Vete a casa."

Avery sonrió: razonable y placentero.

"Me dijeron que contactara a Ray Henley."

"¿Teniente Henley?" Incrédulo, el oficial gruñó, "Espera aquí."

"¿Qué demonios le pasa?" intervino Henley.

Estaba de pie justo detrás de Avery, prácticamente contra su hombro.

"¿Me están castigando?" preguntó ella. "¿Es por eso que estás aquí?"

"Esta es mi gran oportunidad, Black. Me vas a ayudar a convertirme en detective."

"Dios ten piedad de mi alma."

Un musculoso, atractivo hombre de pantalones y camisa roja apareció en la colina. Se veía más como un aficionado de la vida al aire libre que un detective; sólo la placa alrededor de su cuello y el arma en su pierna lo delataban. Tenía el rostro quemado y cabello marrón ondulado. Un aura de bienestar y paciencia exudaba de su ser, y le sonrió a Avery como si se conociesen.

"Detective Black." Saludó con la mano. "Gracias por venir."

Una mano fuerte agarró la de ella, y cuando miró dentro de sus ojos, un sentimiento de tranquilidad invadió a Avery, como si pudiese hundirse en sus brazos e instantáneamente ser perdonada por todos sus pecados.

Una pausa incómoda sobrevino.

"Soy Ray Henley" dijo.

"Correcto," contestó Avery, nervio, "perdón. Me dijeron que encontraron otro cuerpo, similar al que descubrimos en el Parque Lideran."

Su inmediata discusión del caso lo desanimó un poco, y exhaló un suspiro melancólico y frotó sus mejillas.

"Sí," dijo, "vengan y véanlo ustedes mismos."

La puso al día en el camino.

"Una corredora la encontró esta mañana a las seis. Por un segundo, creyó que la chica era algún tipo de adoradora de Satán por la forma en que estaba colocada. Creemos que su nombre era Tabitha Mitchell, una estudiante de primero en el MIT que nunca llegó a su dormitorio anoche. Su compañera de cuarto llamó a la policía como a las dos, y luego de nuevo a las ocho. La policía de Cambridge normalmente espera cuarenta y ocho horas antes de publicar una fotografía, pero como es una estudiante universitaria con contactos, se nos hizo más fácil."

"¿Qué está haciendo allí?"

"Pensé que *tú* podrías ayudarnos con eso."

El cuerpo estaba en la cima del montículo. Pequeñas lápidas grises delimitaban el área. Estaba tirada sobre una piedra más grande que parecía un peón de ajedrez. Una vez más había logrado que su trabajo se viese increíblemente realista. Estaba en cuclillas abrazando el monumento. Su mejilla descansaba sobre la parte superior. Los ojos estaban abiertos y había algo lascivo en su apariencia. Rubor rojo pintaba sus mejillas. Una especie de pegamento había sido rociado sobre su frente y las puntas del cabello para simular sudor, y su boca estaba fruncida señalando una falta de aliento.

"No tiene ropa interior puesta," dijo Ray.

Cindy Jenkins tenía ropa interior: bragas y sostén. ¿Qué significa eso? se preguntó Avery. ¿Será que el asesino se está volviendo más audaz? ¿Tal vez ella salió de su casa así?

Los ojos de Tabitha estaban abiertos y enfocados en algo a la distancia.

Avery siguió la línea de la vista hasta un montón de cortas lápidas blancas en un camino descendiente de césped al otro lado.

"Finley," dijo y por dentro se erizó al decir su nombre, "escribe lo que sea que ves en esas tumbas de ahí. Hazles una marca así sé cuál es primera, segundo, tercera, ¿entiendes? Luego date una vuelta por el lugar. Los asesinos seriales normalmente vuelven a la escena por un poco de emoción barata. Tal vez el nuestro esté aquí todavía."

"¿Asesino serial?" dijo sonriendo. "Oh, vaya. Claro que sí, Black," y le mostró una actitud dispuesta y apuntó un dedo a su cara para expresar seriedad.

"¿Es ese tu compañero?" preguntó Ray.

"No," insistió ella.

Nuevamente, el intentó iniciar una conversación.

"Te vi en el periódico hace unos días." Sonrió. "Y," enfatizó, un poco avergonzado, "Te vi en un *montón* de periódicos hace algunos años."

Su implicación no quedaba clara hasta que Avery lo miró y se dio cuenta: Estaba coqueteando.

Era difícil para ella hacer algo en frente de un cadáver excepto analizar lo que sucedió e intentar unir las piezas del rompecabezas. Se preguntó si tendría algún tipo de defecto mecánico nacido de su culpa y tormento sobre el pasado, pero luego recordó que siempre había sido así, incluso como abogada: enfocada, implacable, y ansiosa por descubrir las conexiones que la llevarían al éxito. Ahora, la única diferencia era que esas conexiones no eran sólo maneras de liberar a sus clientes, eran maneras de detener asesinos.

Ray sintió su incomodidad y cambió de tema.

"¿Crees que este es el mismo tipo?"

Avery se aclaró la garganta.

"Por supuesto," dijo. "Este es su trabajo."

"Bueno, entonces," suspiró, "Compartiré todo lo que tengamos. No tenemos muchas escenas del crimen como esta en Watertown. Y, si quieres, podemos incluso enviar el cuerpo a tu laboratorio y puedes hacerte cargo desde allí. ¿Te parece bien?"

"Por supuesto," dijo ella, genuinamente agradecida. "Eso sería genial."

"No te hagas la idea equivocada," dijo él con una sonrisa, "no soy sólo un buen tipo. ¿La verdad? Soy un poco obsesivo-compulsivo con respecto a compartir. Imaginarme dos juegos de documentos en un asunto tan importante y puntual como esto hace que se me erice la piel."

"De todas formas," dijo ella, "gracias."

Él le sostuvo la mirada todo el rato que pudo; Avery se sonrojó y miró hacia otro lado, contenta por la atención, pero ansiosa de seguir trabajando. Afortunadamente, otro oficial le bajó la bandera.

"Teniente, tenemos un problema por aquí."

"Ya regreso," dijo Ray.

El cementerio está tranquilo, relajante, como el área donde Cindy Jenkins fue colocada en el Parque Lederman. ¿Por qué? se preguntó Avery. ¿Cuál es la significancia de los parques? Mentalmente, seleccionó caminos a recorrer: ¿Era Tabitha una chica de sororidad como Cindy? Es alumna de primero, y mitad asiática. Así que el asesino no debe estar buscando alumnas de último año, ni tampoco chicas blancas específicamente. Cindy venía de una familia acomodada. ¿Y Tabitha? Ambas fueron secuestradas en Cambridge. ¿Por qué? ¿Es ahí donde vive el asesino? ¿Dónde fue Tabitha vista por última vez? ¿Quién la vio con vida? ¿Podemos conseguir cintas de vigilancia? La lista parecía interminable.

¿Qué *sabemos*? insistió.

Nada, respondió mentalmente. No sabemos absolutamente nada.

No, alentó, sabemos *algo*: la forma y tamaño relativo del asesino, su origen étnico, modus operandi, y las drogas específicas que había usado. Ramírez estaba compilando una lista de proveedores de plantas alucinógenas, así como concesionarios de autos y sitios de internet que vendían camionetas azules Chrysler. Podemos seguir esas pistas. También podemos compartir el bosquejo del asesino con la policía de Cambridge. Ver si hay coincidencias. También podemos intentar rastrear la camioneta desde Lederman.

Sólo necesito más gente, pensó. Y *no* Finley.

Sirenas policiales sonaron estruendosamente.

Los policías entraron en acción.

"¡Tenemos un fugitivo! ¡Tenemos un fugitivo!"

Más lejos, en otro camino visible desde su posición, un auto negro, tal vez un Mustang, aceleró y echó humo mientras salía del cementerio. Ray estaba más abajo gritando órdenes. Dos oficiales de policía y un fotógrafo alrededor del cuerpo se levantaron y comenzaron a dirigirse hacia la acción.

"No, no," gritó Avery señalando. "Ustedes quédense aquí. Alguien tiene que cuidar el cuerpo."

Finley, pensó. ¿Dónde está Finley?

Su walkie-talkie zumbó.

"Oye, Black," dijo la voz de Finley, "¡lo atrapamos! ¡Lo atrapé!"

"¿Dónde estás?" preguntó ella.

"Estoy en una patrulla de policía de Watertown con, oye, ¿cómo te llamas?," le dijo a alguien. "¡Cállate, hombre!" dijo otra voz. "¡Estoy intentando conducir!" "No lo sé," añadió Finley, "un policía. Somos los primeros en salir. Siguiendo un Mustang negro. Dirigiéndose al noroeste desde el cementerio. Súbete a ese lindo pony blanco tuyo y ven a ayudarnos. ¡Lo tenemos!"

OceanofPDF.com

CAPÍTULO QUINCE

Avery se subió en su auto y colocó la sirena sobre el techo. La luz roja dio vueltas. Su walkie-talkie, un nuevo modelo delgado y pequeño como un teléfono celular, fue tirado a un lado. En lugar de eso, encendió el tele-comunicador del auto y marcó la frecuencia que le habían asignado para Finley.

El auto arrancó. Una curva sorpresiva y pisó el pedal y se deslizó hacia la Avenida Walnut. Los caminos del cementerio eran como un laberinto. A través de árboles distantes, alcanzó a ver la parte trasera de una patrulla policial. Abandonó el camino y se metió al césped. Mierda, pensó, voy a tener problemas por esto. Esquivó las lápidas. El auto salió a otro camino pavimentado y estaba detrás de un grupo de vehículos policiales.

Avery siguió la persecución fuera del cementerio y hacia la calle Mount Auburn. Esquivó a dos autos por poco. Un choque resonó detrás de sí. La línea de luces policiales rojas y azules giró hacia la calle Belmont.

Avery levantó el micrófono de su tele-comunicador.

"Finley," gritó, "¿dónde estás?"

"Oh rayos," contestó Finley, "ustedes están muy detrás. Estamos adelante de todos. Esto es genial. Vamos a atrapar a este hijo de perra."

"¿*Dónde estás?* exigió ella.

"En Belmont, pasando Oxford. No, espera. Él está girando hacia la calle Marlboro.

Avery chequeó su velocímetro. Sesenta y cinco... setenta. Belmont iba en dos direcciones. Su lado era una calle de un solo carril con suficiente espacio para pasar a los autos lentos de la derecha. Afortunadamente, todos los patrulleros policiales ya había desviado el tráfico. Alcanzó al último auto.

"Giró a la izquierda en Avenida Unity ahora," gritó Finley.

La línea de policías giró a la derecha en Marlboro y luego giró rápidamente a la izquierda.

"Nos detuvimos. Nos detuvimos," lloró Finley. "Estoy saliendo del auto. El Mustang está en el césped de una casa marrón pequeña, lado izquierdo. Entrando a la casa."

"¡No entres a la casa!" gritó Avery. "¿Me escuchas? ¡No entres!"

La línea quedó en silencio.

"Mierda," dijo en voz alta.

Todos los autos policiales convergieron en una casa de dos pisos marrón, con césped corto y sin árboles. El Mustang casi se había estrellado en los escalones del frente. El patrullero policial junto a él, asumió Avery, había sido el que tenía el Finley dentro.

Avery saltó hacia afuera y sacó la Glock de su funda. Otros oficiales tenían sus armas desenfundadas. Nadie parecía saber qué sucedía.

"¿Es éste el asesino?" gritó Henley.

"No lo sabemos," respondió otro policía.

Gritos vinieron desde adentro.

Se oyeron disparos.

"¡Ustedes dos!" rugió Henley a sus hombres. "Vayas por detrás.

Asegúrense de que nadie salga. Sullivan, Temple, mantengan su vista fija en mí."

Subió la escalera corriendo agachado y entró a la casa.

Avery hizo el intento de ir detrás de él.

"Espera. Espera," gritó un policía.

Finley salió de la casa con sus brazos abiertos en señal de victoria, el arma en la mano.

"Correcto," dijo. "El juego se terminó para el asesino serial."

"Finley, ¿qué pasó?" gritó Avery.

"Lo atrapé," declaró, sin remordimientos ni etiqueta social. "Le disparé al hijo de perra. Sacó un arma y le disparé. Salvé la vida de un policía y le disparé a su blanco trasero. Así es como lo hacemos en el *lado sur*," declaró e hizo una señal de pandilla que Avery inmediatamente reconoció como la de los Chicos Callejeros de Boston D Sur.

"Más espacio," dijo ella. "¿Cómo sabes que es nuestro tipo?"

Finley torció el cuello y abrió grandes los ojos.

"Oh si," declaró, "Claro que es nuestro tipo. Lo atrapé en el sótano. Un montón de mierda enfermiza ahí abajo. Tienes que verlo para creerlo."

Henley salió de la casa.

"Sullivan," gritó, "tráeme una ambulancia aquí, ahora, y baja a ese sótano. Le dispararon a Dickens. Necesita ayuda. Travers," dijo, "quiero este sitio cerrado. Nadie entra. Nadie sale. ¿Me escucharon? No necesitamos a nadie contaminando la escena el crimen. ¡Marley! Spade" gritó hacia el fondo. "Vengan aquí."

"Necesito ver lo que hay adentro," dijo Avery.

"Ve," dijo Henley haciendo señas, "ella puede entrar, Travers. Ellos dos," señaló a Finley. "Nadie más." Y mirando a Finley agregó: "Voy a necesitar una declaración suya, joven."

"No hay problema," dijo Finley. "Los héroes cuentan historias."

"Cuéntame todo, lentamente," dijo Avery.

Finley, aún con un subidón de adrenalina, estaba alborotado y animado.

"Hice lo que pediste," dijo en su tono acelerado y con acento, "escribí los nombres de las tumbas. Un grupo de chicas, tal vez de dieciocho o veinte años. No lo sé. No soy bueno en matemáticas. Murieron en la Segunda Guerra Mundial. Luego vi a un viejo mirando todo de lejos. Se veía sospechoso, ¿entiendes? Alerté a uno de los otros policías, porque me gusta trabajar en equipo, y fuimos a conversar con él. Llegamos como a mitad de camino hacia él y empieza a correr: una corrida difícil hasta el auto. ¿Quién diría que los viejos corrían tan rápido? Salta dentro y despegas. Espera a que veas lo que encontramos. Resolví el caso sin ayuda," dijo golpeándose el pecho. "No te preocupes. Te daré algo de crédito," agregó. "*¡¿Quién es el perezoso ahora?!*" gritó hacia el cielo.

Todo lo que Avery había escuchado había sido "tumbas... chicas... murieron en la Segunda Guerra Mundial..." e hizo una nota mental para averiguar todo sobre esas marcas y las mujeres que representaban.

Con el arma desenfundada, Avery cruzó la puerta principal.

La casa tenía un olor a viejo y a moho, como que nadie hubiese vivido allí por mucho tiempo. Las alfombras estaban blancas de polvo. Una escalera llevaba al segundo piso. En el techo, Avery oyó pasos y alguien gritó, "Despejado."

"Por aquí," dijo Finley.

La llevó alrededor de las escaleras. Había una cocina a la izquierda. A la derecha había una puerta que llevaba a un sótano. El olor era fuerte alrededor de la puerta: cadáveres en descomposición y aceites esenciales. Aceites, pensó Avery; quizá este es el tipo.

Escalones chirriantes llevaban a un extenso y oscuro sótano con piso de piedra. El olor era tan fuerte que Avery tuvo náuseas: cadáveres y descomposición mezclados con fragancias dulces para esconder el olor. Perfumadores de ambientes colgados por todas partes entre las vigas y el aislante expuesto del techo. Había cajas recubriendo casi todas las paredes, cientos y cientos de cajas. El único espacio vacío albergaba una larga mesa manchada con sangre seca e implementos para cortar.

Hacia la parte de atrás había una cama sucia.

Un cadáver yacía sobre la cama, prácticamente azul y descompuesto por el tiempo, las piernas abiertas y atadas a los postes, igual que las manos. Era una chica, alguien joven que Avery estimó que había muerto hacía años.

Extraños objetos sexuales rodeaban la zona: sillas de sometimiento; cadenas colgando del techo, y una hamaca. Una de las cajas en la parte trasera estaba abierta. Avery miró dentro y vislumbró partes del cuerpo de una mujer.

Se tapó la nariz por el olor.

"Jesucristo."

"¿Qué te dije?" dijo Finley sonriendo. "Una locura, ¿verdad?"

Un hombre yacía muerto al pie de la cama de postes de madera, de un metro noventa o un metro noventa y cinco de estatura. Era viejo y delgado, con cabello largo y gris. Tal vez sesenta años, pensó Avery. Había una escopeta junto a su mano.

El policía abatido se encontraba sentado junto a una pared lateral, siendo ayudado por su amigo. Afortunadamente, tenía puesto un chaleco, pero algunos de los proyectiles le habían dado en el cuello y la cara.

"Mi esposa me va a matar," dijo el policía.

"No," respondió el otro policía, "eres un héroe."

El sótano estaba sucio. Había bolas de polvo por todas partes. Las herramientas en el escritorio, el escritorio mismo, incluso el equipamiento sexual, era evidente que nada había recibido jamás una limpieza profunda. Las cajas en la parte de atrás estaban sucias y a punto de caerse.

"Necesito hacer una inspección," dijo Avery. "Finley. Revisa la cochera. Fíjate si encuentras la camioneta azul, y disfraces, plantas, agujas: cualquier cosa relacionada con nuestro caso."

"Enseguida," dijo y subió las escaleras.

El resto de la casa parecía vieja y deshabitada, sin mascotas ni plantas. Estaba limpia, más ordenada que el sótano, pero también recubierta de polvo. Ninguna indicación de otras perversiones podía ser encontrada en los pisos de más arriba. Las fotos que adornaban las paredes eran pintorescas copias de artistas como Bruegel y Monet. El sospechoso, parecía, pasaba la mayor parte de su tiempo en el segundo piso, donde Avery encontró sus pertenencias y su ropa.

Se dirigió hacia afuera.

El vecindario había cobrado vida. Las luces policiales seguían girando. Multitudes se habían reunido alrededor de las áreas separadas.

Finley regresó jadeando.

"Sólo una cochera vacía con un montón de basura por todas partes," dijo.

Una imagen del asesino ya había tomado forma en la mente de Avery, basándose en lo que había visto en las cintas de vigilancia y en lo que creía de sus experiencias previas. Se imaginó a un fuerte y refinado joven, educado y antisocial, un hombre al que le gustaba el arte y tenía noción de brebajes medicinales. La forma en que colocaba a sus mujeres era como en las pinturas de iglesia, o trabajos de Alphonse Mucha. De igual forma, las drogas que administraba eran artísticas a su manera, extraídas de una variedad de plantas y flores ilegales y difíciles de conseguir. También era exigente con los detalles, y limpio, como los cuerpos colocados con su ropa lavada y piel limpia.

¿Esta casa?

¿El hombre muerto en el sótano?

¿George Fine?

Todos eran piezas del rompecabezas, pero se sentían como rompecabezas diferentes, con sus propias piezas, y todas las piezas estaban unidas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El departamento de policía se encontraba a sus pies cuando Avery y Finley apareció desde el elevador. Finley se regodeaba en la atención. Hacía reverencias, les aullaba a sus amigos, y gritaba repetidamente: "Soy el hombre, ¿verdad? ¿Ven cómo lo hacemos en el lado Sur?"

"Excelente trabajo." La gente aplaudía.

"¡Lo atrapaste!"

En un lugar oscuro, Avery no escuchaba nada de esto. La oficina era una cápsula con nadie adentro, los sonidos: ruido blanco. Las imágenes giraban en su mente: George Fine, Winston Graves, y el viejo muerto en su enfermizo y retorcido sótano del horror.

O'Malley salió de su oficina a darle un apretón de manos a Avery personalmente.

"Cuéntame," dijo él. "¿Cómo estuvo?"

"El nombre del tipo es Larry Kapalnapick. Trabaja en Home Depot de cargador," dijo Avery. "Por lo que parece, todos los cuerpos en su sótano ya estaban muertos."

"¡Maldito sepulturero!" opinó Finley.

"Debe venir haciéndolo desde hace años," dijo Avery. "La policía de Watertown estimó que había partes de cuerpos de al menos veinte personas distintas allí abajo. La hipótesis más probable es que saca un cuerpo, juega con él un tiempo, y luego lo corta en pedazos y lo almacena en el sótano. El departamento de Henley está enviado todo al laboratorio sólo para estar seguros."

"Hijo de perra," susurró O'Malley.

Finley rio.

"El maldito tenía aromatizadores de pino colgados por todo el techo del sótano."

"¿Qué hay de *nuestra* víctima?"

"Volvimos a la escena luego de la persecución. El forense y su equipo estaban allí. Randy dijo que fue el mismo perpetrador que el de Cindy Jenkins, mismo modus operandi, y por el olor, posiblemente la misma anestesia. Ella investigará eso aquí."

"O sea que Fine no es nuestro asesino."

"No puede serlo," dijo ella. "Estaba bien encerrado la noche anterior. Es culpable de algo. Pero no de esto. Como precaución, les pedí a Thompson y Jones que revisen la cabaña de la bahía de Quincy. Luego Jones continuará vigilando las calles en búsqueda de la camioneta, y Thompson ha sido asignado a buscar todo lo que pueda encontrar sobre Winston Graves."

"¿Graves? El novio de Jenkins."

"Es poco probable," admitió Avery. "Mientras tanto, Finley se hará cargo del caso de Tabitha Mitchell. Puede comenzar ahora con los amigos y familiares."

"¿Finley?"

"Trabajó muy duro hoy."

Mirando a Finley, agregó: "Recuerda pensar *más allá* de Tabitha Mitchell. Necesitamos conexiones entre ella y Cindy Jenkins. Historia familiar. Estudios universitarios. Comida favorita. Actividades extracurriculares. Amigos y familia. Cualquier cosa."

Con los ojos encendidos, Finley se golpeó el pecho.

"Soy tu pitbull," dijo.

El capitán asintió.

"¿Qué vas a hacer *tú*?"

Avery se imaginó a la camioneta azul yendo al oeste desde Boston. Ella creía que el asesino debía vivir en uno de los siguientes condados: Cambridge, Watertown, o Belmont. La población combinada de esos condados totalizaba aproximadamente doscientos mil. Un interminable mar de rostros.

"Necesito pensar," dijo.

* * *

Avery apuntó su Glock 27 a un objetivo distante. Tenía antiparras color naranja cubriéndole los ojos. Sus oídos rellenos con tapones. Se imaginó el rostro de Howard Randall como reemplazo del nuevo asesino sin rostro. Disparó.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Tres tiros le dieron al blanco prácticamente en el centro.

Pensar siempre había sido su fuerte: un tiempo lejos de un caso para descomprimir y procesar lo que sabía.

Una pared en blanco la recibió esta vez.

Ninguna pista. Ninguna conexión. Tan sólo una pared que la alejaba de la verdad. Avery nunca les había creído a las paredes. Las paredes eran para otras personas, otros abogados, otros policías que sencillamente no sabías como atravesar esas paredes y ver lo que los demás no podían.

¿Qué me estoy perdiendo?

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Sus balas se desvanecían hacia la izquierda. Al comienzo de su sesión, no le daba a nada menos que al centro. Ahora estaban errando. Igual que tú, pensó. *Errando*. Esquivando el blanco. Esquivando algo.

No, argumentó mentalmente.

Inhalar... exhalar...

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Todo al centro.

Howard Randall, pensó.

De pronto, se dio cuenta: Eso es. Una perspectiva fresca.

Estúpida, pensó. *Loca*. Connelly se volvería loco. Los medios tendrían un día de picnic. A la mierda los medios. ¿Acaso lo haría? Por supuesto que lo haría; estaba segura. Fue a la cárcel por ti. Tiene una fascinación enfermiza por ti. Probablemente ya esté siguiendo el caso. No, juró. No lo haré. No tomaré ese camino otra vez.

Le puso un nuevo clip a su arma.

Disparó.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Cada disparo se alejaba del centro.

* * *

En la oscuridad de la estación de policía, bien pasada la medianoche, Avery estaba sentada encorvada sobre su escritorio. Había fotografías desplegadas frente a ella: Cindy Jenkins, Tabitha Mitchell, el parque Lederman, el cementerio, y el callejón y las fotos de la camioneta y el asesino.

¿Qué me estoy perdiendo?

Las fotos fueron analizadas meticulosamente.

Finley ya había tomado algunas declaraciones bajo juramento. A juzgar por las primeras impresiones, Tabitha había sido secuestrada desde un lugar muy público, igual que Cindy, probablemente apenas a unos pasos del bar

que visitaba cada martes por la noche. Solamente que no había novio ni acosador para interrogar. Según los entrevistados, Tabitha había estado soltera por un buen tiempo. Tabitha estaba en una sororidad, Sigma Kappa, pero las conexiones con Cindy Jenkins terminaban allí. Tabitha era estudiante de primero de economía. Cindy era estudiante de último en contaduría.

Sororidades.

¿Es ese el nexo?

Tomó nota mentalmente de revisar las reuniones de sororidad a nivel nacional.

La película que estaban pasando en el Omni era sobre tres mujeres. Las tumbas apuntaban a tres mujeres. ¿Significa que mata en tercios? La película y las tumbas de las chicas de la Segunda Guerra Mundial fueron comparadas y contrastadas por cualquier pista.

Hizo un sondeo de varias rutas de auto en los alrededores de Cambridge y Watertown y se imaginó dónde podría vivir el asesino, y por qué habría elegido esas rutas. La lista de Chryslers azul oscuro era ahora supervisada por Finley. Ya tenían una lista de dos mil con dueños de autos hechos y vendidos en los últimos cinco años. ¿Y si lo compró hace seis años? pensó. ¿O siete?

Howard Randall seguía invadiendo sus pensamientos. Hasta se imaginó que oía su voz: "Puedes venir a mí, Avery. No muerdo. Hazme tus preguntas. Déjame ayudarte. *Siempre* he querido ayudar."

Se pegó en la cabeza.

"¡Vete!"

Aún, la imagen vino, y se rio.

CAPÍTULO DIECISIETE

A las siete y media la mañana siguiente, Avery estaba sentada en su auto a media cuadra de la casa de Constance y Donald Prince.

Vivían en Somerville, justo al noreste de Cambridge, en una pequeña casa amarilla con zócalo blanco en una tranquila calle suburbana. Un cerco de madera blanca rodeaba la propiedad. Había dos porches: uno en el primer piso, y otro en el segundo nivel, donde sillas y una mesa habían sido dispuestas para un desayuno a la luz del sol.

La escena parecía ser el lugar perfecto: árboles adornando las veredas, el sol estaba saliendo, y los pájaros cantaban en el cielo.

Gritos era todo lo que Avery podía recordar, los interminables gritos de la primera y única vez que había visitado a los Prince, y lágrimas y platos siendo lanzados contra la pared, mientras ambos intentaban desesperadamente alejarla.

Constance y Donald Prince eran los padres de Jenna Prince, la última estudiante de Harvard asesinada por el profesor Howard Randall, casi cuatro años atrás. El asesinato había sido sólo semanas luego de que la abogada estrella Avery Black hizo lo imposible y logró sacar al profesor Randall de la cárcel por el asesinato de otras dos estudiantes de Harvard, a pesar de la abrumadora evidencia circunstancial en su contra.

Esos breves días entre que Avery ganó el juicio y el asesinato de Jenna Prince resonaban en la mente de Avery. En el veredicto, la celebración había comenzado. Las noches se pasaban vaciando caras botellas de vino y compartiendo su cama con numerosos rostros sin nombre. Una noche en particular, incluso llamó a su ex para preguntarle si quería volver con ella. Ni siquiera esperó por una respuesta. Avery sólo se rio después de la pregunta y juró que nunca estaría con un perdedor como él otra vez. La vergüenza que sintió en ese momento continuaba quemando sus mejillas incluso ahora, años después.

Su victoria había sido corta.

Se enteró de la verdad en los noticieros unos días después: "Asesino Liberado de Harvard Mata Otra Vez." Como sus víctimas anteriores, las muchas partes del cuerpo de Jenna Prince habían sido cuidadosamente reconfiguradas cerca de lugares importantes de Harvard. Pero a diferencia de los otros asesinatos, esta vez, Howard Randall se había hecho cargo

inmediatamente. Apareció en Harvard Yard casi enseguida de que el cuerpo fuese descubierto, con las manos en alto en señal de entrega y cubierto en sangre. "Esto es para ti, Avery Black," había dicho a la prensa. "Esto es por tu libertad."

¿Y su creencia de que era una persona decente y honorable? ¿Que finalmente había hecho el bien y liberado a un hombre inocente?

Se había ido.

Todo en lo que creía había sido destruido. Su esposo siempre había sabido la verdad sobre su excesiva confianza en sí misma y su ego, ¿pero su hija? Era una revelación impactante. "¿Fue todo por el dinero?" se había preguntado Rose. "Dejaste a un *asesino serial* en libertad. ¿Cuántos otros asesinos has dejado libres para poder usar esos zapatos?"

Avery observó el interior color marrón claro de su BMW.

El cuerpo estaba desteñido y viejo. El tablero negro había sido retirado y actualizado con su tele-comunicador, escáner policial, y una computadora para cuando estaba de vigilancia. El auto, comprado en la cúspide de su arrogancia y fama, ahora servía como recuerdo de su indulgente pasado, y un testamento de su futuro.

"No morirás en vano," juró a la memoria de Jenna Prince. "Lo prometo."

La caminata hacia la casa parecía no tener fin. El sonido de sus zapatos en el cemento, pájaros, autos y sonidos lejanos, todo la hacía sentir más consciente de sí misma, y de lo que tenía intención de hacer. "Te odio," había escupido Constance hacía muchos años. "Eres el *diablo*. Eres peor que el diablo." "¡Fuera de nuestra casa!" había gemido Donald. "Ya mataste a nuestra hija. ¿Qué más quieres? ¿*Perdón*? ¿Quién podría perdonar a alguien tan enfermo y depravado como tú?"

Avery subió los escalones.

Una llamada telefónica habría sido inapropiada, incluso más aún que una visita improvisada. Necesitaban ver su rostro, su desesperación. Y ella los necesitaba a *ellos*.

Tocó el timbre.

Una voz de una mujer de mediana edad habló: "¿Quién es?"

Se oyeron pasos acercándose.

La puerta se abrió.

Constance Prince era blanca, con un bronceado poco natural y cabello corto y rubio decolorado. Aunque rara vez salía de la casa excepto por

tareas o Mahjong con sus amigas, tenía una máscara de grueso maquillaje: rubor, delineador, y labial rojo. Las arrugas rodeaban su boca y ojos. Tenía puesto un suéter ligero y pantalones rojos. Brazaletes dorados sonaban en sus muñecas. Las joyas colgaban de hilos dorados en ambas orejas.

Pestañeó un poco y pareció enfocarse en Avery. El aire acogedor de su postura y apariencia rápidamente se desvaneció. Tomó una bocanada de aire y dio un paso hacia atrás, como si estuviese en shock.

Otra voz llamó.

"¿Quién es, cariño?"

Sin decir una palabra, Constance intentó cerrar la puerta.

"Por favor," dijo Avery. "Sólo necesito pedirles un favor. Me iré enseguida."

Una tajada del rostro de Constance podía verse entre la puerta y el marco. Con la cabeza baja, se quedó quieta por un momento.

"Por favor," rogó Avery. "Necesito algo, pero no puedo hacerlo sin su aprobación."

"¿Qué quieres?" susurró Constance.

Avery revisó el porche y la calle antes de volverse a la puerta.

"¿Has leído los periódicos?"

"Sí."

"Hay otro asesino suelto. Es muy parecido al anterior," dijo Avery sin mencionar a Howard Randall, "inteligente y difícil de rastrear. Hallaron otro cuerpo hoy. Hasta ahora son dos, pero puede que trabaje en tríos, lo que significa que no falta mucho para el próximo cuerpo. Soy policía ahora," agregó. "Esa vida, la persona que era en aquel entonces, ya no es quien soy. Estoy tratando de arreglar las cosas. Estoy tratando de *cambiar*."

La puerta se abrió.

Donald Prince había reemplazado a su esposa. Más viejo, extremadamente grande y fuera de forma, tenía cabello corto y gris, piel rojiza, y un aspecto que demostraba su conmoción y furia. Tenía puesta una camiseta sucia, pantalones cortos, y zuecos verdes. Un guante cubierto de tierra en una de sus manos.

"¿Qué demonios quieres?" dijo. "¿Por qué estás aquí?" Miró hacia la esquina. "No eres bienvenida en esta casa. ¿No le has hecho suficiente daño a esta familia?"

"Vine a pedirles permiso," dijo ella.

"¿Permiso?" escupió y casi ríe. "No necesitas nuestro permiso para nada. ¡Queremos que salgas de nuestras vidas! Mataste a nuestra hija. ¿No entiendes eso?"

"Nunca maté a su hija."

Sus ojos se hicieron más grandes.

"¿Crees que eso *justifica* lo que hiciste?"

"Lo que hice estuvo mal," dijo ella, "y tengo que vivir con eso todos los días. Soy diferente ahora. Soy policía. Estoy tratando de *arreglar* lo que hice, y no dejarlo en libertad."

"Bueno, me alegro por ti." Asintió agresivamente. "Muy poco y muy tarde para nosotros. ¿Verdad?"

Intentó cerrar la puerta.

"*Espera*," dijo Avery.

Sostuvo la palma de su mano en la madera pintada.

"Hay un nuevo asesino. Igual a Howard Randall. Justo en nuestro patio trasero. Va a matar otra vez. Estoy segura. Y pronto. Mis pistas se están enfriando. Necesito una perspectiva nueva. Necesito visitar a Howard, ver si él puede ayudar. Quiero su permiso."

Una risa vino del interior.

La puerta se abrió.

Donald se recostó, impenetrable.

"¿Quieres mi permiso?" dijo. "¿Para hablar con el asesino de mi hija, así puedes detener a otro asesino?"

"Correcto."

"Claro," dijo con una sonrisa falsa. "Buena suerte."

Cualquier rasgo familia abandonó su rostro, y una oscura y asesina mirada penetró a Avery.

"No me importa *quién* eres ahora. ¿Me escucharon? Vuelves a mi casa. Hablas con mi esposa." La violencia ardía en sus ojos. Su voz se convirtió en un susurro. "Te mataré," juró. "Y eso será justicia. *Verdadera* justicia."

CAPÍTULO DIECIOCHO

La casa correccional de la Bahía Sur era un complejo marrón enorme que ocupaba seis manzanas en el sur de Boston. La fortaleza estaba dispuesta en forma de triángulo, con pocas ventanas e incluso menos formas de entrar. Varios edificios más pequeños, paredes altas, e interminables portones alrededor de la propiedad convertían a la entrada en un enigma para el visitante promedio.

Avery había estado en la Bahía Sur un par de veces antes, como abogada y como policía. Aunque era fácil para ella navegar la Avenida Massachusetts al número de calles laterales necesarias para poder estacionar en la calle Bradson y acceder al edificio principal, siempre era un proceso complicado y que llevaba mucho tiempo.

Los visitantes normalmente debían presentar un permiso escrito para ingresar al menos un día antes. Si no se presentaba una advertencia previa, normalmente los enviaban de regreso en la entrada por motivos de seguridad, sin importar su nombre, posición, o excusa. El hecho de que Avery fuese policía no significaba nada para los cuidadores de la Bahía Sur. Las cárceles eran como islas privadas, estados en sí mismos donde los empleados sólo respondían a su supervisor y el alcalde.

Avery, sin embargo, no era la típica visita.

Una pesado-celebridad en Bahía Sur, era conocida por todos los miembros del personal. El juicio donde liberó a Howard Randall de los cargos de asesinato había sido televisado. Lo que *también* había sido televisado fue su rendición sangrienta sólo días después. Durante ambos suplicios, su rostro había sido estampado por doquier, y hasta su desaparición y eventual resurgimiento en el departamento de policía de Boston, su nombre se había vuelto sinónimo de abogados corruptos y un sistema legal necesitando una masiva reforma.

En el detector de metales, un guardia gritó.

"Hola, Sra. Black. ¡Mira, Joey! Mira quien vino. Avery Black está de vuelta."

"¿Cómo va todo, Sra. Black?"

Avery le ofreció un saludo desganado con la mano.

"Hola, muchachos."

Colocó sus objetos en la mesa y los pasó por el escáner.

Otro guardia hizo una reverencia.

"¿A qué debemos el honor, Sra. Black?"

"Vine a ver a Howard Randall."

"¡Oh!" exclamaron unos guardias.

"Ojalá yo fuese una mosca en *esa* pared," dijo alguien. "Cuidado, Black. Randall fue transferido al Bloque B hace dos meses. Cortó a un interno, bastante grave. ¡Ese viejo es muy ágil!"

Luego de los detectores de metales, la revisaron y la dejaron pasar a la sala de visitas.

"¿Nombre?" dijo una mujer regordeta y adusta dentro de una oficina enrejada.

"Avery Black. Homicidios. Departamento de Policía de Boston."

"No la veo en la lista, Black. Va a tener que regresar en otro momento."

Un guardia que iba pasando hizo una cara.

"No, no," dijo, "déjala pasar. ¿Sabes quién es ella? Avery Black. Sacó a ese vejstorio loco de Randall por homicidio. El caso más fascinante que he visto."

"¿Tú te harás responsable de esto?"

"Sí, sí. Déjala pasar. Enviaré a alguien por Randall. A ver si tiene ganas de charlar. Disculpe Sra. Black, pero si Randall no quiere verla, no podemos hacer nada."

"Entendido," dijo ella.

La habitación enrejada era grande y estaba pintada de verde. Los zumbidos resonaban constantemente más allá de las rejas, junto con portazos. Varias mesas y sillas eran ocupadas por visitantes esperando su oportunidad de ver a sus seres queridos. Una pareja de mexicanos peleaba mientras sus tres niños corrían por todas partes e intentaban hablar con otras personas.

¿Qué estoy haciendo aquí? se preguntó Avery.

"¡Black! Es tu día de suerte," gritó el guardia. "Randall dijo que te estuvo esperando. No estarán en la sala de visitas pública. Tiene que permanecer encerrado. En el momento que abra la boca, se mete en problemas. Te llevaré hasta abajo y te ubicaré fuera de su celda. Más privacidad para ustedes también, ¿verdad? Y, además, fuiste su abogada una vez. ¿No tienen privilegios entre abogado y cliente?"

La caminata hasta el sótano era exactamente como Avery la recordaba.

Los presos gritaban y hacían ruidos en sus celdas. "¡Sáquenme de aquí! ¡Soy inocente!" Los guardias gritaban. "¡Silencio o vas a la caja!" Los susurros la alcanzaron, de guardias que pasaban y también prisioneros. "Oye, linda. ¿Quieres una visita privada?"

El nivel del sótano era más oscuro que el resto de la cárcel, con mala iluminación y gruesas puertas negras contra concreto pintado de gris. Había números blancos pintados en cada puerta. B1... B2... B3. El guardo pasó por cada puerta y abrió otro portón.

"Se lo pusimos en la sala de conferencias," dijo. "Estarán más cómodos aquí. Cuando terminen sólo grite."

Una puerta negra sin marcar entre muchas fue abierta.

Howard Randall en un extremo de una larga mesa metálica en una habitación extremadamente estrecha. Tenía una gran cabeza, con apenas algunos pelos afeitados en los lados. Anteojos gruesos adornaban su arrugado rostro. Sus pequeños ojos miraron a Avery con emoción. Estaba vestido con un traje naranja. Sus manos arrugadas se aferraban a la mesa y eran mantenidas en su sitio por esposas. De igual forma, sus pies habían sido esposados a las patas de la mesa para evitar movimiento real.

"Muy bien, Howard," dijo el guardia. "¿Ves lo que hice por ti? No querían dejarla entrar. No llamó antes. Pero yo la entré. Eso tiene que valer algo, ¿verdad?"

Howard le regaló una sonrisa y asintió agradecido.

"Por supuesto, Oficial Roberts," dijo en una suave y confiada voz. "¿Por qué no hablamos del pago más tarde?"

El guardia de cara rolliza, con barba de unos días, le devolvió una sonrisa. "Buen trato," dijo. "Recuerde," le dijo a Avery, "sólo llame cuando esté lista. Estaré aquí afuera. No la cortes, Howard," se rio.

La puerta se cerró de un portazo.

La última vez que Avery lo había visto había sido tres años atrás, un viaje sin grandes acontecimientos que esperaba le diese alguna respuesta. Todo lo que Howard había hecho había sido hablar de cuán agradecida debía estar por todo lo que él le había dado.

Se veía más tranquilo que en su última visita. Mala comida y nada de ejercicio, pensó Avery. Pero sus ojos... sus ojos brillaban como las estrellas.

"¿Cómo estás, Howard?"

"¿Cómo estás tú, Avery?"

"Siempre el terapeuta," dijo ella. "¿De qué se trató todo eso?" preguntó ella mirando sobre su hombro. "¿Qué tipo de pago espera?"

"Al Oficial Roberts le gusta que lo acaricien," dijo él. "Le gustan los hombres mayores. Yo lo excito. Quiere un momento a solas más tarde."

"Pensé que eras asexuado."

Howard se encogió de hombros.

"Me siento sólo aquí," explicó. "Hacemos lo que tenemos que hacer para sobrevivir, ¿no es verdad, Avery?"

Se tensó y torció los ojos en defensa.

"¿Qué se supone que signifique eso?"

Un aire más liviano y despreocupado sobrevino a Howard. Intentó abrir sus manos y recostarse para relajarse; las cadenas lo mantenían cerca de la mesa.

"Vamos, Avery," dijo, "¿por qué estás tan preocupada? Tú viniste a *mí*. Yo soy un simple prisionero. ¿De qué manera podría hacerte daño?"

"Oí que rebanaste a otro preso para poder venirte aquí abajo."

"Eso fue diferente." Asintió en señal de haber comprendido. "Mis acciones estuvieron completamente justificadas dada la situación. Por favor, ven. Siéntate. Las visitas son poco frecuentes últimamente. Confía en mí. No muerdo," dijo con una tímida sonrisa siniestra que dejó ver sus pequeños dientes.

Las náuseas que Avery había sentido hacia él regresaron con todas sus fuerzas. Sintió ganas de vomitar. Él me manipuló, pensó, me mintió, destruyó mi vida. ¿Por qué vine aquí? ¿Por qué confiaría en él? Él no puede ayudarme.

Como si pudiese leer su mente, él dijo, "Viste por el caso, ¿verdad?"

"¿Qué caso?"

"En el periódico de hoy, lo llaman el Asesino de las Sororidades, si recuerdo correctamente. Dos víctimas, ambas estudiantes universitarias, extrañamente... colocadas, ¿sí? Como maniquíes."

¿Qué más sabes?"

"Siéntate," dijo de nuevo.

De mala gana, Avery apartó la silla de la mesa y se sentó.

"Esto está mejor, ¿verdad?" dijo.

"El guardia dijo que estabas esperándome."

"Sí," dijo él.

"¿Cómo sabías que vendría?"

"No lo *sabía*, Avery. No leo mentes. Pero sí sé algunas cosas," susurró y se inclinó hacia adelante. "Sé que recientemente has sido ascendida a detective, división de homicidios, y que estás a cargo de este caso, ¿sí? El periódico dice eso. Y sé que tienen una gran habilidad, Avery, y es la tenacidad de tu voluntad. No te detendrás ante nada para *ganar*. Pero estás un poco fuera de tu elemento con esto, ¿verdad? Defender al hombre común es una cosa. Cazar a pandilleros es otra; esas personas tienen necesidades y deseos básicos, y motivaciones sencillas de entender. ¿Pero la gente como yo?" Dejó las palabras colgando en el aire. "Somos una especie diferente. Nuestras motivaciones, nuestro *propósito* es a menudo difícil de percibir para... mortales inferiores."

"¿Me estás llamando un mortal inferior?"

Inclinó su cabeza como para decir "sí" sin hacerse cargo del hecho.

"Sé que estás *aquí*," dijo él, "lo que significa que debes necesitar algo. Supongo que quieres que te ayude a resolver este caso. Una movida atrevida, Sra. Black. Pensé que me detestabas, y sin embargo aquí estás, solicitando mi asistencia. Somos *compañeros*, otra vez."

"Nunca fuimos compañeros."

"*Siempre* hemos sido compañeros," corrigió el instantáneamente. "Vine a éste lugar por *ti*, Avery, para mostrarte la luz, para cambiarte, no las ropas sino quien eres por dentro. Una persona, una vida, puede cambiar el mundo, y tú eres la prueba de ello, mi mayor regalo para la humanidad. Eres diferente ahora. Puedo verlo. El pavoneo arrogante se ha ido. El aire pretencioso ha sido derrotado. Estás sentada frente a mí como una humilde sirviente de la justicia, sin riqueza ni poder ni avaricia. Me *gusta* esta nueva tú, Avery. De todo corazón, lo *apruebo*."

La persona de quien él hablaba, la persona que aparentemente amaba, era el caparazón de la mujer que Avery había sido, un caparazón dañado, luchador, que había tan lejos que casi nunca se peinaba el cabello ni pensaba en lo que se pondría todos los días. Era un fantasma, un fantasma que conducía en su viejo auto y se vestía con las ropas de su vieja vida, pero estaba completamente muerta excepto por su fuerza de voluntad, una voluntad la forzaba a buscar la justicia donde pudieses para que un día, tal vez pudiese corregir los errores del pasado y ser libre.

"Odio en quién me he convertido," dijo ella.

"Y si pudieras volver atrás," se preguntó él, "¿lo harías?"

No, pensó Avery. Nunca volvería atrás. Esa vida estaba terminada. Pero esta nueva vida... no estaba aún completa. Aún estaba caída en desgracia, aun peleando desde las sombras. Recuerdos de su oscuro y vacío apartamento volvieron, de su vida sin amigos ni familia, una hija que no quería tener nada que ver con ella. De repente, Avery se sintió que caía de una cornisa mental, a un lugar donde sólo había estado una vez antes, un lugar oscuro.

"No puedo volver jamás," dijo.

"Entonces," notó Howard, "el pasado ya se fue, pero el futuro aún no es brillante. Puedo ayudarte Avery. *Quiero* ayudarte."

Avery levantó la vista, de regreso en la habitación, sentada ante Howard Randall en inmersa en un caso que ya parecía estar frío.

"*Necesito* tu ayuda," admitió.

"Y yo necesito algo de *ti*, Avery."

Sus pequeños ojos marrones se abrieron con apasionada intensidad, y se inclinó hacia adelante lo más que podía mientras repetía: "*Necesito algo de ti.*"

"¿Qué necesitas?" preguntó ella.

La personalidad completa de Randall cambió. Golpeó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante, prácticamente gritando en su rostro con veloces e intensas palabras.

"*Padre*," dijo, "Grover Black. Alcohólico. Violador. Golpeador. Abusador. *Asesino*."

Las palabras, como disparos a su corazón, transportaron a Avery al pasado y ahí estaba otra vez, con su padre y madre en aquella casa de Ohio.

"No," declaró ella.

"*Madre*. Layla Black. Alcohólico. Drogadicta. *¡Loca!*

Avery había ido a terapeutas, muchos terapeutas, luego del incidente con Randall, pero nada parecido a esto. Había estado protegida en ese entonces, en control todo el tiempo. Ahora, Randall la había convertido en una niña de seis años con tan solo unas palabras y una pasión increíble.

Las lágrimas sobrevinieron, las lágrimas instintivas de una niña que quiere salvar a su madre de un padre armado que no conocía límites.

"*¡Padre!* Alcohólico. Vergüenza. *¡Asesino!*"

Desesperada, fuera de sí, Avery se puso de pie y golpeó la puerta.

"*Déjame salir*", gritó.

Randall cerró su boca. Se recostó y levantó una ceja.

"Tu asesino es un artista, ¿correcto?" dijo "¿Los cuerpos están colocados en posición de amantes? Es introvertido, un soñador. No es alguien que elegiría chicas al azar en la calle. Tiene que encontrarlas, mirarlas, conocerlas de *algún* lugar. Piensa, Avery. Piensa..."

El guardia abrió la puerta.

Avery salió apresuradamente.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DIECINUEVE

Avery se hallaba sentada, inclinada sobre el volante de su auto, aún en el estacionamiento de la prisión, destruida, un desastre, una cáscara, lágrimas rodando por su rostro. Sollozos horrendos escaparon de su garganta. En un momento, se sacudió hacia arriba y gritó golpeando el volante.

Palabras.

Cada vez que oía una de sus palabras, lloraba más fuerte.

Abusador. Alcohólico. *Asesino*.

"No, no, no."

Se golpeó la cabeza para sacarse las imágenes: su padre en el bosque, arma en mano. El cuerpo detrás de él. Várices. Cabello gris. Ese vestido verde.

"Fuera, fuera, fuera, fuera," rogó Avery.

Casi lo había olvidado hasta ese momento. Tantos años gastados tratando de olvidar el pasado, escapar de Ohio y borrar su terrible pasado. Con sólo unas palabras, Howard Randall había traído todo.

Eres igual que ellos, lloró angustiosamente.

Asesina.

Alcohólica.

Igual que ellos... igual que ellos.

¡No! Luchó mentalmente. ¡No te pareces en nada a ellos! No eres asesina ni drogadicta. No estas enferma de la cabeza. Haces lo mejor que puedes cada día. ¿Errores? Claro, pero intentas con todas tus fuerzas, todo el tiempo.

Quítalo de mi cabeza.

Quítalo de mi cabeza.

Sus puños limpiaron sus lágrimas.

Sus sollozos fueron sofocados.

Tienes que ponerte bien, ordenó.

Las lágrimas regresaron, sólo que esta vez eran más suaves, más gentiles, no sobre su viejo y doloroso pasado, sino sobre su nueva, solitaria, atormentada existencia.

Golpeó el volante.

"Haz un esfuerzo!"

Una claridad detallada vino a ella en ese instante. Todo parecía nítido y enfocado: los bordes del parabrisas, su brazo, los autos aparcados a su alrededor, el cielo. No exactamente en sus cabales, pero en pleno control, Avery levantó su teléfono para llamar a Finley.

"Hola, hola," contestó él.

"Finley," dijo ella, "¿dónde estás?"

"Estoy en la oficina trabajando como esclavo. ¿Dónde demonios estás tú? Deberían darme un aumento por esto, ¿sabes? ¿No deberían darme el día libre por atrapar un psicópata? Acabo de tener una de las más grandes persecuciones de mi vida y ahora estoy atrapado en una oficina. Debería estar por ahí tomando una cerveza."

Su monólogo entero salió como una palabra sola.

Avery se frotó los ojos.

"Finley, *más lento*. ¿Qué has encontrado hasta ahora?"

"¿Por qué la gente me dice todo el tiempo que vaya más lento?" se quejó como si estuviese realmente molesto. "Hablo bien. Todos los de mi equipo me entienden perfectamente. Tal vez las *otras* personas son el problema, ¿se te había ocurrido pensar eso? Mi madre solía decir eso."

"¡*Finley!* Ponme al día."

"El cuerpo está en con el forense," dijo, más calmada y lentamente. "La escena del crimen ya está terminada. Encontraron algunas fibras, pero parece que son las mismas que Jenkins: pelo de gato, unas gotas de extracto de plantas en su ropa. En las últimas horas he estado buscando conexiones como me pediste. Distintas especializaciones: economía y contaduría. Una estudiante de primer año, la otra de último. Distintas sororidades, ninguna conexión familiar. Bla, bla, bla. Hablé con Ramírez. Él dijo que los padres de Cindy mencionaron una clase de arte que tomó en Cambridge el semestre pasado. Un lugar llamado Arte para la Vida. Ubicado en la calle Cambridge y la Séptima. Llamé a los amigos de Tabitha para ver si había conexión. Estoy esperando que contesten."

Artista, pensó Avery. Él dijo que nuestro asesino es un artista.

"¿Quién enseña allí?" preguntó ella. "¿Quién es el dueño del estudio?"

"¿Cómo demonios debo yo saberlo?" "Tengo solamente dos manos, ¿sabes?" ladró él. "Me diste como mil tareas. No tengo idea quién enseña la maldita clase. Te dije, estoy esperando que me contesten."

Ella cerró los ojos.

"De acuerdo," dijo. "Gracias."

"¿Vas a venir a ayudarme o qué?" se quejó Finley.

"Tengo que atar unos cabos sueltos," dijo ella. "¿Tienes la dirección de Cindy? ¿Y de Tabitha? Quiero pasar por sus apartamentos y ver que puedo encontrar."

"Ya estuve en el apartamento de Tabitha. Típico cuarto de chica. Ropa cara y afiches estúpidos. No hay nada allí."

"Déjame a *mí* decidir eso."

* * *

Cindy había vivido en una casa no muy lejos del apartamento de Kappa Kappa Gamma, ni de su novio. La casa blanca estilo Tudor de dos pisos con zócalos azules alojaba a dos personas. Cindy alquilaba el primer piso; el segundo piso era habitado por otra estudiante de último año de Harvard.

Avery llamó con anticipación para asegurarse que los oficiales de Harvard la dejaran entrar.

Un juego de llaves extra estaba bajo una piedra en el porche frontal.

El apartamento de Cindy olía a aire encerrado. Había cuatro habitaciones principales: la sala de estar, el dormitorio, una habitación extra que había convertido en oficina, y la cocina. Algunas piezas de arte moderno adornaban las paredes.

La oficina estaba repleta de montones de libros de texto sacados de la biblioteca, junto con una cantidad de libros de romance. Los papeles estaban apilados sobre el escritorio.

Avery revisó los archivos. Cuentas médicas, carpetas de clase, cartas de entrevistas laborales, currículums. Todo estaba limpio y ordenado. Avery tomó notas en su teléfono: El proveedor médico de Cindy, cada profesor que había tenido, los lugares donde había hecho entrevistas, y su actual empleador: Firma de Contaduría Devante La carta de su aceptación como contadora junior en su firme estaba orgullosamente exhibida en el escritorio.

No había mención de la clase de arte, pero había un dibujo pintado a mano, enmarcado, en una pared, con la firma de Cindy en la parte inferior. La imagen era un bol de frutas. Avery dio vuelta la imagen. En la parte trasera había un sello: Arte para la Vida, su dirección, y el logo de una mano representada como una paleta de pintura. Avery devolvió todo a su lugar, se dirigió hacia afuera, y saltó dentro de su auto.

El MIT fue llamado con anticipación para asegurarse que le permitirían entrar a la habitación de Tabitha. El asistente del decano dijo que se encargaría de todo.

En cuanto colgó, el teléfono de Avery sonó.

"Es Jones," dijo una voz jamaiquina.

"Dime algo," dijo Avery.

"Nada por aquí. La cabaña está vacía."

"¿Qué demonios has estado haciendo todo el día?"

"*Investigando*, hombre," se quejó Jones, "investigando. Me llevó un rato llegar aquí. Tenía que tener las llaves, ¿verdad? Luego Thomson quiso manejar y no tiene *ningún* sentido de la orientación. El GPS nos volvió locos. Pero," admitió dándole otro trago a su cerveza, "llegamos aquí y dimos vuelta el lugar. Nada. ¿Segura que el chico se quedó aquí?"

"Desperdiciaste un día entero," dijo Avery.

"¡No estás *escuchando*, Black! Hemos estado trabajando duro."

"Hay dos chicas muertas," dijo Avery. "¿O te olvidaste de eso? Tenemos un asesino serial suelto y tú andas dando vueltas en una cabaña junto al lago. Ponte a trabajar en la vigilancia de Cambridge. Y *esta vez*," dijo bruscamente, "Quiero un informe detallado en mi escritorio para mañana en la tarde. Quiero saber *exactamente* qué hiciste cada hora. ¿Me escuchaste?"

"¡Oh, vamos! Black. Te lo *ruego*," gimió Jones. "Ese trabajo es una locura. No hay forma de rastrear un auto por kilómetro y kilómetros de esa forma. Es *imposible*. Necesito como diez personas más."

"Llévate a Thompson."

"¿Thompson?" rio Jones. "Es peor que Finley."

"Recuerda," dijo Avery con énfasis. "Un informe detallado en mi escritorio mañana por la tarde. Asegúrate de que Thompson lo entienda. Si arruinas esto llamaré a Connelly."

Colgó.

¿Cómo se supone que logre algo en Homicidios si la mitad de mi equipo ni siquiera respeta mi autoridad? dijo echando humo.

Para cuando llegó a su próximo destino, el cielo estaba oscuro.

Tabitha vivía en el corazón del MIT, justo al lado de la calle Vassar. Su compañera de cuarto abrió la puerta; era una pequeña chica parecida a un ratoncito, con cabello largo y negro, anteojos, y la cara cubierta de granos.

La habitación era grande: una sala de estar principal, cocina abierta, y dos dormitorios.

"Hola," dijo la chica, "usted debe ser Avery."

"Sí, gracias por dejarme entrar."

"Ese es su cuarto, por allí," dijo señalando.

La chica parecía adusta y miserable.

"¿Eran amigas?" se preguntó Avery.

"En realidad no," dijo ella alejándose. "Tabitha era popular."

La habitación de Tabitha estaba extremadamente desordenada.

El archivador de papeles era más un sitio donde amontonar papeles sueltos. Una rápida búsqueda dejó al descubierto todo tipo de cosas, desde recibos hasta un currículum y un envoltorio de emparedado apestoso. El objeto más revelador era la cantidad de imágenes que adornaban la pared, todas aparentaban haber sido hechos por Tabitha: escenas de granjas, el MIT, un paisaje urbano, un bol de fruta.

Avery miró la parte trasera de una de las pinturas enmarcadas.

Un sello leía: Arte para la Vida.

CAPÍTULO VEINTE

Molly Green estaba teniendo una noche difícil. Sopló un mechón de rubio cabello lejos de su rostro, se secó la ceja, y fingió enrollarse las mangas.

"¡Luke y Gidget!" gimoteó. "¡Ya tuve suficiente de esto!"

La casa donde trabajaba como niñera a medio tiempo parecía grande y vacía. Estaba de pie en la sobredimensionada sala de estar en el primer piso y buscó detrás de los sillones. Con la cara pegada a las puertas corredizas de vidrio que llevaban al porche trasero, se protegió con las manos los ojos de la luz del interior y pensó: Mas les *vale* que no estén afuera.

No había nadie en la cocina, armarios, ni en el baño de abajo.

Una pequeña habitación de huéspedes estaba igualmente vacía.

"Lo digo en serio," gritó, "hace *mucho* que debían estar en la cama."

Subió dando pisotones en tacos altos, una minifalda de cuero negra, y la diminuta musculosa que planeaba ponerse para la fiesta luego esa noche.

"¡Mas les vale que estén en la cama!"

Desde luego, Luke y Gidget estaban escondidos bajo las sábanas, riéndose como locos porque habían sido más listos que ella una vez más.

Los niños compartían una habitación y cada uno tenía su propia cama. Se podía apreciar un fuerte contraste entre el lado de la habitación que pertenecía a Gidget, y el de Luke. El de lado de ella estaba pintado de rosa; estaba limpio y ordenado, con los juguetes en los lugares indicados y la ropa en sus cajones. El lado de Luke de la habitación estaba pintado de azul. Todos sus juguetes estaban en el piso, la ropa tirada por todas partes, y las paredes manchadas con tierra y marcadores.

"Ahora veo como es la cosa," dijo Molly. "Me hacen correr por toda la casa y luego fingen que todo este tiempo estaban dormidos. Buen intento."

Las sábanas fueron arrojadas y ambos compitieron por su atención.

"Léeme un libro, Molly."

"No apagues la luz del pasillo," dijo Luke.

"Tus padres me van a matar si los encuentran despiertos cuando vuelvan. *Tienen* que ir a dormir. No más libros. Dejaré la luz del pasillo encendida. ¿Me escucharon? Si encuentro a alguno de ustedes deambulando por los pasillos de nuevo o intentando asustarme abajo, me pondré chillona. Y saben lo que significa eso."

"No, no," gimió Gidget.

"No le digas a papá," imploró Luke.

"De acuerdo pues. Hora de dormir. Buenas noches."

Nuevamente, cerró la puerta, dejándola entreabierta como un centímetro para que pudiesen ver la luz del pasillo.

De nuevo abajo pensó: *Uf... Niños.*

Un rápido vistazo en el espejo de la sala de estar confirmó que aún se veía *increíble*, la sombra de ojos verde en su lugar, pestañas largas, labial perfecto, ojos azules brillantes.

Te ves tan *sexy*, pensó ella con un chillido.

Alrededor de veinte minutos más tarde, mientras Molly veía una edición grabada del *Show de John Oliver*, El Sr. y la Sra. Hachette abrieron silenciosamente la puerta principal.

Se repartieron cumplidos.

Molly los puso al día con lo que había ocurrido en la noche. "La cena estuvo genial. Leímos libros. Les di baños a ambos. Correteamos un rato y luego se fueron a la cama. Nada especial.

Como siempre, los Hachette preguntaron si quería quedarse un rato, comer algo, o dormir en la habitación para huéspedes. Molly rechazó sus propuestas.

Todo lo que podía pensar era la fiesta, un enorme baile organizado por una de las fraternidades más grandes del campus. Tres chicos con los que había estado saliendo estarían allí, pero ninguno de ellos tenía potencial de novio. Esta noche, esperaba conocer a alguien nuevo.

Tomó su bolso y salió por la puerta.

Que comiencen los juegos, pensó, sonriendo.

* * *

Él había estado esperando afuera por un rato, escondidos en las sombras del interior de su camioneta. Durante la última hora, él había estado allí, mirando y preparándose para el momento indicado. Había visto en silencio como Molly buscaba a los niños por la casa y los había encontrado en su cama. Había visto a los Hachette entrar a la casa.

Estaba aparcado en una calle muy tranquila en un vecindario lleno de árboles justo al noreste de la Universidad de Brandeis, a tan sólo unos minutos en carro de la universidad y unos veinte minutos a pie. Molly,

sabía, elegiría caminar. Bajaría saltando los escalones, giraría a la izquierda en calle Cabot, y luego a la derecha hacia la calle Andrea. Luego de eso, normalmente cambiaba su ruta según donde necesitaba ir en el campus.

Como sospechaba, Molly bajó brincando los escalones de la casa y giró a la izquierda.

Él salió en silencio de la camioneta y caminó hacia la parte trasera, donde fingía estar descargando algo del maletero. Cerró con fuerza el maletero, suspiró, y se dirigió a la calle. Molly venía directamente hacia él. Se quitó la gorra y levantó la vista.

Sumergida en sus propios pensamientos, Molly casi se lo lleva por delante. "Oh, disculpe," murmuró.

"Está bien," respondió él.

"¡Oye!" Ella de pronto se iluminó. "Yo te *conozco*. ¿Cómo estás?"

"Estoy bien." Sonrió. "Tengo algunos problemas con mi auto. Espera un minuto." Frunció el ceño y se frotó la barbilla. "Pensé que vivías en algún lugar en campus de Brandeis."

"Sí, es cierto," reconoció ella, "Sólo trabajo aquí. ¿Ves esa casa?," y se dio vuelta para señalarla, "cuido a los niños durante la semana. Pero no te preocupes, yo..."

En el momento en que giró, él la perforó rápidamente con su aguja.

"¡Oye! ¡Ay! Qué demonios..."

Molly comenzó a caer. Él se deslizó hacia atrás para atraparla.

"¿Estás bien?" Fingió entrar en pánico. "¿Molly?" Golpeó suavemente sus mejillas fingiendo preocupación. "Molly, ¿estás bien?" Echó un vistazo alrededor.

Las calles estaban oscuras y vacías.

"No te preocupes," susurró, "Yo te ayudaré."

CAPÍTULO VEINTIUNO

Grandes ventanas de vidrio reforzaban ambos lados de la puerta de vidrio del estudio Arte para la Vida. Avery podía ver una angosto y atestado espacio de galería dentro, con todo tipo de arte moderno: esculturas, pinturas, dibujos, y collages retro. Más atrás, la sala se expandía hacia un área mucho mayor, con un círculo de caballetes para lo que asumió que era la zona de reuniones de clases de arte.

Su teléfono sonó.

"Black," respondió.

"¿Quién es tu muchacho?" dijo Finley. "Me acaba de llamar una de las amigas de Tabitha. La víctima definitivamente tomaba clases en ese estudio."

"Ya lo había descubierto. ¿No viste todas las pinturas cuando fuiste a su cuarto?"

"¿Qué pinturas?"

"En su *habitación*."

"Eso no eran *pinturas*," dijo Finley. "Eso era *basura*. Pensé que lo habría comprado en una venta de garaje. Mira, Black, no me molestes. Te conseguí una buena pista."

"Estoy aquí ahora," dijo ella. "El estudio está cerrado."

"Yo estoy en un bar," contestó él. "Mi turno terminó hace dos horas. Te invitaría a que vinieras, pero no creo que dejen entrar lesbianas en este lugar."

"No soy lesbiana," dijo ella.

"¿De verdad? Me podrías haber engañado."

"Eres un ser humano repugnante, ¿sabías eso, Finley?"

"No, no," dijo él, "Soy un buen tipo. Es sólo mi crianza. Fue horrible. Lo haré mejor la próxima vez. Lo prometo. Eres genial, incluso si eres lesbiana. De verdad. Yo te apoyo. Nos vemos mañana por la mañana. Tengo que emborracharme."

Demasiado excitada por la adrenalina como para relajarse o dormir, Avery se dirigió a casa para investigar a Arte para la Vida desde la comodidad de su sala de estar. En el camino, ordenó comida china.

El apartamento estaba en penumbras. Una sola lámpara estaba encendida, junto al sofá. Se sentó a la mesa en la sala de estar y tragó su

comida mientras trabajaba.

Arte para la Vida había estado en el negocio por más de cinco años. El dueño era un hombre llamado Wilson Kyle, un ex artista y hombre de negocios quien también tenía un restaurante cerca del estudio y dos edificios cerca del área. Una rápida búsqueda en su base de datos policial no dio resultados sobre Kyle.

Dos personas estaban empleadas en su estudio: un vendedor a tiempo completo llamado John Lang y una empleada a tiempo parcial que venía los fines de semana. Kyle enseñaba las clases de arte él mismo los miércoles y jueves por la noche, pero Lang enseñaba dos clases sábado por medio.

Lang tenía antecedentes.

Criminal sexual registrado, con dos incidentes denunciados siete años atrás. Uno era un niño del que aparentemente era niñoero, y la otra una niña que vivía en su cuadra. Ambos pares de padres decían que sus hijos habían sido abusados. Lang se declaró inocente pero luego cambió su declaración para evitar el juicio y posible cárcel. Le dieron cinco años en probatoria, terapia obligatoria por un año, y un estigma que le duraría el resto de su vida.

Según los archivos policiales, su estatura y peso concordaban con los estimados hechos para el asesino.

Avery se recostó.

Era cerca de medianoche. Estaba completamente despierta y lista para golpearle la puerta a John Lang. Este podría ser el tipo, pensó.

Excitada por la posibilidad de atrapar al asesino, Avery quería compartir las buenas noticias con alguien. Extrañamente, Ray Henley se le cruzó por la mente, pero la idea de una incómoda llamada nocturna a alguien que había conocido tan recientemente era demasiado intimidante. Finley estaba fuera de la discusión, y el capitán le había dado órdenes específicas sobre molestarlo en su casa.

Pensó en llamar a su hija.

La última vez que habían hablado había sido hacía meses, y no había marchado bien.

Avery le envió un e-mail. "Hola," escribió, "he estado pensando en ti muchísimo últimamente. Me encantaría que hablásemos en persona. ¿Qué te parece almorzar este fin de semana? ¿Tal vez el sábado? ¿En nuestro lugar habitual? ¿A mediodía? Avísame. Te amo. Mamá."

Aún ansiosa por hablar con alguien, marcó el número del hospital.

El número sonó muchas veces antes de que una voz adormilada atendiese.

"¿Hola?"

"Ramírez," dijo ella, "¿cómo estás?"

"Demonios, Black. ¿Qué hora es?"

"Casi la una."

"Más te vale que sea algo bueno," murmuró, "Estaba en el medio de un sueño genial. Estaba en un bote en un océano azul claro, y una sirena viene a mí y empezamos a besarnos."

"Vaya," dijo ella, pero no estaba de ánimo para escucharlo describir sus sueños sexuales.

"Tengo una buena pista," prosiguió, "Arte para la Vida. El tipo que trabaja allí se llama John Lang. Tiene antecedentes. Ambas chicas tomaron clases allí. Podría ser nuestro tipo."

"Pensé que Finley ya había resuelto tu caso," bromeó Ramírez. "Dijo que había abatido a un verdadero asesino serial ayer."

"Finley no sabe distinguir un asesino serial de una *caja* de cereal."

Ramírez rio.

"Está loco, ¿verdad? Escuché sobre el viejo con los cadáveres en el sótano. Una salvajada. Supongo que hay gente para todo. Nunca se sabe."

"¿Cómo te sientes?"

"Mejor, mejor. Sólo quiero salir de aquí y volver a trabajar."

"Lo sé, pero tienes que descansar."

"Sí, sí, y no está tan mal en realidad," dijo él. "Tengo habitación privada, una buena cama, me siguen pagando, comida decente. *Tú* eres quien me preocupa. ¿Es decir, Finley? El Capitán debe odiarte."

"No lo sé, me estoy acostumbrando. Si le sacas lo retrógrado y racista y esa boca sucia que tiene, la verdad no está tan mal. Sólo me gustaría poder entenderle."

Una risa fue instantáneamente interrumpida.

"Oh demonios, eso dolió," gruñó Ramírez. "Debo tener cuidado. Los puntos me están matando. Sí, él es un tipo duro," dijo. "irlandés del lado sur. Solía ser miembro de una pandilla. ¿Sabía eso? Casi lo matan cuando se cambió de bando. ¿Viste todos sus tatuajes? Los tiene en todo el cuerpo."

"No. No he visto sus tatuajes en todo el cuerpo aún."

Ramírez lanzó un resoplido.

"Muy bien, mira, Avery, gracias por llamar. Me siento un poco cansado así que voy a irme. Buena suerte con esta nueva pista. Rezaré por ti."

Avery agarró una cerveza y se fue al balcón. Había nubes rápidas desparramadas por un cielo iluminado por la luz de la luna.

Tomó un largo trago.

Te tengo, pensó.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Avery tomó dos pastillas para dormir esa noche y puso la alarma para las siete; Arte para la Vida no abría hasta las nueve, pero quería estar lista.

A las seis cuarenta y cinco, se despertó sola, aturdida y ansiosa de comenzar el día. Se puso sus ropas habituales, sólo que cambiando los colores: pantalones marrones y una camisa abotonada azul. El azul es relajante, pensó. Quiero que todos estés tranquilos hoy. El walkie-talkie estaba enganchado en la parte trasera de su cinturón. El arma en su funda. La placa era visible cerca de la hebilla.

Echó una mirada al espejo.

Según la mayoría, todavía se veía de maravilla. Sin embargo, defectos era todo lo que Avery lograba ver: líneas que no estaban allí unos años antes, la pesada preocupación en sus ojos, el cabello estropeado de tantas tinturas.

Con un rostro provocativo, un giro de baile, y los labios fruncidos, Avery sonrió.

Esa es la chica que conozco, pensó.

La calle Cambridge tenía solo tráfico ligero tan temprano en la mañana. Avery se detuvo para comprar café y una rosca, y luego estacionó frente al estudio, a dos puertas de distancia. La espera era la parte más molesta del trabajo, y Avery se acomodó para una larga espera.

Sorprendentemente, John Lang apareció en el espejo retrovisor de Avery cerca de las ocho y media.

Era delgado y alto, su cuerpo no encajaba exactamente con el asesino, pero era su única pista, y había una conexión, y la manera en que caminaba le recordaba al asesino: con cierto encanto al caminar, moviendo las caderas y los pies firmes.

Cuando llegó a la oficina, Lang abrió la puerta con la llave.

Avery salió de su auto.

"Disculpe," gritó desde el otro lado de la calle. "¿Puedo hacerle una pregunta?"

Lang tenía un rostro desagradable, cabello rubio muy fino, y anteojos. Un entrecejo fruncido le arrugó la frente mientras miraba a Avery por un momento y luego se dirigió adentro otra vez.

"¡Oye!" Avery gritó. "Policía."

Le mostró su placa.

La sorpresa y la preocupación invadieron a John Lang. Miró tímidamente por la ventana. Del otro lado de la calle, dos personas con café miraban a Avery correr hasta el estudio. Resignado, Lang tomó un aire imperioso y abrió la puerta.

"La tienda está cerrada en este momento," dijo.

"No vine por el arte."

"¿En qué la puedo ayudar, Oficial?"

"Quiero hablar de Cindy Jenkins y Tabitha Mitchell."

Una mirada confundida atravesó su rostro.

"Esos nombres no significan nada para mí."

"¿Estás segura? Porque ambas chicas tomaron clases de arte en este estudio, y ahora están muertas. ¿Tal vez quieras reconsiderar tu declaración? ¿Puedo pasar?"

Durante una larga pausa, Lang miró dentro del estudio, a su computadora, y luego nuevamente hacia la calle.

"Sí," dijo, "pero sólo por un minuto. Estoy muy ocupado."

El estudio estaba frío, como si el aire acondicionado estuviese programado para encenderse temprano. Lang dejó caer una bolsa sobre su escritorio, se sentó en una gran silla giratoria negra, y se volvió hacia Avery. No le ofreció asiento. Un par de bancos acolchonados estaban desparramados alrededor del espacio. Avery se quedó de pie.

"Cindy Jenkins y Tabitha Mitchell," dijo ella.

"Ya le dije, no las conozco."

"Tomaron clases aquí."

"Mucha gente toma clases aquí. ¿Me puede dar un período de tiempo?"

"¿Por qué no las buscas en tu computadora?"

Se sonrojó.

"Los archivos son purgados con frecuencia," dijo.

"¿De verdad? ¿No guardan nombres y direcciones de los clientes para poder enviar folletos y correos electrónicos? Encuentro eso difícil de creer."

"Guardamos los nombres y las direcciones," dijo él. "Pero los documentos que usamos cuando recién se inscriben a clases son destruidos, así que no podría decirle un período de tiempo."

"Estás mintiendo," dijo ella.

"¿Estoy siendo acusado de algo?" exigió él.

"¿Has cometido un crimen?"

"¡Para nada!"

Avery no estaba convencida. Había algo en la forma en que pronunciaba las palabras, y como desviaba la mirada, y la computadora que se negaba a encender.

"¿Hace cuánto trabajas aquí?" preguntó ella.

"Cinco años."

"¿Quién te contrató?"

"Wilson Kyle."

"¿Sabe Wilson Kyle que eres un delincuente sexual registrado?"

La vergüenza sonrojó las mejillas de Lang, y las lágrimas comenzaron a aparecer. Se sentó más erguido en su silla y la miró con malicia.

"Sí," dijo él, "lo sabe."

"¿Dónde estabas en sábado por la noche? ¿Y el miércoles por la noche?"

"En casa. Mirando películas."

"¿Tienes a alguien que pueda acreditarlo?"

A punto de derrumbarse, Lang prácticamente se sacudió de rabia.

"¿Cómo te atreves?" dijo agresivamente. "¿Qué estás intentando hacer? Ya pagué por mi pasado. Fui a la cárcel y tuve que buscar ayudar profesional y hacer servicio comunitario y tener una bandera roja a mi alrededor por el resto de mi vida: 'Delincuente sexual.' Soy mejor ahora," juró mientras su cuerpo se relajaba y las lágrimas comenzaban a fluir. "Soy diferente. Todo lo que pido es que me dejen en paz."

Estaba ocultando algo. Avery podía sentirlo.

"¿Mataste a Cindy Jenkins y Tabitha Mitchell?"

"¡No!"

"Muéstrame esa computadora."

Una cara arrugada y una sacudida de cabeza le dijeron a Avery todo lo que necesitaba saber.

"Si no inicias sesión ahora y me dejas ver tu historial de búsqueda ahora mismo, volveré esta tarde con una orden de arresto."

"¿Qué está sucediendo aquí?" gruñó alguien.

Un hombre grande y extravagante estaba de pie en el pasillo. Tenía cabello perfectamente cortado y suelto, de color blanco, peinado hacia atrás y una barba de chivo blanca bien recortada. Pequeños anteojos gruesos de color negro enmarcaban unos ojos enojados y verdes. Un suéter liviano color carmesí enroscado sobre una camiseta blanca. Tenía puestos vaqueros y Crocs negros.

Lang se cubrió el rostro e instantáneamente se derrumbó.

"¡Lo siento! *Lo siento mucho.*"

Avery mostró su placa.

"¿Y usted sería?"

"Wilson Kyle. Soy el propietario de este establecimiento."

"Mi nombre es Avery Black. Homicidios. Departamento de policía de Boston. Tengo razones para creer que el Sr. Lang podría estar involucrado en dos posibles homicidios."

Alzó las cejas en señal de incredulidad.

"¿John Lang?" dijo. "¿Te refieres a él? ¿El hombre acobardado frente a usted? ¿Usted piensa que él podría ser responsable de asesinato?"

"Dos chicas de diferentes universidades," dijo ella escudriñando cada movimiento de John Lang, "posicionadas: una en el parque y otra en el cementerio."

"Leí sobre este caso," confirmó Kyle.

Una mano grande cayó sobre el hombro de John.

"¿John?" preguntó con tono sensible. "¿Sabes algo sobre esto?"

"¡No sé nada!" gimió John. "¿Acaso no he tenido suficiente?"

"¿Cómo exactamente es que usted lo ha relacionado a estos crímenes?"

"Las dos chicas ambas venían a clases aquí. Él tiene antecedentes. No tiene coartada para las noches de los secuestros y no me deja ver lo que hay en esa computadora," dijo ella.

"¿Tiene una orden de rastreo?"

"No, pero puedo obtener una."

Wilson Kyle descendió con su inmensa presencia y, con admirable paciencia y empatía, intentó que John le sostuviese la mirada.

"John," dijo, "está bien. La policía está tratando de resolver un crimen. ¿Qué hay en la computadora que no quieres que ella vea? Puedes ser honesto conmigo."

"¡Tenía que mirar!" sollozó.

"Está bien, John," dijo inclinándose hacia adelante para susurrarle, "No voy a juzgarte."

Le frotó la espalda a John, lo ayudó a ponerse de pie, y encendió la computadora.

"¿Contraseña?" preguntó.

John se frotó la nariz. Sacudió la cabeza y susurró algo suavemente, casi imperceptible, en respuesta.

Wilson Kyle escribió la contraseña.

"Ahí tiene, Oficial Black," dijo. "Busque y mire. Vamos, John," agregó él. "Vamos a esperar por aquí. Todo va a estar bien. Lo prometo. La oficial sólo quiere confirmar que no estás involucrado en un asesinato en masa. No eres un asesino, ¿verdad, muchacho? No, claro que no, John. Claro que no."

Avery se sentó en el escritorio.

Una rápida búsqueda en el historial no reveló nada. Sitios de arte. Ayuda para palabras de Scrabble, artistas y sus trabajos. Revisó cada día. El martes, temprano en la mañana, vio un montón de sitios pornográficos.

Ella levantó la vista.

John estaba sentado en una silla, con la cabeza baja, las manos en su rostro. Wilson Kyle estaba de pie detrás de él y miraba a Avery como un gran señor siendo forzado a mirar algo impensable, y ese hecho lo enojaba más y más.

De nuevo en la computadora, Avery hizo clic en algunos de los links. Aparecieron niños jóvenes, desnudos o semidesnudos. Las edades iban de los seis a los doce años. Completamente asqueada por lo que vio, Avery hizo clic en otros sitios para intentar formular algún argumento razonable sobre por qué debía ignorar lo que había encontrado. Teniendo en cuenta su proclividad hace los niños pequeños, le costaba imaginárselo como el asesino.

"¿Sabe usted dónde estaba él la noche del sábado?" preguntó ella.

"Sí," dijo Wilson. "John estaba en su casa viendo una película llamada *La Noche del Cazador*. Lo sé porque yo le recomendé esta película, y él me llamó luego de verla, creo que alrededor de las diez, para expresarme sus sentimientos. Yo estaba ocupado, pero estoy seguro que puede verificar esa llamada si revisa sus registros telefónicos."

"¿Puede comprobar sus propias acciones durante la semana pasada?" le preguntó a Wilson.

Wilson rio.

"¿Sabe usted quién soy yo, Oficial Black? No, por supuesto que no. No me malentienda. No soy famoso de ninguna manera, ni tengo buenas conexiones, pero tengo un gran interés en mi comunidad, y si no estoy con amigos, estoy usualmente alimentando a los pobres o en alguna subasta de caridad en algún lugar de la ciudad. Entonces, para responder su pregunta: Sí. *Puedo* comprobar mis acciones para todo el *mes*, pero me temo que necesitaré una orden antes de continuar con esto."

Estabas equivocada, pensó Avery. Este no es el asesino. Estas eran personas muy transparentes. John era un enfermo, y Wilson era un imbécil pomposo y santurrón. Pero no eran asesinos seriales. Eran demasiado débiles, ambos.

Lanzó un suspiro. Estaba perdiendo el tiempo allí.

Había estado en esta posición antes: sola, sin pistas, arriesgándose y evadiendo las normas de su profesión, pero esta vez se sentía personal. Esta vez, era un asesino serial. La última vez que Avery había lidiado con un asesino serial, lo había liberado y había matado de nuevo. Ahora era como si ese viejo caso hubiese renacido nuevamente con este nuevo asesino, como si pudiese detenerlo de alguna forma, así podría liberarse.

"Estaré en contacto," dijo Avery y encontró su camino de salida.

"Sra. Black," gritó Wilson.

"¿Sí?"

"Yo lidiaré con la pornografía que acaba de encontrar, no tenga dudas. Tengo curiosidad, de todas formas. ¿Sabe usted *por qué* John puede haber buscado esas imágenes? ¿Y sabe por qué abusó de esos niños hace tanto tiempo? Déjeme decírselo así puede obtener otra perspectiva, y tal vez no entrará en otra casa u oficina más tarde, mal preparada y llena de prejuicios e insinuaciones. Verás, John fue violado repetidamente por su madre y su madre cuando era niño."

John sollozaba suavemente entre sus manos.

Wilson se aferraba al hombro de John como un ángel protector.

"Asumo que usted no sabe lo que les sucede a los niños que son abusados, Sra. Black. Ellos aprenden que ese comportamiento es normal, y esperado. Y a medida que crecen, se sienten excitados por niños pequeños porque eso es para lo que fueron entrenados: para sentirse excitados. Es un ciclo enfermizo y atemorizante que es casi imposible de romper, pero John ha estado intentando con muchas fuerzas. Con muchas fuerzas de verdad. Este simple desliz," dijo señalando a la computadora, "no debiese borrar lo

mucho que él ha trabajado para reconstruir su pasado. Si supiese algo sobre la naturaleza humana, quizá entendería eso."

"Gracias por la lección," dijo Avery.

"Y una cosa más," agregó Wilson caminando hacia ella con el rostro rojo de ira contenida. "Usted no tenía ningún derecho a venir a este estudio e interrogar a *nadie* sin la debida autorización. En el momento que se vaya de aquí, llamaré a su comandante en jefe y a quien sea que debo contactar, y voy a recomendar su despido, o al menos su suspensión por su total desprecio por las leyes y la decencia humana."

* * *

Avery estaba muy confundida cuando salió del estudio.

Segura de que encontraría a su asesino unas horas antes, ahora estaba casi segura de que John Lang era un callejón sin salida, y que se enfrentaría a mucha furia si Wilson Kyle llegaba a llamar a la oficina.

Avergonzada por sus acciones, se subió al auto de un salto y comenzó a conducir.

Las palabras de Howard Randall hacían eco en su mente: *Tu asesino es un artista... no es alguien que elegiría chicas al azar desde la calle...*

Seguí tu guía, argumentó ella. Encontré una conexión.

Las últimas palabras de Randall se convirtieron en un susurro.

Tiene que encontrarlas en alguna parte.

¿Dónde?, se preguntó ella. ¿Dónde las encuentra? Tiene que haber otra conexión, algo que se me pasó.

Tiene que haber algo más, algo que me estoy perdiendo, otra conexión.

La oficina era su destino de hecho, pero algo le decía que las respuestas que obtuviera no vendrían de la oficina. Vendrían de las pistas. Decidió asistir a Jones en la vigilancia de las rutas saliendo de Cambridge. Thompson ya la había actualizado sobre Graves. La coartada del arrogante alumno de último año era sólida: tres amigos confirmaron su ubicación el sábado a la noche.

Paró para otra taza de café y algo para desayunar.

Su teléfono sonó.

"Black", dijo.

La voz del otro lado sonaba sombría e insatisfecha.

"Es Connolly."

La preocupación atravesó el cuerpo de Avery. ¿Habría llamado Wilson Kyle? ¿Habremos hecho algún progreso en el caso?

"¿Qué hay de nuevo?" dijo ella.

"Te estás divirtiendo a lo grande, ¿verdad?" susurró Connelly.

"¿Qué se supone que signifique eso?"

"Esto se está saliendo de control, Black. Nos vemos como un montón de idiotas. *El capitán está furioso*. Y yo también, yo *sabía* que serías pésima en este trabajo."

"¿De qué estás hablando?" preguntó ella. "¿Llamaste sólo para acosarme?"

"¿No lo sabes?" preguntó él.

Luego de un momento de silencio, Connelly habló otra vez.

"Acabo de recibir noticias de la policía de Belmont. Encontraron un cuerpo en el área de juegos para niños en el Parque Stony Brook. Suena como nuestro tipo."

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Avery estacionó su auto en el borde este del Parque Stony Brook y caminó hasta la calle Mill a la entrada.

El área de juegos para niños Stony Brook era un extenso parque acuático para niños, combinado con tres áreas de juegos separadas y un enorme fuerte de madera, todos anidados en un círculo de árboles detrás de un cerco cerca de una comunidad cerrada.

Una cantidad de coches patrulla de la policía de Belmont, junto con camionetas de noticias y reporteros y multitudes, rodeaban el área cerca de la puerta.

"*¡Allí está!*" gritó alguien.

Antes de que Avery tuviese tiempo de pensar, una cantidad de reporteros avanzaron hacia ella. En su vida anterior, cuando había sido despedida de su firma legal, Avery había asumido que las cámaras y las luces y los micrófonos eventualmente se desvanecerían.

Desafortunadamente, ese no había sido el caso. Siempre era ella el objeto de burlas en un periódico u otro en días lentos para las noticias.

Una pequeña reportera de melena corta negra le metió un micrófono en la cara.

"Sra. Black," dijo, "está en una relación con Howard Randall?"

"*¿Qué?*" exigió Avery.

Alguien más extendió un micrófono.

"Usted fue a visitarlo ayer. ¿De qué hablaron?"

"*¿De dónde sacan esa información?*" preguntó Avery.

Un periódico fue extendido frente a ella, y mientras Avery echaba un vistazo a la página principal y luego daba vuelta la página para leer el artículo dentro, las cámaras estaban filmando y todos esperaban una respuesta.

El titular leía "Dos chicas muertas y ninguna pista." La foto era del cementerio. Un subtítulo al final decía: "Una Policía y un Asesino: El Romance Florece." Avery se vio a sí misma sollozando dentro de su auto, justo afuera de las paredes de la prisión.

Los guardias, se dio cuenta. Tomaron fotografías.

El verdadero artículo estaba en la tercera página: "*¿Quién dirige el Departamento de Policía de Boston?*" Términos como "incompetente," "mal

manejo," y "negligencia" prácticamente saltaban de las páginas. Una línea: "¿Por qué permitiría el Departamento de Policía de Boston que una ex abogada con ética cuestionable manejase otro caso de un potencial asesino en serie?"

Sintiéndose con náuseas, Avery devolvió el periódico.

"¿Puede hacer algún comentario?" preguntó alguien.

Avery siguió empujando en silencio.

"¿¡Oficial Black!?" ¿¡Oficial Black!?"

Una mujer que no pesaría más de cuarenta kilos se abrió camino hasta Avery y le dio un puñetazo en el pecho.

"¡Maldito pedazo de mierda!" gimió. "¿Mis impuestos pagan por *ti*? ¡De ninguna manera! Voy a hacer que te despidan, maldita asesina hija de perra."

La multitud se movilizó al lugar.

"¿*Por qué estás en este caso?*" gritó alguien más.

"¡No dejen que se acerque a los niños!"

En la puerta, Avery mostró su placa y un oficial le empujó hacia adentro.

"¿Quién está a cargo aquí?" dijo ella.

"Por aquí," señaló el policía. "Talbot Diggins. Teniente Diggins."

Normalmente, el abuso era fácil de ignorar para Avery, pero hoy, luego de su lamentable interrogatorio a John Lang y otro cuerpo, y ninguna pista, y le periódico, y todo lo demás, le llevaba toda su energía tan sólo estar de pie y caminar hacia adelante.

Incluso separada de la horda fuera del portón, podía oír a la gente expresando su indignación mientras los reporteros metían cámaras entre las barras.

Los policías en la zona se dieron vuelta y observaron a Avery pasar. Algunos murmuraron en voz baja. Otros sólo la veían con desdén.

¿Cuándo terminará todo? se preguntó.

Talbot Diggins era un hombre negro extremadamente grande con la cabeza afeitada. Tenía puestas gafas de sol y sudaba profusamente en el calor de la mañana. Estaba vestido con un elegante traje gris y una camiseta debajo, y los únicos elementos que delataban que era un policía eran la placa alrededor del cuello y un arma asomándose desde la parte trasera de su chaqueta.

Se percató de su presencia y señaló.

"¿Eres Black?" dijo.

"Sí."

"Sígueme."

El parque en sí fue ignorado. Detrás de la ancha piscina que normalmente salpicaba agua en incontables direcciones, pasaron un área de juegos para niños pequeños y se dirigieron directamente hacia un castillo de madera, completado con puentes, una fosa, y una ciudad de madera.

Dentro de la estructura de madera brillaban luces del flash de un fotógrafo policial.

"Un niño la encontró esta mañana," dijo Talbot. "Una niña de diez años. Dijo que estaba intentando jugar con ella, pero el cuerpo no se movía. Entonces la tocó. Fría como el hielo."

La estructura de madera tenía una apertura hacia el frente que cumplía la función de entrada al castillo.

Una muchacha muerta estaba sentada en la entrada, posicionada como si sencillamente se hubiese tomado un descanso del juego. Tenía dieciocho o diecinueve, estimó Avery. Cabello rubio. Vestida con una blusa y falda ajustadas. Una expresión juguetona y graciosa decoraba su rostro. Las manos estaban alzadas y habían sido atadas a una barra sobre su cabeza con fibras muy delgadas, como hilo de pescar. Los ojos, como los otros que había visto Avery, parecían drogados y torturados.

"¿Sabe quién es ella?" preguntó Avery.

"Aún no."

Luego de un vistazo rápido Avery comprobó que la víctima tenía puesta toda su ropa interior. ¿Tal vez la última chica fue una casualidad? se preguntó.

Como las otras chicas, esta parecía estar mirando algo. Avery siguió la línea de la vista hasta el área de juegos de niños. Inmediatamente se dio cuenta de qué se suponía que estuviese mirando la víctima: un mural pintado de niños que decoraba uno de los bordes de plástico. Los niños eran niños y niñas, multiculturales, y había muchos, todos agarrados de las manos.

Talbot la observó sospechosamente.

"¿Es verdad?" preguntó.

"¿Si es verdad qué?"

"Tú y Randall. Los periódicos dicen que están juntos. ¿Es verdad?"

"Eso es repugnante," dijo ella.

"Tal vez," sugirió él. "¿Pero es *verdad*?"

"No es asunto tuyo," dijo ella.

"Demonios, estás arruinando mi día, ¿lo sabes? Primero tuve que lidiar con un desastre sobre un asesino serial porque tú no sabes hacer tu trabajo, y ahora no eres capaz de responder una simple pregunta. Vamos, tenemos una apuesta en la oficina sobre esto."

"No tienes que preocuparte por esto," dijo Avery. "Mi departamento—"

"*No, no, no*," se quejó él, "eso no va a suceder. Esta es *mi* escena del crimen, ¿entiendes? Llamé a tu departamento por cortesía. *No puedo darte esto*," declaró señalando al cuerpo. "Llevas dos chicas muertas en menos de una semana. Ahora tenemos una tercera en Belmont. ¿Sabes lo que quiere decir eso? Trabajo en equipo."

"No necesitamos—"

"Oh, *sí* que lo necesitamos," dijo con los ojos puestos en blanco.

"Sinceramente. ¿Cuán cerca estás de resolver este caso?"

"Tenemos muchas pistas sólidas que—"

"*¡Bip! ¡Respuesta incorrecta!*" gritó como una alarma fingiendo ser un robot. "No puedo creer eso," indicó calmadamente. "Mírate. Te ves tan trastornada como dicen los periódicos. Y ni siquiera le das una pista a otro policía sobre tu vida personal. ¿De qué se trata todo *eso*? ¿Así que sabes qué? Somos compañeros de equipo ahora, y en Belmont resolvemos los casos rápidamente."

"¿Ah *sí*?" dijo Avery. "¿Cuántos cuerpos como este has visto?"

"Pssss," dijo él.

"No, de verdad."

"*Eso no importa.*"

"Te diré lo que importa," dijo ella. "He estado en este caso por menos de una semana y ya tengo una idea general de dónde vive el asesino. Conozco su estatura y una descripción de su cuerpo. Sé que tiene debilidad por los animales y que auto conduce, y por la apariencia de este tercer cuerpo" dijo apuntando a la muchacha muerta, "sé que aún no ha terminado. Tres solía ser su número de la suerte. Ahora eso ha cambiado. Sé muchas otras cosas," dijo bruscamente. "¿Pero sabes qué? Tienes razón. Esta es tu jurisdicción. *Resuélvelo tú solo.*"

Se dio vuelta para salir caminando.

"Oye, oye, oye," aulló Talbot. "¡Un momento, leona!"

Talbot tenía una actitud completamente diferente cuando Avery se volvió. Sus brazos estaban abiertos y mostraba una despampanante sonrisa con grandes dientes.

"Y yo pensando que estaba lidiando con una gatita, pero lo que tengo aquí es una leona blanca."

Se puso al lado de Avery, quien medía unos 3 centímetros menos y era más pequeña en todo sentido.

"No puedo interponerme entre una detective principal y un posible asesino serial en un caso tan importante como este," dijo. "Esta porquería está en todas las noticias. *Tengo* que ayudarte, me guste o no. Tómate tu tiempo," dijo sacudiendo los brazos. "Todo encaja."

"Pero acabas de decir que—"

"*A nadie le caes bien,*" enfatizó con seriedad. "Mi gente no puede pensar que somos amigos. Ya es suficientemente difícil ser negro aquí. ¿Qué te parece esto? Haré que mi gente se ocupe de esta escena del crimen. Llevaremos el cuerpo a nuestro forense, intentaremos averiguar de quien se trata, y haremos que el equipo forense examine el área. ¿Cuál es tu número? Susúrramelo al oído. Susurra..."

Avery susurró su número y Talbot hizo una cara fea, como si estuviese tomando los dígitos de su supervisora así podía ser regañada.

"Acabo de llamarte," dijo. "Ahí está... ahora tú también tienes mi número. Cuando tenga noticias de todos los de mi equipo. Te enviaré un informe detallado. ¿No estás satisfecha? Habla con tu capitán y dile que llame a *mi* capitán, pero puedo decirte lo siguiente: esta mierda sucedió en *mi* ciudad esta vez, y eso significa que la policía de Belmont estará involucrada. ¿Quieres ayudarme? ¿Compartir lo que tienes?"

"Claro," dijo ella, "podemos hacer eso. También quiero que mi equipo vea el cuerpo y consultar a tu forense."

"No hay problema."

"Y quiero acceso total a esta escena del crimen."

"Hecho. ¿Estamos de acuerdo?"

"Sí," dijo ella frunciendo el entrecejo, "Eso creo."

"*¡Me importa una mierda lo que pienses!*" Talbot gritó y caminó hacia atrás para que todo el mundo pudiese escuchar. "*¡Así son las cosas, Black!*"

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Talbot se alejó enseguida de terminar de gritarle, para consultar a su equipo. La mayoría de los policías de Belmont le echaban miradas hostiles a Avery, o sacudían la cabeza. Se escuchó a uno de ellos decir, "¿Por qué demonios tenemos que compartir? Esto es un crimen en Belmont."

Avery se tomó su tiempo para recorrer la zona.

Observó el cuerpo desde diferentes perspectivas. Todos la ignoraban, pero cada tanto podía oír a madres gritando desde fuera de los portones, o reporteros gritando preguntas.

Una sensación del asesino había comenzado a habitar en Avery. Todo había comenzado en Lederman Park, y luego en el cementerio, una sensación de que de alguna manera lograba entenderlo. Había elegido lugares tranquilos, lugares respetuosos para los muertos. Este era diferente. Aunque la chica estaba colocada en un parque entre árboles y plantas, era un parque de niños, el cual tiene una energía más agitada que un cementerio o un banco cerca del río.

¿Por qué aquí? se preguntó.

La imagen de la chica, también, era diferente: estaba mirando hacia varios niños, de diferente género y color.

Algo sucedió, pensó.

¿Qué cambió?

El informe de los forenses le diría si había diferencias dentro del cuerpo o en la escena del crimen, pero incluso si no encontrasen nada, Avery estaba segura de sus instintos. Luego de años trabajando en casos con asesinos, y *antes* de los asesinos, en casos que involucraban personas sórdidas en general como abogada, se había convertido en una experta en las pequeñas diferencias entre las personas, y en las escenas del crimen.

Sola, sin nuevas puestas, en una pésima mañana y con manifestantes, padres, y la policía de Belmont mirándola como si fuese un invitado no deseado, Avery bajó la cabeza y volvió al auto.

Su llegada a la oficina A1 era el final perfecto para un día horrible. En el momento que las puertas del elevador se abrieron y Avery quedó al descubierto, la oficina entera se quedó en silencio. Muecas de desprecio en sus rostros. Jones sacudió la cabeza y miró hacia otro lado y Thompson la dio la espalda. La falta de chistes y risas sólo lo hizo peor.

Finley estaba en su escritorio. Apenas más solidario que el resto de su departamento, le ofreció una mirada de lástima y bajó la cabeza.

El periódico de la mañana, con su escandaloso artículo sobre la visita a Howard Randall, estaba en una cantidad de escritorios, y algunas pantallas de computadoras mostraban una fotografía similar de Avery, llorando en su auto fuera de la prisión.

"Black," llamó alguien, "ven aquí."

O'Malley hizo señas desde su oficina.

Connelly se puso de pie.

"No. No," señaló O'Malley. "Tú no. Sólo Black."

"Este es mi caso," argumentó Connelly.

"Si quieres que lo siga siendo, te sientas y te callas."

Connelly se quedó de pie, desafiante, y sacó pecho.

"¿Estoy en problemas?" preguntó Avery.

"Entra." O'Malley le hizo señas y cerró la puerta detrás de sí. "¿Qué te hace pensar que estás en problemas, Black? Tú dímelo."

"No lo sé", dijo. "Fui a ver a Howard Randall para buscar pistas. Me dio una, bueno, no una muy buena, pero era una conexión entre las chicas. Él sabía algo."

Un profundo suspiro salió de O'Malley.

"¿Que podría Howard Randall saber sobre tu caso?" dijo él. "El tipo está en la cárcel. Todo lo que sabe es lo que lee en los periódicos."

"Tiene la mente de un asesino," insistió Avery. "Él *piensa* como nuestro tipo."

O'Malley frunció el ceño.

"Detente," dijo, "por favor, detente. Escúchame, Avery. Me caes bien. Te vi hacer cosas increíbles en la patrulla: valiente, dedicada, honesta, y lo más importante, inteligente. Otras personas también lo vieron. Puede que te hagan la vida imposible, pero eso es porque están envidiosos y asustados. La gente teme lo que no comprende, y estoy empezando a sentir ese miedo."

"Capitán, que es lo que quiere—"

Una mano la detuvo.

"Por favor," dijo, muy calmado, casi destrozado, "déjame terminar. Este caso, es uno grande. Más grande de lo que creía. Tenemos cuerpos desparramados por tres condados hasta el momento, tres muchachas muertas, ninguna pista, y mucha gente enojada. Eres un animal, Avery. Lo

veo. Lo veo incluso ahora. Estás *consumida* por este caso. Realmente quieres encontrar a este tipo, tanto que has cometido algunos errores de principiante muy estúpidos."

Levantó un dedo.

"Uno," dijo, "acosaste a un civil esta mañana en Cambridge."

"Tenía motivos para creer que—"

"No me importa lo que creíste," gritó. "Intimidaste a un hombre en una tienda de arte, un hombre con muy buenas conexiones, dicho sea de paso, un hombre que ya ha pasado por cientos de situaciones muy difícil debido a su pasado. El tipo tuvo una crisis nerviosa luego de que te fuiste. Intentó suicidarse en el baño. Su jefe tuvo que tirar la puerta abajo. Llamaron a la ambulancia. Luego me llamó a mí, y llamó al jefe, y llamó al alcalde. ¿Y sabes qué dijo? Dijo que permitimos que una psicópata manejase este caso. Por suerte, no ha presentado cargos, todavía."

"¿Suicidio?"

Avery bajó la cabeza. La penetrante mirada de Wilson Kyle le vino a la mente, y recordó su apasionado discurso sobre la historia de Lang.

"Eso fue un error," dijo. "No fue mi intención."

"Dos," dijo O'Malley, levantando dos dedos. "Apareciste en los diarios. Sé que eso no fue tu culpa. Andas como si fueses la única persona en el universo la mitad del tiempo. Me hace preguntarme cómo es posible que veas algo, pero lo ves. Lo que *no* viste fue el montón de basuras paparazzi haciéndose un festín a tus expensas. A la fotografía del parque puedo tolerarla. Lo que no puedo tolerar es la fotografía de la prisión. Fuiste a visitar al asesino serial más famoso de la historia de Boston, un hombre al que *tú* dejaste libre, un hombre que luego volvió a matar en *tu* nombre, ¿y no se te ocurrió preguntar? ¿O tener cuidado de las cámaras? ¿O al menos darme una advertencia así podía decirte que estás loca?"

"Necesitaba la perspectiva."

"En ese caso me llamas, o a Connelly, o a cualquiera que esté conectado al caso. No vas a una prisión federal a reavivar una vieja llama. Es decir, por Dios. ¿Acaso lees los periódicos? Lo hicieron ver como que todo el departamento es un montón de idiotas, y que las únicas pistas que podíamos conseguir eran por una antigua llama. Es malo, Avery, realmente malo."

"Capitán, estoy—"

"Tres," dijo, levantando tres dedos, "tienes disidentes en tus filas. Thompson y Jones se están quejando sobre el trabajo de vigilancia."

"¡Desperdiciaron un día entero ayer!"

O'Malley levantó la mano.

"Connelly ni siquiera quiere hablar contigo—"

"¡Eso no es culpa mía!"

"No sé qué le hiciste a Finley," dijo, sorprendido, "pero de hecho ha estado trabajando muy duro y está realmente preocupado por todo esto."

De pronto, Avery comenzó a darse cuenta hacia dónde iba la conversación.

"¿Preocupado por todo *qué*?" dijo ella.

"Quizás te promoví demasiado pronto," O'Malley murmuró para sí.

"Capitán, espere."

Él sacudió la cabeza e hizo una mueca.

"No más, Avery, por favor. No más. ¿De acuerdo? Tengo al jefe molestándome. El alcalde está furioso. Tengo quejas entrando vaya uno a saber de quién, y todas son sobre ti. Pero lo peor de todo, de verdad," dijo con verdadero dolor en los ojos. "Lo peor de todo, es que esto no se trata de ti, ni nada de toda esta mierda insignificante. Tenemos tres chicas muertas en menos de una semana. Tres muertas, Avery. Y ninguna pista. Y un rastro muerto. ¿Estoy en lo cierto?"

Avery revivió la imagen del giro y reverencia del asesino frente a la cámara del estacionamiento.

"Voy a encontrarlo," dijo, "Lo juro."

"No mientras yo esté a cargo," contestó O'Malley. "Estás fuera del caso. Efectivo inmediatamente. Connelly se va a hacer cargo."

"Capitán—"

"Ni una palabra, Black. Ni una palabra porque ahora estoy tranquilo, ¿sí? Estoy tranquilo porque esto también me afecta, pero si me presionas me voy a enojar muchísimo por toda la presión que tengo sobre mí en este caso. Estás fuera. Quiero toda tu investigación en el escritorio de Connelly en la próxima hora. Cualquier información sobre la última escena del crimen en Belmont. ¿Cómo vamos con eso? ¿Dónde está el cuerpo? No, no quiero que me lo digas ahora. Lo quiero todo por escrito, junto con cualquier pista que estés siguiendo, cualquier cosa. No dejes nada afuera. ¿Entendido? Entonces puedes irte. Tómate el resto del día libre. Vuelve el lunes y hablaremos de lo que pasará a continuación. Necesito el fin de semana para pensarlo."

"Estoy fuera del caso," dijo ella.

"Estás fuera."

"¿Para siempre?"

"Para siempre." Él asintió.

"¿Estoy en homicidios todavía?"

O'Malley no contestaba.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VEINTICINCO

Avery no tenía adónde ir. Su lugar favorito, el campo de tiro, era para policías, y ella ya no se sentía como una policía. Su casa estaba oscura y vacía, y sabía que si se iba a casa, simplemente se metería en la cama y se quedaría allí por días.

Un bar local, justo a la vuelta de la esquina de su casa, estaba abierto. Empezó la mañana bien.

"Escocés," dijo, "del bueno."

"Tenemos muchos buenos," respondió el cantinero.

Avery no lo reconoció. Sólo había ido al bar durante la noche. Ya no, pensó con descuido imprudente. Soy una bebedora *diurna* ahora.

"¡Lagavulin!" exigió golpeando la barra.

Sólo había un par de otras personas en el bar a esa hora, todos locales, dos viejos que parecía que bebían como profesión.

"¡Otro!" gritó Avery.

Luego de cuatro tragos, estaba muy borracha.

Extrañamente, la sensación le recordó su pasado. Luego de que Howard Randall mató otra vez después de ser liberado gracias a la genial defensa de Avery, ella se fue de juerga por unas cuantas semanas. Todo lo que recordaba de ese tiempo era noches solitarias en su habitación oscura, y resacas, y la constante cobertura de los medios que parecía estar en un bucle.

Se miró a sí misma, su mano y su ropa y las personas en el bar.

Mira cuán bajo has caído, pensó. Ni siquiera eres policía ahora.

Nada.

El rostro de su padre riendo le vino a la mente: "Te crees tan especial," le había dicho una vez, con un arma apuntada en su sien. "No eres especial. Yo te *hice*, y yo puedo *llevarte*."

Avery se tambaleó hasta su casa.

Imágenes del asesino mezcladas con recorridas de vehículos y su padre y Howard Randall, y lo último que recordó antes de desmayarse fueron sus propios sollozos.

* * *

Avery pasó el resto del día en la cama, con las cortinas cerradas. Cada tanto durante la tarde y la noche, se levantaba a hidratarse o tomarse una cerveza o atiborrarse con sobras del refrigerador antes de regresar a su cuarto y colapsar.

A las diez de la mañana del sábado, el teléfono sonó.

El identificador de llamadas decía Rose.

Avery levantó el teléfono, aturdida y consumida por el sueño.

"Hola."

La voz del otro lado era dura e implacable.

"Suenas dormida. ¿Te desperté?"

"No, no," dijo Avery y se sentó para secarse la saliva del mentón. "Estoy levantada."

"Nunca respondiste mi correo electrónico."

"¿Cuál correo electrónico?"

"Respondí tu correo electrónico. Te dije que sí quería almorzar juntas. ¿Todavía sigue en pie?"

A Avery le llevó un segundo entender lo que quería decir, pero recordaba haberle escrito un correo electrónico a Rose en la cúspide de su propia excitación, cuando pensaba que estaba a punto de atrapar a un asesino. Ahora, con resaca, una paria en el trabajo, y ni siquiera segura de su propio puesto de trabajo, era reacia a vestir su miseria en ropas y maquillaje e intentar actuar como una madre amorosa frente a su hija distanciada.

"Sí," dijo ella. "Por supuesto. No puedo esperar para verte."

"¿Estás segura? Suenas horrible."

"Sólo estoy, estoy bien, cariño. A mediodía. ¿Cierto?"

"Nos vemos entonces."

La línea quedó muerta.

Rose, pensó Avery con un suspiro.

Eran extrañas. Avery nunca lo había admitido ante nadie, pero amamantar a Rose e intentar ser madre había sido una pesadilla. En el momento, la *idea* de la maternidad había sido hermosa: una nueva vida, la maravilla del parto, la posibilidad de que Rose pudiese salvar su relación con Jack. En la *práctica*, sin embargo, había descubierto que era muy agotador, ingrato, y otra razón para pelear con Jack. Ante cualquier oportunidad que tenía, Avery contrataba a una niñera, o dejaba a Rose en la guardería, o se la entregaba a su ex esposo. El trabajo era su único refugio.

Fui tan mala madre, pensó.

No, intentó recordarse. No fue todo *tan* malo.

Ella realmente *amaba* a Rose.

Tenía muchos recuerdos fantásticos. A veces se reían y disfrazaban juntas. Avery incluso le enseñó a usar zapatos de tacón. Había abrazos y lágrimas y películas tarde a la noche y helado.

Todo eso parecía tan lejano ahora.

Había estado separadas por años.

Luego de Howard Randall, Jack pidió la custodia y la obtuvo. Él dijo que Avery no era una madre apta, y citó numerosos incidentes, incluyendo fotografías de cuando Rose comenzó a cortarse, y textos y correos electrónicos a su madre que nunca fueron respondidos.

¿Cuándo fue la última vez que la vi? se preguntó Avery.

En Navidad, pensó. No, hace unos meses. La cruzaste en la calle. No la habías visto en tanto tiempo que prácticamente no pudiste reconocerla.

Ahora, Avery quería ser una madre, una *verdadera* madre. Quería ser la persona a quien Rose llamase para pedir consejo y pasar la noche juntas y darse atracones de helado.

El dolor seguía interponiéndose en el camino de Avery, el interminable dolor en su corazón y es su estómago por lo que había hecho en el pasado, y lo que todavía tenía que reparar como detective. Era algo que la consumía, un monstruo gigante y oscuro que exigía ser alimentado.

No hay justicia.

Avery se repuso.

De vaqueros, camiseta, y blazer marrón, se miró en el espejo.

Demasiado maquillaje, pensó. Te ves cansada. Deprimida. Con resaca.

Una brillante sonrisa no pudo ocultar su agitación interna.

"A la mierda," dijo.

La Casa de Jake en la Avenida Harrison era un comedor oscuro y cavernoso con cabinas marrones y muchos sitios donde la gente pedía disfrutar de una buena comida y permanecer en el anonimato. En varias ocasiones, Avery había visto estrellas de cine y celebridades. Rose había elegido el lugar por primera vez durante la disputa por la custodia, y aunque Avery estaba segura de que era por Rose no quería ser vista con su propia madre, se había convertido en el hilo que las mantenía unidas, y el único lugar en el que se habían visto luego de meses separadas.

Rose había llegado temprano, y estaba ya sentada en una cabina, lejos de los otros clientes.

De muchas formas, era un clon de Avery cuando era joven: ojos azules, cabello castaño claro, rasgos de modelo, y excelente gusto en ropa. Tenía puesta una blusa de manga corta que dejaba al descubierto sus tonificados brazos. Un pequeño aro de diamantes había sido colocado cerca de su nariz izquierda. Con una postura perfecta y una mirada defensiva, esbozó una perfecta sonrisa superficial antes de que sus rasgos se volvieran nuevamente inexpresivos e ilegibles.

"Hola," dijo Avery.

"Hola," fue la respuesta cortante.

Avery se inclinó para darle un incómodo abrazo que no fue devuelto.

"Me gusta el aro de la nariz," dijo.

"Pensé que odiabas los aros en la nariz."

"Te queda bien."

"Me sorprendió tu correo electrónico," dijo Rose. "No me contactas muy seguido."

"Eso no es cierto."

"Retiro eso," pensó Rose. "Sólo me contactas cuando las cosas van muy bien, pero por lo que leo en los periódicos, y por lo que puedo observar por mí misma," dijo con los ojos entrecerrados, "ese no es el caso."

"Muchas gracias."

Para Avery, que sólo veía a su hija ocasionalmente cada año, Rose parecía mucho mayor y más madura de lo que sus dieciséis años indicarán. Admisión temprana a la universidad. Beca total para Brandeis. Incluso trabajaba como niñera para una familia cerca de su casa.

"¿Cómo está papá?" preguntó Avery.

El camarero vino y las interrumpió.

"Hola," dijo. "Mi nombre es Pete. Soy nuevo aquí así que ténganme paciencia. ¿Puedo traerles algo para beber?"

"Sólo agua," dijo Rose.

"Para mí también."

"De acuerdo, aquí están sus menús. Volveré en un minuto para tomar su orden."

"Gracias," dijo Avery.

"¿Por qué siempre preguntas por papá?" dijo Rose bruscamente cuando quedaron solas.

"Por curiosidad."

"Si tienes tanta curiosidad, ¿por qué no lo llamas tú misma?"

"Rose—"

"Perdón," dijo ella. "No sé por qué dije eso. ¿Sabes qué? Ni siquiera sé por qué estoy *aquí*," se lamentó. "Para ser sincera, mamá, no sé por qué *tú* *quieres* que o esté aquí."

"¿Qué se supone que signifique eso?"

"Estoy yendo a un terapeuta," dijo Rose.

"¿De verdad? Eso es genial."

"Ella dice que tengo *muchos* problemas con mi madre."

"¿Cómo cuáles?"

"Como que nos dejaste."

"Rose, yo nunca—"

"Espera," insistió Rose, "por favor. Déjame terminar. Luego puedes hablar tú, ¿de acuerdo? Te fuiste. Le diste la custodia a papá y desapareciste. ¿Tienes idea de cómo me destruyó eso?"

"Tengo *una* idea—"

"No, no la tienes. Yo era muy popular antes de que pasara todo eso. Luego, prácticamente de la noche a la mañana, soy la chica de la que todos tienen que alejarse. La gente se reía de mí. Me llamaban asesina porque mi mamá dejó libre a un asesino. Y ciertamente no podía hablar *contigo*, mi propia madre. Te necesitaba en ese momento. Realmente te necesitaba, pero tú prácticamente me abandonaste inmediatamente. Te negaste a hablarme, te negaste a hablar sobre el caso. ¿Te das cuenta de que todo lo que sabía sobre ti desde entonces lo aprendí de los periódicos?"

"Rose—"

"Y por supuesto, no había dinero," Rose se rio e hizo un gesto con la mano. "Estábamos en bancarrota luego de que perdiste tu trabajo. Nunca pensaste en eso, ¿verdad? Pasaste de abogada estrella a policía. Bien hecho, mamá."

"*Tuve* que hacerlo," respondió Avery bruscamente.

"No teníamos *nada*," insistió Rose. "No puedes simplemente comenzar una nueva carrera en el medio de tu vida. Tuvimos que mudarnos. ¿Pensaste en eso alguna vez? ¿En cómo nos *afectaría* a nosotros?"

Avery se recostó.

"¿Es por eso que viniste? ¿Para gritarme?"

"¿Por qué querías *tú* venir aquí, mamá?"

"Quería que nos reencontrásemos, ver como estabas, intentar hablar y resolver las cosas."

"Bueno, nada de eso va a suceder a menos que superemos *esto* primero, y yo no lo he superado. Simplemente no lo he hecho."

Rose sacudió la cabeza y miró hacia el techo.

"¿Sabes qué? Durante años pensé que eras una estrella. Con tu personalidad increíble, gran trabajo, vivíamos en una casa genial, y era como, vaya, mi mamá es increíble. Pero luego todo se derrumbó, y todo desapareció, la casa, el trabajo y *tú*, sobre todo *tú*."

"Toda mi vida colapsó," dijo Avery. "Estaba destrozada."

"Yo era tu hija," se quejó Rose. "Yo también estuve ahí. Me ignoraste."

"Estoy aquí ahora," juró Avery, "Estoy aquí ahora mismo."

El camarero regresó.

"¡Muy bien, señoritas! ¿Ya saben lo que quieren?"

Al unísono, Avery y Rose gritaron: "*¡Todavía no!*"

"Vaya, *de acuerdo*. Sólo háganme señas cuando estén listas."

Nadie contestó.

El camarero se caminó hacia atrás y se fue.

Rose se frotó la cara.

"Es demasiado pronto," dijo. "Lo siento, mamá. Pero es demasiado pronto. ¿Me preguntaste por qué quise venir? Porque pensé que estaba lista. No lo estoy."

Se acercó al borde de su silla y se puso de pie.

"Rose, por favor. Siéntate. Acabamos de llegar. Te extraño. Quiero que hablemos."

"Esto no se trata de ti, mamá. Nunca se trató *solamente de ti*. ¿No lo entiendes?"

"Dame otra oportunidad," dijo Avery. "Empecemos de nuevo."

Rose sacudió la cabeza.

"No estoy lista todavía. Lo siento. Pensé que estaba, pero no."

Se alejó.

"¡Rose! ¡Rose!?"

CAPÍTULO VEINTESÉIS

Por un largo rato, Avery se quedó en la cabina del comedor, sola. Ordenó huevos y tostadas, una ensalada pequeña, y una taza de café y sólo se quedó allí, repasando todo lo que había sido dicho.

Mi hija me detesta, se dio cuenta.

Más deprimida de lo que había estado en años, quería meterse a un agujero y morir allí. En lugar de eso, pagó la cuenta y se marchó.

La luz del sol la hizo esconder la cabeza.

¿Por qué no podía ser un día *lluvioso*? se preguntó.

La gente en la calle parecía estar corriendo. Los autos pasaban a su lado zumbando. Ella permanecía de pie sola entre la actividad como un espíritu, no muerta todavía, pero tampoco verdaderamente viva.

Esto es lo que quiere el asesino, pensó. Se metió en tu cabeza. Se está riendo de ti. Igual que Howard. *Igual que Howard*.

Avery regresó a su coche y condujo.

Sin ningún pensamiento consciente sobre el destino, se encontró a su misma yendo al sur, hacia la prisión. Los cuerpos de las tres chicas le seguían apareciendo en la mente, y el asesino y el auto y las rutas y una casa, una casa donde se imaginaba que él vivía: pequeña, escondida tras los árboles con un césped descuidado, porque tenía cosas mejores que hacer que cortar el césped. Sus sospechosos fueron descartados, cada uno de ellos.

Necesitaba empezar de cero. Una nueva perspectiva.

El estacionamiento de la prisión estaba tal y como lo recordaba. La caminata hacia el interior fue la misma. Los guardias susurraban a sus espaldas y señalaban. La mujer detrás de las puertas la regañó por no tener cita.

"Él dijo que *sabía* que regresarías," rio un guardia. "¿Qué estás, enamorada ahora? Supongo que *debería* creer todo lo que leo en los periódicos."

No había razón real para regresar. Realmente no creía que él fuese a ayudarla, ni que pudiese hacerlo, no luego del desastroso desenlace en Arte para la Vida. Sólo le gustaba jugar juegos, comprendió ella. Pero Avery estaba de humor para juegos. No tenía nada más que ocultar, ningún lugar adonde ir, y por alguna extraña razón, en ese momento en el tiempo,

Howard Randall parecía ser el único amigo *verdadero* que tenía en el mundo.

Howard estaba sentado en la sala de reuniones del sótano igual que la vez anterior, sólo que esta vez la sonrisa se había ido, parecía preocupado.

"No te ves como siempre, Avery. ¿Estás bien?"

Avery se rio.

Si tuviese un cigarrillo, lo habría sacado y comenzado a fumar. No fumaba desde que era joven, pero así se sentía: descuidada, intocable.

Tomó asiento y colocó sus codos en la mesa.

"Tu último consejo fue una porquería," dijo ella. "¿Artista? ¿Te referías a John Lang?"

"No sé de quién hablas."

"¡*Mentiras!*"

Ella sonrió agresivamente.

"Me engañaste," dijo. "Buena jugada. ¿Todo eso fue para que pudiésemos hacer un viaje por los recuerdos así podías estallar en lágrimas?"

"No me produce placer tu dolor," dijo, con total seriedad.

"¡*Vete al carajo!*" gritó ella. "Estás jugando conmigo ahora mismo. Me dijiste que él era un artista. Prácticamente me lo serviste en bandeja."

"Tu asesino es un artista," dijo él. "Un *verdadero* artista."

"¿Qué se supone que signifique *eso*?"

"Se enorgullece mucho de su trabajo. No es un asesino al azar. No es un carnicero. Hay un *propósito* en su causa. Estas chicas *significan* algo para él. Las conoce, personalmente, y a cambio por sus vidas les da la inmortalidad, en el arte."

"¿Cómo es posible que sepas eso?"

Howard se inclinó hacia adelante.

"Nunca me preguntaste cómo elegí a *mis* víctimas," contestó él, "o *por qué* estaban colocadas de esas formas."

Como abogada defensora de Howard, Avery había cubierto cada posible camino para lograr liberarlo. Uno de esos caminos tenía que ver con comprender la mente del asesino y por qué había cometido tan horribles crímenes, para poder de esa forma distanciar efectivamente a Howard de los asesinos basándose en su propia historia personal.

"Era una declaración sobre la gente que actúa muerta en la vida real," dijo ella. "Elegiste a tus mejores estudiantes y las acusaste de algún crimen

de lesa humanidad, y luego las desmembraste y colocaste sus partes en el suelo para simular personas intentando escaparse del inframundo."

"No," dijo Howard con brusquedad.

Se recostó.

"¿Qué es la vida?" preguntó con urgencia. "¿Qué *significa*? ¿Por qué estamos *aquí*?"

"¿Cómo es eso relevante?"

"¡*Es todo!*" gritó y golpeó la mesa.

Un guardia espiaba a través del agujero de inspección.

"¿Todo bien?"

"Sí, Thomas," dijo Howard, "Sólo me estoy *entusiasmando*."

El guardia se fue.

"La vida es corta," intentó explicar Howard, "y es cíclica. Vivimos y morimos una y otra vez en un constante ciclo en esta atmósfera. *Cómo* vivimos, en *esta* vida, afecta todas las otras veces que renacemos, la propia energía de nosotros mismos y nuestro mundo. Mis víctimas fueron elegidas porque tenías defectos, ciertos defectos que nunca habrían sido corregidos en *esta* vida. Por eso tuve que ayudarlas, para que pudieran triunfar en la *próxima* vida."

"¿Así es como justificas tus acciones?"

"Este mundo es lo que hacemos con él, Avery. Todo lo que deseemos puede ser nuestro. Mis acciones están basadas en mis creencias. ¿Cómo justificas *tus* acciones?"

"Estoy tratando de reparar lo que hice en el pasado, y lo hago todos los días."

Suspiró y sacudió la cabeza y parecía estar a punto de sonrojarse, como un hombre que finalmente, de repente, había encontrado a la mujer de sus sueños.

"Eres tan especial," dijo efusivamente, "tan especial. Lo supe en el momento en que te vi. Fuerte e inteligente y divertida y, sin embargo, con defectos, destruida por tu pasado. Puedo ayudarte a arreglar eso, Avery. Déjame ayudarte. Aún hay tiempo. ¿No quieres ser feliz, libre?"

Quiero a mi hija de vuelta, pensó.

"Quiero encontrar a un asesino," dijo en voz alta.

Howard se inclinó hacia adelante, aguzado como un halcón.

"¿Cómo te sentiste cuando tu padre asesinó a tu madre?"

Avery se tensó.

¿Cómo sabe eso? se preguntó. Estaba todo en los periódicos, se dijo a sí misma. Es de público conocimiento. Cualquiera puede encontrar esa información.

"¿Quieres escarbar mi pasado de nuevo?" dijo ella, "¿Hacerme llorar? Hoy no. Ya estoy en el fondo. No puedo ir más bajo."

"Perfecto," dijo él. "Ahora puedes *levantarte*."

El día de la muerte de su madre estaba claro en la mente de Avery.

Sucedió detrás de su casa, después de la escuela. Volvió a casa y escuchó el disparo. Solo tenía diez años en ese momento. Un disparo, silencio, y luego otro. Una carrera hacia el bosque y vio a su padre allí, de pie junto a su cuerpo, la escopeta en su mano. "Ve a traerme una pala," había dicho.

"No sentí nada," admitió Avery frente a Howard. "Mi madre era una borracha y nunca estaba para mí. Dejó bien claro que yo había sido un error. No sentí nada cuando murió."

"¿Qué tipo de madre eres *tú*?"

Un chasquido. Avery sintió un chasquido en la vacía y desolada caparazón de su existencia. Y aunque estaba vacía y agotada, comenzó a darse cuenta que también podía estar herida.

"No quiero hablar de Rose."

Howard frunció profundamente el entrecejo.

"Ya veo," dijo. "Comprendo."

Observó el techo, pensó en algo más, y se volvió nuevamente a ella.

"Tu asesino conoce a estas chicas," dijo. "¿Qué tienen todas en común?"

Avery sacudió la cabeza.

"La tercera chica es un misterio por ahora," dijo ella. "Las primeras dos, ambas en la universidad, ambas en sororidades. Una es alumna de último año, la otra de primero, así que no hay conexión ahí."

"No," susurró él.

"¿Qué?"

"No," dijo de nuevo. "Estás equivocada."

"¿Sobre *qué*?"

La decepción hundió su mirada.

"¿Has escuchado la historia del niño y la mariposa?" preguntó él.

"Cuando una oruga se transforma en mariposa, la mariposa usa su cuerpo y sus alas para liberarse del capullo. Es una tarea difícil que lleva mucho tiempo, pero mientras la mariposa lucha y trabaja, obtiene músculos, y

fuerza, y cuando finalmente sale libre, es capaz de lanzarse a los cielos y capturar comida fácilmente y *sobrevivir*. Sin embargo, un día, un niño que tenía orugas de mascota vio uno de sus capullos sacudirse y moverse. Sintió lástima por la criatura incipiente y quería ayudarla, así no tenía que sufrir tanto. Pidió a su madre que cortara una pequeña abertura en el capullo para ayudarla en su escape. Pero ese simple acto, nacido del amor y el cuidado, le robó a la mariposa su poder, y cuando finalmente emergió, demasiado pronto, su cuerpo y miembros y alas no eran lo suficientemente fuertes para cazar o volar, y en cuestión de días, murió."

"¿Qué se supone que signifique eso?" preguntó Avery. "¿Soy la mariposa o el niño?"

Howard no respondía.

Simplemente bajó la cabeza y permaneció en silencio, incluso cuando Avery siguió preguntando, y luego gritó, y luego golpeó la mesa exigiendo una respuesta.

CAPÍTULO VEINTESIETE

Agitada.

Avery estaba agitada por su reunión con Howard, enojada y agitada. ¿Qué quiso *decir*? se preguntó. Todo lo que dije yo fueron hechos. Ambas en la universidad. Ambas en sororidades. Una alumna de último año. La otra de primero. ¿Qué estaba mal?

¡Arg! lloró mentalmente.

Las calles estaban llenas de gente y autos. Era sábado, y estaba oficialmente fuera del caso. De todas formas, no quería sólo matar el tiempo. Quería *actuar*. Empezar de cero, pensó. El comienzo.

El parque Lederman estaba rebosante de corredores y perros cuando ella llegó. En el diamante de béisbol cerca del río había un partido de softbol entre hombres de azul y de rojo.

Avery estacionó el auto y caminó hasta el banco donde Cindy Jenkins había sido hallada. El recuerdo del cuerpo estaba claro en su mente, la posición, la ligera sonrisa, y la mirada apuntando al cine. Quería matar en tríos, pensó. Pero eso cambió. ¿Por qué cambió? Nada sobre los tres cuerpos parecía muy diferente. Todos habían sido manejados con cuidado, todo excepto el último cuerpo, todos estaban mirando tríos, tres mujeres enamoradas, tres mujeres de la Segunda Guerra Mundial. ¿Cuál es la conexión? se preguntó.

Se sentó, no en el lugar donde Cindy había sido colocada, sino en el lado opuesto del banco, y buscó en su teléfono cualquier información sobre el número tres: era un número mágico en la mayoría de las religiones. Suena como la palabra "vivo" en chino. Fue el primer número que significó "todos". Noé tuvo tres hijos. La Trinidad son tres. *Tres. Tres. Tres.*

Avery dejó su teléfono.

Querías matar en tríos, pensó. Había poder en el tres. Pero luego algo cambió. ¿Qué cambió? ¿Qué te hizo querer matar *más*?

Desde su reunión con Howard, Avery estaba comenzando a creer que el asesino tenía algún sistema de creencias superior, tal vez un dios religioso, tal vez su propio tipo de dios. Un dios que necesitaba chicas jóvenes. ¿Por qué? pensó Avery. ¿Por qué necesitas chicas jóvenes?

Ambas en la universidad. Ambas en sororidades. Una alumna de último año. La otra de primero.

No, había dicho Howard.

Condujo hasta el Cementerio Auburn.

Mientras estaba de pie delante del sitio donde Tabitha Mitchell había sido colocada y miraba a través del gran cementerio, Avery sintió que estaba en algún tipo de mundo surrealista que no le pertenecía por completo. El camino hasta el parque Lederman. El camino al cementerio. Habían sido relajantes, pacíficos. *Él* habría experimentado lo mismo. Ningún miedo. Ninguna preocupación de ser atrapado. Sólo otro hermoso día.

El Parque de Juegos para Niños de Stony Brook en Belmont era un hervidero de actividad. Avery se sorprendió de que la escena del crimen ya hubiese sido limpiada. Niños de todas las edades, desde bebés hasta los ocho años, podían verse por todas partes. Los niños más grandes corrían entre los rociadores y subían y bajaban del castillo de madera. Las madres gritaban y perseguían a sus pequeños. Había niños llorando por golpes en la cabeza. Algunas de las madres y niñeras miraban a Avery, como si la conociesen o estuviesen intentando ubicar su rostro.

Se dirigió a la entrada del castillo donde la chica había sido ubicada.

Un niño se asomó por la puerta.

"Hola," dijo y alejó corriendo.

Avery se imaginó cómo se veía la chica, y luego se dio vuelta para contemplar el mural con los incontables niños tomados de las manos.

¿Cuál es la conexión? se preguntó.

Ambas en la universidad. Ambas en sororidades. Una alumna de último año. La otra de primero.

No.

Marcó un número.

La voz tosca de Talbot Diggins respondió.

"¿Qué pasa, Black? Pensé que estabas muerta."

"¿Por qué estaría muerta?" preguntó.

"¿*Nunca* lees los periódicos? La costa este está en un estado de pánico por este asesino. ¿Tres chicas en una semana? Estás en primera plana de nuevo. Dice que estás fuera del caso. En suspensión oficial."

"No estoy en suspensión oficial."

Se escuchaban niños alrededor de Talbot. Estaban chillando. Él dijo, "Espera un segundo," y luego su voz fue amortiguada y luego escuchó, "Quietos, bandidos. ¿No ven que papá está al teléfono? Vayan a molestar a su madre. ¡Fuera de aquí! *Vayan*. Yo iré en un segundo."

"Perdón", dijo Avery, "Te estoy molestando."

"No," dijo, "es sólo otro sábado en el parque. ¿Qué pasa, Black?"

"Llamé para saber sobre la tercera víctima."

"Sí, recibí una llamada del Teniendo Connelly en tu oficina. Dijo que él está liderando la investigación ahora. Quería saber qué habíamos encontrado. Suena como un verdadero imbécil. Pasamos sus huellas por el sistema y encontramos una coincidencia. Estuvo involucrada en una estúpida broma universitaria el año pasado. Su nombre es Molly Green. Los medios no han sido informados, así que guárdatelo para ti. Era alumna de último año de Brandeis. Estudiaba finanzas. No era muy buena estudiante. Tampoco estaba en una sororidad, así que se terminó el 'Asesino de las Sororidades.'"

"¿Hablaste con alguien en Brandeis?"

"Hablé con el decano. De nuevo, quieren todo en secreto por ahora. No quiere que nada salga a la luz hasta que pueda hacer su propia declaración el lunes. Me envió con una consejera llamada Jessica Givens.

Aparentemente, Molly tenía ataques de pánico sobre el mercado laboral."

"¿Mercado laboral? ¿La víctima *tenía* trabajo?"

"La consejera no dijo. Pero lo que *sí* me dijo es que todo salió bien al final."

"¿Me puedes dar el número de esa consejera?"

"Sí," dijo él. Alejó el teléfono de su casa mientras buscaba el número y lo gritó para que Avery pudiese escucharlo. "¿Lo tienes?" Avery lo escribió en su teléfono y anotó el nombre Jessica Givens. "Lo tengo," dijo.

"¿Hablaste con sus amigos?" preguntó Avery.

"Mi equipo se puso en contacto con sus amigos y familiares ayer. Algunos siguen en eso hoy. Trabajaba a medio tiempo como niñera para una familia cerca de la escuela. La última vez que la vieron con vida. El asesino la secuestró en los alrededores de la casa mientras volvía a su casa el jueves por la noche."

"¿Cómo sabes eso?"

"Mi escuadrón tomó el testimonio de un muchacho, quince años, que vive en la calle de enfrente a la casa donde trabajaba Molly. El chico dijo

que no podía dormir. Como a la hora en que Molly salió de trabajar, vio a una chica que encaja con su descripción salir de la casa y empezar a hablar con un tipo cerca de una camioneta azul."

Avery tomó aliento.

"Ese es el auto que conduce, dijo ella, "una camioneta Chrysler azul."

"Sí," acordó Talbot, "eso es lo que tu supervisor me dijo. Dijo que aún no tenían sobre el dueño del auto, pero que estaban limitando la búsqueda. El chico dijo que el perpetrador usaba un sombrero y anteojos. Blanco, como un metro sesenta y siete, o un metro setenta, delgado pero fuerte, entre las edades de veinticinco y cuarenta y cinco. Ese es su tipo, ¿no?"

"Ese es nuestro tipo."

"El chico no sabía lo que estaba viendo. Dijo que parecía que la chica se había desmayado. El tipo gritó por ayuda y puso a la chica en el auto y se alejó."

"¿El chico llamó a alguien?"

"No, dijo que parecía que el tipo se estaba ocupando de ella. El chico tiene sólo quince años."

"¿Algo más?"

"¿Eso no es suficiente?"

"Sólo estoy tratando de unir todas las piezas."

"Tienes suerte de que hable contigo, Black. Mierda, ese Connelly te detesta."

"¿Por qué me estás ayudando?"

"Supongo que tengo debilidad por las chicas blancas, descuidadas y desesperadas que salen en los periódicos," dijo bromeando, y luego su voz se amortiguó nuevamente y dijo, "Oh, vamos, cariño. Sólo estoy jugando. Es una detective. No, no estoy interesado en ella. Espera un segundo." De vuelta en el teléfono, él dijo, "De acuerdo, Black, tengo que irme. Linda charla."

La línea quedó muerta.

Brandeis, pensó Avery. La tercera chica iba a la Universidad de Brandeis en Waltham, el condado más al oeste hasta ahora. La primera víctima iba a Harvard, que queda en Cambridge, justo junto a Boston. La segunda iba al MIT en Cambridge y fue colocada mucho más al oeste en el cementerio en Watertown. La universidad de Brandeis es más al oeste, pero la víctima fue transportada al este, a Belmont.

Él vive o bien en Belmont o en Watertown.

La lógica parecía tener sentido. No querría viajar más lejos para encontrar y colocar a cada muchacha que mataba. Según el lugar donde dejaba los cuerpos y donde las secuestraba, su tiempo de viaje se habría hecho más y más corto cada vez. Lederman está a un largo viaje desde Belmont, pensó. Todo el camino hasta Boston. De todas formas, era el primer cuerpo y él quería causar una impresión, y crear algo de distancia de su hogar. Luego se volvió más atrevido. El segundo cuerpo estaba más al oeste, en Watertown. El tercero estaba incluso más lejos, en Waltham. No puede vivir en Waltham, pensó. ¿Por qué manejaría hasta Boston desde allí?

Llamó a Finley.

Cuando Finley contestó se escuchaba música de metal pesado extremadamente alta y molesta en el fondo.

"Hola, hola," chilló.

"Finley, habla Black."

En casi un susurro, escuchó "Oh rayos," y luego la música se apagó y Finley era todo un profesional. "Mira, Black," dijo, "No se supone que hable contigo sobre el caso."

"¿Sigues a cargo del concesionario de autos?"

"¿Sí?"

"El asesino vive en Belmont o en Watertown. Limita tu búsqueda a esos dos condados y te ahorrará muchísimo tiempo."

"¿Cómo sabes eso?"

Colgó.

Contaduría. Economía. Finanzas. Todas especializaciones de negocios.

Talbot dijo que la tercera víctima estaba estresada por entrevistas de trabajo. Cindy tenía un trabajo esperándola en una firma de contadores. ¿Cómo era el nombre? *Devante*, recordó. La firma más grande de Boston. ¿Tenía empleo Molly? Tabitha era estudiante de primero. ¿Tendría *ella* un empleo?

Se encaminó hacia el auto.

En el camino a Brandeis, llamó a Finley nuevamente.

"¿*¡Qué demonios!?*" estalló Finley. "Déjame en paz. Es sábado. Esta es la primera vez en dos años que no tengo un turno un sábado o domingo. Déjame disfrutarlo. Llama a Connelly. Él está de turno. Llama a Thompson. Él también está."

"Tabitha Mitchell," dijo ella, "¿tenía un trabajo esperándola en alguna parte?"

"¿Un trabajo *de verdad*?"

"Sí, un trabajo de verdad. No de princesa en Disneylandia."

"¿Para qué necesitaría un trabajo? Estaba en primero, ¿verdad?"

"No lo sé. Por eso te llamé. ¿Hablaste con su familia?"

"Sí, la madre."

"¿Nunca dijo nada de ningún trabajo?"

"No."

"Llámalas de nuevo. Averigua si Tabitha tenía algo preparado para el verano."

"Estoy en mi día libre."

"¡Estás en el medio de un caso!"

"¡No tengo por qué demonios rendirte cuentas a ti, Black!"

"¡*Hay un asesino suelto!*" gritó Avery, "Y va a matar de nuevo. Y estoy cerca, Finley, muy cerca. Puedo sentirlo. Llama a la madre. A los amigos de Tabitha. A quien tengas que llamar. Necesito una respuesta. *Pronto*. Por favor. Llámame cuando sepas."

"¡*Mierda!*" gritó Finley antes de colgar.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Avery tomó la Ruta 20 hasta el condado de Waltham. Conducía lentamente.

Cada unos pocos kilómetros, debía parar en un semáforo.

Jessica Givens nunca contestó su teléfono. Luego de la cuarta llamada, Avery se dio cuenta de que debía ser su número del trabajo. Dejó un mensaje y llamó a la operadora.

"Hola," dijo, "necesito el numero de una Jessica Givens en Waltham."

"Tenemos *diez* Givens en Waltham," dijo la operadora. "¿Sabe dónde vive?"

"No."

Una máquina contestadora respondió en la oficina del decano.

Avery condujo por la Calle Sur directamente hacia Brandeis. Le llevó un rato decidir dónde estacionar.

Brandeis era uno de los mejores institutos financieros del estado. El campus central era una serie de caminos serpenteantes en una gran colina que era increíblemente difícil de navegar y caminar. Una gran cantidad de edificios antiguos adornaban la propiedad y eran ocasionalmente interrumpidos por un castillo de piedra, o una moderna estructura de vidrio con excéntrica arquitectura. Luego de estacionar, caminó hasta caminos tranquilos y le preguntó a todos los que pasaban donde podía encontrar el departamento de registros. Eventualmente, fue dirigida a un pequeño edificio que estaba casi completamente vacío. Una sola persona trabajaba en un mostrador adentro.

"Estamos cerrados," dijo.

Avery mostró su placa.

"Mi nombre es Avery Black. Estoy buscando a Jessica Givens. Tengo entendido que es una consejera de orientación que trabaja en algún lugar del campus."

Una muy cálida y amigable sonrisa le saludó.

"Hola," dijo él. "Eres Avery Black. Eres cazadora de asesinos seriales, ¿verdad? *Genial*."

"Un asesino serial no tiene nada de genial."

"No, no," se corrigió. "Por supuesto que no. No quise decir el asesino serial. Quise decir *tú*. Has estado por todas las noticias. Sé quién eres. Te

están crucificando en los periódicos."

"Me sorprende que aún me estés hablando."

"Sí," dijo sonriendo, "eres sexy."

Las palabras parecían habersele escapado, y cuando se dio cuenta que lo había dicho en voz alta, quedó en blanco, se sonrojó e intentó corregirse.

"Lo siento. Eso fue completamente poco profesional. Yo—"

"Está bien." Coqueteó con su sonrisa más ganadora. "*De verdad.*"

"¿En serio?"

"Sí." Asintió y se inclinó más cerca. "De verdad. ¿Puedes ayudarme?"

"Claro, claro. Tienes suerte de que todavía esté aquí. Ya tendría que haberme ido. Veamos," pensó mirando su computadora. "¿Qué necesitas?"

"El número de teléfono celular y la dirección de la casa de Jessica Givens."

Espió por arriba de su pantalla. Un mechón de su cabello ondulado y negro le cubría un ojo. Era joven, probablemente en sus veinte.

"Sabes, no se supone que pueda dar información personal."

Avery se inclinó más cerca.

"¿Cómo te llamas?" susurró.

"Buck."

"*Buck*," dijo con sus labios, y luego bajó la voz y miró hacia ambos lados como si estuvieran siendo observados en secreto,

"Estoy cerca de atrapar a este asesino, Buck. Jessica Givens tiene información que puede ayudar."

De pronto, él pareció preocupado.

"¿Él atacó a alguien *aquí*? Pensé que sólo era en Harvard y MIT."

"Digamos que nadie está a salvo, Buck. Cada universitaria es un blanco. Pero Jessica Givens," enfatizó señalando hacia la puerta, "ella sabe algo. Algo importante. Un dato que podría resolver todo este caso. No puedo confiar en nadie más. Estoy por mi cuenta aquí. ¿Puedes ayudarme? Es sólo entre nosotros. Nadie más tiene por qué saberlo."

"Mierda," susurró él. "Claro," dijo. "Claro, si es tan importante, *de acuerdo*," festejó, determinado, y le dio lo que necesitaba.

"Gracias," dijo ella. "Espero que te des cuenta de que tal vez acabas de ayudarme a atrapar a este asesino."

"¿En serio?"

"En serio," susurró ella en su mejor voz seductora.

Se llevó un dedo a los labios.

"Recuerda, nuestro secreto."

"*Definitivamente*," dijo Buck. "Sólo entre nosotros."

Avery se alejó en silencio y se deslizó por la puerta. En el segundo que el sol le dio en la cara, marcó el número que le había dado.

"¿Hola?" respondió alguien.

"¿Hablo con Jessica Givens?"

"Sí. ¿Quién es?"

"Hola, Jessica. Mi nombre es Avery Black. Soy una de las investigadoras del caso Molly Green. Tengo entendido que ya habló con Talbot Diggins."

"¿Cómo consiguió este número?"

"¿Es usted la consejera con quien habló el Detective Diggins sobre Molly Green?"

"Sí, soy yo. Pero este es un número privado. Estoy con mi familia ahora."

"Molly Green está muerta, Sra. Givens. Estamos intentando encontrar al asesino. Esto sólo tomará un segundo. Usted dijo que la víctima estaba estresada por el proceso de su entrevista laboral, ¿es esto correcto?"

"Correcto."

"¿Cómo se solucionó ese problema?"

"Recibió una oferta de una firma de contadores hace como un mes."

Firma de contadores, pensó Avery.

Cindy Jenkins fue contratada por una firma de contadores.

"¿Recuerdas el nombre?"

"Por supuesto," dijo Jessica, "es una de las firmas más grandes de Boston. Me sorprendió que la hubiesen contratado. Su desempeño académico no era como el de algunos de los otros estudiantes que aplicaron para la misma compañía. Fue Devante. Devante Contaduría en la zona financiera de Boston."

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Justo después de atardecer en el Campus Universitario Bentley en Waltham, el asesino aparcó su auto en un estacionamiento al norte del Camino College y caminó al sur, cruzando el pavimento.

Un sentimiento de inquietud se revolvía en su estómago.

Él estaba a la caza de su cuarta víctima, y sin embargo era una actividad inesperada.

Meses antes de comenzar a planificar su *primer* asesinato humano, la voz del Todopoderoso, quien lo había guiado en cada una de las fases de la operación, le aseguró que *tres* era el número de chicas que necesitaba: tres chicas para abrir las puertas del cielo.

El cambio radical había surgido mientras dejaba a Molly Green.

En cuanto el asesino hubo conducido al lugar predeterminado para su ubicación en Belmont, un lugar que estaba seguro que le complacería al Todopoderoso, una voz enojada había gritado en su mente: *Más*. Tenía que ser un error, estaba seguro. El Todopoderoso sólo necesitaba tres. *Más*, había repetido la voz, una y otra vez. Preocupado, sudando, e inseguro de sí mismo, el asesino sabía que la ubicación de Molly Green debía ser cambiada para dar cuenta del cambio. En pánico, y él nunca entraba en pánico, había explorado Belmont y tuvo la suerte de encontrar el parque de niños con el mural que al menos *recordase* al futuro y complaciese a su dios.

Él, por el contrario, no estaba complacido.

Una nueva chica significaba no sólo una, sino un suministro casi sin fin.

Él tenía *otros* intereses, otros deseos. Animales, por ejemplo. Su pasión por recolectar animales de las calles. Él amaba a los gatos, un murciélago herido incluso había llegado a su hogar una vez, criatura a la cual había amado y cuidado, antes de que la inmortalidad le fuese dada.

La botánica era otro de sus pasatiempos. No había tenido tiempo en los meses anteriores para aumentar sus mezclas y probarlas en animales vivos. Todo había sido por el Todopoderoso, un dios que se había convertido en una presencia en aumento en su vida.

Más chicas... pensó.

Más...

Su recompensa por la trinidad era *supuestamente* la inmortalidad en la forma humana, y un lugar en el cielo con los otros seres celestiales. Pero ahora, no se *sentía* inmortal, de hecho, se sentía afiebrado y extremadamente sensible. Este nuevo juego, este nuevo plan, iba en contra de sus más íntimos deseos, y comenzaba a tener pensamientos crueles con respecto al Todopoderoso.

En lo alto del cielo, el rostro de su dios frunció el entrecejo, y un eco ensordecedor pareció hacer temblar la tierra misma: ¡*Más!*

Sí, lo sé, gritó mentalmente el asesino al cielo. ¡*Más!* ¿No ves que estoy aquí? He estado observándola. Yo sé dónde está ella. El plan está listo. La ubicación está lista. ¡Todo está bajo control! le aseguró al Todopoderoso. Sólo que no se sentía bajo control.

A diferencia de las otras muertes, donde él había sido *imperioso*, donde había sentido la protección del Todopoderoso, al punto de si hubiese matado a alguien en público, a plena luz del día, ni una sola persona se habría dado cuenta, ahora parecía que todos los ojos estaban en él.

Fuera del estacionamiento había un extenso césped.

Una pantalla de cine había sido erigida.

Era Noche de Sábado de Películas en Bentley, y el clásico del cine en exhibición era la obra maestra en blanco y negro *Casablanca*.

Cientos de individuos y parejas y grupos de estudiantes estaban desparramados en el césped para mirar la película. Algunos de ellos estaban sobre mantas, otros en sillas. Los más atrevidos habían traído vino y cerveza al evento.

Él llevaba consigo una manta y gafas de sol.

¿Su blanco? Una estudiante de último año llamada Wanda Voles. Una misión de reconocimiento la noche anterior le había informado sobre su destino esta noche. Aparentemente peleada con su novio, había decidido venir a mirar la película y estar sola. Sus amigos le habían rogado no pasar su preciada noche de sábado en un evento tan patético, pero Wanda había sido categórica. "*Casablanca* es tipo, mi película favorita," le dijo a quienes estaban con ella.

Él eligió esta noche por varias razones. Una de las principales razones era que en el fondo, esperaba que ella no apareciese. El pensamiento había sido blasfemo pero innegable. "*¡No quiero hacerlo! ¡No quiero hacerlo!*", lloró. El Todopoderoso se negó a escuchar. El dolor había destrozado su cuerpo en ese momento.

Ahora, se movía por los bordes de la multitud. Cada tanto, levantaba la vista y veía a Humphrey Bogart e Ingrid Bergman abrazarse o pelear.

Wanda se sentó en el borde más al oeste del césped, sola pero rodeada por otros estudiantes.

Él eligió un lugar a unos veinte metros detrás de ella. Él sabía que el dormitorio de Wanda estaba a unos diez minutos de caminata hacia el este, a través del estacionamiento y cruzando una cantidad de angostos y serpenteantes caminos donde podían estar solos.

Sobre su manta, el asesino fingió ver la película.

No lo hagas, gritaba su mente. ¡No lo hagas!

Tengo que hacerlo, rugió en respuesta.

El dolor en su estómago, como una mano que de repente se cerraba en forma de puño, lo hizo doblarse hacia adelante. El Todopoderoso llenó su mente. ¡*Más!* gritó el dios. ¡*Más!* ¡*Más!* ¡*MÁS!*

Lo sé, suplicó él. Lo siento.

No podía hallar ningún disfrute en la película. Cada escena culminante sólo le recordaba la desesperada urgencia de su propia situación, y la gente en todas partes, y la culpa. Estaba mal, todo mal, y no podía decirlo en voz alta; no podía ni siquiera pensarlo.

Cuando los créditos aparecieron, Wanda Voles juntó su manta y sus objetos personales y se dirigió a su casa. Muchos estudiantes permanecieron en el césped. Hubo muchos besos y risas. Numerosos pequeños éxodos tenían lugar en los bordes. Algunas personas se movían junto a Wanda.

Se puso de pie tan solo segundos luego de que Wanda hubiese pasado y la siguió. Sólo otra estudiante común y corriente, se dijo a sí mismo. *Mentiras*, gritó su mente. ¡Detente! dijo. ¡*Más!* gritó el Todopoderoso. El decreto lo sacudió y reverberó a través de su ser. Para quienes estaban cerca, parecía estar teniendo un temblor epiléptico.

Cálmate, pensó.

Rastreó a Wanda a través del estacionamiento. Ella pasaba justo al lado del auto del asesino. Algunas filas de estudiantes iban en la misma dirección, sólo que iban más lejos.

Sola, pensó. Está sola. ¡*Ahora!*

Nada de la alegría, la soltura, ni el interés personal estaba allí. El poder del Todopoderoso lo había abandonado. Pero tenía que seguir adelante. Como siempre, el Todopoderoso observaba y esperaba.

Wanda estaba tres metros delante de él. Comenzó a tararear una canción.

Su trampa estaba preparada. Él la saludaría, fingiría que había venido a ver la película con su hija y luego se quejaría de la rueda de su auto. Ella se agacharía a ayudarlo a revisar el aire y ahí sería cuando la aguja sería colocada. Sin mucho alboroto. Sin testigos. Sólo una chica que desapareció en un estacionamiento.

Un metro y medio detrás de ella.

Preparó su aguja.

Un metro y ella estaba a punto de entrar en otra fila de autos.

Sesenta centímetros y él abrió la boca para hablar.

En frente de Wanda, un estudiante saltó desde detrás de un auto.

"¡Groar!", rugió con sus brazos en alto.

Wanda se sacudió hacia atrás asustada.

Él instantáneamente se dio vuelta y caminó en una dirección perpendicular. Detrás de él, podía escuchar al chico riendo. "¡Sí que te atrapé!" Wanda gritó, "¡Casi me matas del susto!" "Lo siento. Lo siento," se disculpó, "¡pero eso estuvo *bueno*! Te vi venir y tuve que hacerlo. ¿Qué vas a hacer? Es muy temprano para."

Su conversación se desvaneció en el fondo.

El alivio fluyó a través del asesino, un desesperado alivio de ser salvado de su crimen. No era correcto, se dijo a sí mismo. Yo *sabía* que no era correcto. Tengo que repensar. Tengo que volver a planificar. No te preocupes. No te preocupes, dijo aplacando a su dios. Esto va a estar bien. Lo prometo.

En lo alto, el Todopoderoso rugía en señal de desaprobación.

CAPÍTULO TREINTA

Una cualidad soñadora y surrealista había tomado control de Avery Black.

No había recuerdos de sus últimas palabras con Jessica Givens, o cuando había colgado o donde había puesto su teléfono.

Estaba parada en la oscuridad en el campus de Brandeis. Delante de ella había un verde campo con colinas suaves y una línea de árboles y las estrellas. Detrás de ella había edificios de ladrillos rojos iluminados por luces bajas.

Cálmate, se dijo a sí misma.

Ya has pasado por esto.

El recuerdo de su casi ataque a John Lang de Arte para la Vida estaba aún fresco en su memoria, junto con la reprimenda del capitán y el fin de semana largo que le habían dado para pensar en sus acciones.

Te sacaron del caso, ¿recuerdas?

Ya no, respondió ella.

Cindy Jenkins había sido contratada por Devante. Molly Green había sido contratada por Devante. ¿Qué había de Tabitha Mitchell?

De camino al auto, Avery marcó el número de Finley. El teléfono sonó muchas veces y luego el correo de voz contestó. Me está evitando, pensó. Hizo cinco llamadas más. El resultado fue el mismo. Cada vez, Avery dejó el mismo mensaje, sólo que con más urgencia:

"Finley. Tenemos una conexión. Jenkins y Green fueron ambas contratadas por la misma firma en Boston. Tienes que llamarme. ¿Tenía Tabitha Mitchell algún tipo de trabajo preparado para su último año? Llámame en cuanto recibas esto."

Avery se sentó en su BMW e ingresó en su computadora de tablero.

Devante era una empresa privada con sede en Boston.

Todo lo que pudo encontrar en línea era información general: el fundador de la compañía, el secretario del directorio, el presidente, y la estructura a nivel estatal.

Una rápida búsqueda reveló la enorme cantidad de trabajos que existían dentro de una firma de contadores: contadores de plantilla, contadores junior y senior, encargado de impuestos, auditor de impuestos, contadores públicos... La lista parecía interminable.

¿Quién contrata chicas universitarias? se preguntó. Tiene que ser alguna especie de jefe de recursos humanos que busca talentos en las universidades y encuentra potenciales candidatos. Esa persona posiblemente recibe hojas de vida y distribuye los prometedores a la gente a cargo de cualquier posición que resulte estar abierta dentro de la compañía.

¿Cómo podría encontrar a quienes reclutaban y veían las hojas de vida de esas dos chicas?

La respuesta era obvia, y complicada dada su actual posición disminuida dentro de la división de Homicidios. Tendrás que tener al Secretario o al Presidente, se dio cuenta. Sólo ellos pueden darte acceso a la gente indicada. Se rio. De acuerdo, ¿cómo hago *eso*? Una orden, pensó.

Vas a necesitar una orden.

Las órdenes eran difíciles de conseguir. Se necesitaba causa probable. En este caso, Avery estaba segura que la conexión entre las chicas y la empresa que planeaba contratarlas era suficiente causa probable para una orden. Sin embargo, un juez también querría saber si había objetos relacionados al crimen que pudiesen ser encontrados en las oficinas de Devante. Eso podía ser un problema, pensó, a menos que el affidavit incluyera información de computadoras. Si el asesino tiene algo relacionado a este caso en su computadora, puedo usar eso para conseguir una orden.

Consúltalo con la almohada, pensó. No cometas un error. Espera que Finley llame. Pon todo en su lugar antes de ir al capitán.

Su mente le gritaba: *Nunca en tu vida*.

Puso el auto en cambio y salió.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Avery se paseaba por el departamento de policía A1 a apenas pasadas de las diez de la noche. El recepcionista del primer piso estaba lidiando con un oficial y una prostituta. Por el resto de la oficina, oficiales vestidos de civil ingresaban a estudiantes universitarios borrachos y tomaban declaraciones. Una pelea comenzó en la parte de atrás y requirió de tres policías para someter a un tremendo hombre blanco.

Los trabajos de policía no eran como trabajos normales.

La mayoría de los oficiales no venía a las ocho o nueve y se iba a las cinco todos los días. De la misma forma, los fines de semana casi *nunca* era libres a menos que el empleado tuviese antigüedad o todo el departamento estuviese en un turno rotativo. En el A1, todos trabajaban en turnos, turnos de cinco días que podían ser de miércoles a domingo, y si alguien estaba en un caso, podían trabajar toda la noche, todas las noches, hasta bien entrada la mañana.

Avery reconoció algunos rostros familiares. Sin embargo, nadie parecía prestarle mucha atención. Los turnos nocturnos del fin de semana daban una cierta sensación, como la de estar en un cementerio luego de haber estado despierto cuarenta y ocho horas seguidas: todos estaban aturdidos y tenían un ritmo propio.

En el segundo piso, Connelly discutía con Thompson.

Thompson parecía dos hombres mezclados en uno, un gigante que amaba ir al gimnasio, y en combinación con su piel pálida y labios carnosos y cabello rubio claro, usualmente ponía a otros policías, y perpetradores, extremadamente incómodos.

"¿Por qué estoy todavía aquí?" Se quejó Thompson.

"¿Estás bromeando?" estalló Connelly. "Te di un trabajo y no lo hiciste. No me importa si estás aquí hasta las *cuatro* de la madrugada."

"¿¡Concesionarios de autos!?" rugió Thompson y se irguió en toda su estatura. "¿Cuántos malditos concesionarios de autos abren los sábados por la noche? Mi turno terminó hace horas. Aquí tienes una lista de Watertown y Belmont."

"Te pedí Waltham, también. Y te pedí números, y contactos directos en cada empresa. No veo nada aquí para Belmont," se quejó mientras echaba un vistazo a una lista.

Avery se recostó en el escritorio de alguien y esperó a que terminaran. Connelly levantó la vista.

"¿Qué demonios haces aquí? ¿No te dijo el capitán que te tomaras un descanso?"

"¿Podemos hablar?" preguntó ella.

"No," dijo él. "No tengo nada que decirte. Piérdete. No vuelvas hasta el lunes."

Le señaló a Thompson.

"Estás desperdiciando su tiempo."

"¡Te dije!" continuó Thompson. "Esto es una pérdida de mi maldito tiempo."

"*¡Calla la maldita boca!*" estalló Connelly señalándole al rostro.

"Black, te juro por Dios. Si no sales de mi vista en cinco segundos, me aseguraré personalmente que te saquen de Homicidios y vuelvas a las patrullas por el resto de tu vida."

Avery bajó la cabeza.

"No voy a ninguna parte," dijo ella, en un tono calmado y uniforme. "Y tú tienes que escucharme. Tengo una pista. Una grande," enfatizó mirándolo directo a los ojos. "Tenemos que hablar de esto. Y tenemos que estar en el mismo equipo. ¿Quieres atrapar un asesino? ¿O quieres seguir furioso conmigo porque *crees* que me conoces, o porque fui asignada a tu equipo, o porque solía tener una vida mejor que la tuya?"

Empujó el escritorio.

"Perdón si he hecho algo que te ofendiera," dijo ella, "pero estoy aquí. Ahora mismo. Igual que tú. Nadando en la mierda. Y no he dejado de buscar a este asesino, y finalmente tengo una pista. Esto no puede esperar al lunes. Si me sacas de aquí, le diré al capitán, y luego al jefe, y luego a quien quiera escucharme."

Thompson señaló a Avery con profunda preocupación.

"Escúchela," suplicó.

"*¡Calla la maldita boca, Thompson!* Siéntate."

Dobló un dedo hacia Avery y señaló a la sala de conferencias.

"Tres minutos," dijo. "Tienes tres minutos."

Una vez que estuvieron solos, Avery explicó todo. "Sé que cometí algunos errores."

"*¿¡Algunos!?*"

"Errores *estúpidos*," agregó, "pero fue todo en el cumplimiento de mi deber. Cometí algunos otros errores hoy. Volví a ver a Howard Randall."

Connelly aulló y sacudió una mano.

"*Él me dio una pista*," continuó Avery, "o," añadió, "algo parecido a una pista. No pude descifrarlo hasta que fui a Brandeis."

Connelly se dio una palmada en la cabeza.

"¿Fuiste a la universidad de Molly Green? Se te dijo que te mantuvieses *alejada* de este caso."

"*¡Haz el favor de callarte!*" gritó ella. "¿Por una vez? ¿Por favor?"

Sorprendido, se cruzó de brazos y dio un paso atrás.

"Hablé con alguien en el departamento de consejeros. Me dijo que Molly tenía un trabajo esperándola en Contaduría Devante. Bueno, ¿adivina qué? Cindy Jenkins también tenía un trabajo con Devante. No sé nada sobre Tabitha todavía. Se suponía que Finley hablase con la madre. No he tenido noticias de él. Tabitha era alumna de primero, pero si fue contratada por ellos también, eso ya es demasiada coincidencia como para ignorarlo, ¿no lo crees?"

"Tu última conexión resultó ser una mierda."

"Pero al menos era una *conexión*, la única entre dos de estas chicas, hasta ahora. Si logramos conectar a la última chica con Devante, estaremos más cerca de lo que hemos estado hasta ahora."

"Finley está de descanso," murmuró él.

"¿Y?"

Connelly se alejó y reflexionó sobre la situación. Vestido con un traje gris y una camisa azul que parecía ser demasiado pequeña para su complexión muscular, estiró sus hombros y se frotó la incipiente barba rubia, aparentemente molesto pero intrigado.

"Espera aquí," dijo.

"¿Qué estás—"

"*Dije que esperes!*" dijo bruscamente y salió.

A través del vidrio, podía verlo darle instrucciones a un Thompson muy nervioso antes de irse a su propio escritorio y comenzar a hacer una llamada.

Avery estuvo sentada en la sala de conferencias por casi veinte minutos. Sin nada que hacer, la carga de su conocimiento finalmente liberada, se sentía más relajada y extrañamente reconfortada. Un intenso deseo de llamar a su hija la hizo buscar su teléfono.

¿Qué le dirías? se preguntó.

Dile que fuiste una idiota, y que todavía lo eres. Dile la verdad: que la amas y que arreglarás esto, sin importar lo que pase.

La puerta de la sala de conferencias se abrió.

"Tabitha Mitchell era alumna de primero," dijo Connelly. "Se iba a graduar antes de tiempo, la mejor de su clase. Y le habían ofrecido un empleo en contaduría Devante."

Avery se enderezó.

"Demonios."

La conexión estaba allí. Howard Randall tenía razón. Sus palabras resonaron: *Él tiene que encontrarla, observarla, conocerlas* de algún sitio. Cuando revisó la lista con Randall, una de último año, la otra de primero, él había dicho *no*.

Él lo sabía, se dio cuenta.

Las náuseas que había sentido Avery al tener que visitar a Randall y pedirle ayuda ahora comenzaba a disiparse. La conexión había sido hecha, y si podía unir todas las piezas, había esperanzas: para ella, para su futuro, para dejar el pasado atrás.

"Las tres," dijo Connelly. "*Todas* ellas tenían empleos en Devante."

"¿Cómo lo descubriste?"

"Finley ha estado llamando a la casa de los Mitchell. Llamé al teléfono celular de la madre. Estaba durmiendo. Comenzó a llorar en el momento que le dije que se trataba de su hija. Pero tenía la información que necesitábamos. Lo que es retorcido es que, creo que los periódicos dijeron lo mismo ayer o antes de ayer."

Así es como lo supo él, se dio cuenta Avery. Randall lee los periódicos. Ambos se miraron en silencio.

"¿Qué hacemos ahora?" preguntó ella.

"Tú dímelo."

Miró hacia otro lado y se mordió el labio inferior.

"Necesitamos un nombre. ¿Quién era el gerente de contrataciones que se reunía con todas esas chicas?"

"Quien quiera que sea," dijo Connelly, "debe saber que al menos dos de las chicas que contrató están muertas. Ha estado por todas las noticias."

"Si dos chicas a quienes *tú* contrataste fuesen halladas muertas en menos de una semana, ¿*tú* llamarías a alguien?"

"No si fuese culpable."

Connelly inmediatamente puso a la sala de conferencia en el altavoz y llamó al capitán. Agitado y somnoliento, un lejano O'Malley escuchaba a Avery y Connelly en el altavoz y se tomó su tiempo antes de responder.

"Espera hasta la mañana," dijo. "No hay nada que podamos hacer ahora. Llamaré al jefe y al alcance a primera hora el domingo. Mierda," murmuró. "Devante. Son enormes."

"Comenzaremos con el Presidente y bajaremos desde allí," dijo Avery. "Alguien debe tener una lista de nombres y títulos de empleos. Asumo que nuestro asesino trabaja en recursos humanos."

"Traten de dormir un poco esta noche," dijo el capitán, "ambos. Puede ser un gran día mañana. Los veré en la oficina a las ocho. Avery, si no puedes dormir, empieza con las órdenes: una para la empresa y una para un individuo sin nombre dentro de la empresa. También puedes llamar a Devante y ver si tienen personal para el fin de semana. Dudo que alguien atienda a esta hora, pero es abril Nunca se sabe."

La línea quedó muerta.

Incómodo en su postura, Connelly se negaba a mirarla.

"Esperemos que esto funcione," dijo y se fue.

Avery completó todo el papeleo que pudo para las dos órdenes. Llamó al menos a diez números registrados para la oficina de Boston de Devante. Nadie contestó.

Vete a casa, se dijo a sí misma.

Dormir era lo último en su mente.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El domingo se sintió como un lunes para Avery.

Estaba levantada y energizada a las siete. Extrañamente, había dormido como un bebé en el momento que llegó a su casa, probablemente la mejor noche de sueño que había tenido en meses.

Se puso un pantalón negro y camisa abotonada blanca. Como siempre, tenía puestas zapatillas deportivas Skechers negras en sus pies. Los días de Manolo Blahniks de tacón estaban muy lejos. Luego del desayuno y una taza de café, se paró en su vestíbulo y se miró.

Ve a buscarlo, dijo.

Una punzada de duda invadió sus pensamientos. Habían estado cerca tantas veces ya, tantas pistas que habían resultado estar muertas. No, pensó. Esta vez es la vencida. *Tiene* que serlo.

De camino a su auto, inspeccionó el paisaje de su vida como policía: tráfico, crímenes menores, disputas domésticas, guerras de pandillas, y ahora esto, su caso más grande, detective de homicidios a la caza de un asesino serial. Esto es para lo cual has estado trabajando durante los últimos tres años, se dijo a sí misma: una oportunidad para reparar el pasado, para cerrar el capítulo de Howard Randall para siempre y salir de las sombras del miserable remordimiento, y vivir.

Los turnos matutinos de los fines de semana en la A1 cambian a las ocho. La mayor parte de la oficina estaba vacía por la transición, con una gran mayoría del equipo o bien en las calles o de camino al trabajo. Connelly ya estaba allí, junto con el jefe y Thompson.

El jefe estaba de vaqueros y una camiseta roja del departamento de policía de Boston, lo más casual que Avery lo había visto jamás. Al teléfono, le hizo señas de que entrase a la oficina con el resto del grupo.

"Espera," dijo O'Malley a la línea, "Tengo a Black aquí. Déjame ponerte en altavoz así podemos solucionar esto ahora."

Una voz cascajosa emanó a través de la habitación.

"¿Hola? ¿Pueden todos escucharme?"

O'Malley dijo con sus labios "el alcalde."

"Estamos aquí," dijo.

"Detective Black," dijo el alcalde como si las palabras le dieran mal sabor de boca, "Tengo entendido que ha sido implacable en este caso,

incluso luego de ser suspendida. ¿Cuán segura está sobre Devante? Sabe que Miles Standish es un buen amigo mío."

O'Malley dijo con sus labios "el dueño."

"Dudo mucho que el Sr. Standish tenga algo que ver con esto," dijo Avery. "Creemos que el asesino es alguien dentro de sus oficinas, probablemente un gerente de recursos humanos o enlace que se reunía con estas chicas, leía sus hojas de vida, y luego las pasaba a los departamentos correspondientes."

"Pregunté cuán *segura* está sobre Devante, Sra. Black. ¿Está *segura* que esta es la mejor pista? Tengo que hacer una llamada muy difícil."

"Hay tres chicas muertas," dijo ella. "Cada una de ellas de universidades diferentes, y sin embargo todas tenían empleos esperándolas en Devante. Es la única conexión que tiene sentido. Estoy cien por ciento segura."

"Bien," dijo el alcalde. "Mike," agregó, "llamaré a Miles ahora. Espera recibir noticias de él pronto. Si no coopera, consigue tu orden y haz lo que tengas que hacer. Quiero este caso cerrado para el lunes."

"Sí señor," dijo O'Malley.

Cuando el alcalde colgó, O'Malley se dirigió al grupo.

"De acuerdo," dijo, "esto es lo que vamos a hacer. Avery, tú eres la líder. Eso que hiciste el otro día estuvo fuera de lugar, pero ya que descifraste esto, deberías seguirlo hasta el final. Discutiremos tu futuro más tarde. Connelly es tu supervisor. Tienes a Thompson y a quienes podamos reunir una vez que tengamos toda la información. Thompson." dijo e hizo una pausa de un minuto para encontrar las palabras adecuadas, "solía pensar que eras un gigante irlandés extraño que entraría en esta oficina y haría que las cosas sucedieran. Tristemente, nada de eso ha sucedido. De hecho, creo que eras más perezoso que Finley. Olvida eso," corrigió instantáneamente, "Estaba equivocado sobre Finley. Ha estado trabajando muy duro. Todos cometemos errores. Tú, sin embargo, más vale que me sorprendas hoy. ¿Está claro?"

"Sí, señor," juró Thompson.

Quince minutos después, la llamada que habían estado esperando llegó. O'Malley instantáneamente tocó el altavoz.

"Aquí O'Malley," dijo.

Una entusiasta voz joven llenó la habitación.

"¡Hola!" dijo. "Habla Laura Hunt. Soy la asistente personal del Sr. Miles Standish. Me dijeron que llamara y le brindara toda la información que

necesite sobre Devante."

O'Malley hizo señas a Black.

"Te toca," dijo él.

"Habla Avery Black," dijo ella. "No estoy segura si ha sido informada, pero tenemos un asesino serial suelto con una posible conexión con la firma de contadores Devante."

"Sí, Sra. Black, me han informado completamente."

"Lo que necesitamos es un nombre, alguien que se pueda haber reunido con cada una de estas universitarias y luego o bien les ofreció empleos, o las redirigió a otro departamento dentro de la empresa donde fueron contratadas."

"De acuerdo," dijo. "¿Puedo preguntar de qué firma de Devante estamos hablando?"

"¿A que se refiere?"

"Bueno, tenemos oficinas en Boston, Chicago, y San Antonio."

"La oficina de Boston."

"De acuerdo, espere un segundo. Aquí está. Timothy McGonagle es el presidente de Recursos Humanos para la oficina de Boston. No creo que él maneje los reclutamientos universitarios directamente, pero puede hablar con él o alguien de su equipo," y le ofreció su número de teléfono celular, número de teléfono de su casa, y dirección.

"¿Cuántas personas tiene McGonagle a su cargo?" preguntó Avery.

"Hay otros veintiocho empleados en recursos humanos."

"Si tengo algún problema, ¿puedo llamarla a usted directamente?"

"Por supuesto," dijo y le dio a Avery su número. "El Sr. Standish quiere ayudar de cualquier manera posible. Solamente pide que intente mantener al nombre de Devante fuera de los periódicos si fuese posible. No quisiéramos que la gente asocie ningún crimen con nuestra firme de contaduría."

"Entendido," dijo Avery.

La llamada telefónica terminó poco después, y O'Malley inspeccionó al grupo.

Avery quería ver a Timothy McGonagle con sus propios ojos, de cerca y en persona. Incluso si no era la persona directamente responsable de los crímenes, se estaba volviendo casi un hecho que había contratado a un asesino, o que había contratado alguien que había contratado a un asesino. Una rápida revisión de antecedentes no reveló nada sobre McGonagle: ni siquiera una multa de tráfico.

"De acuerdo," dijo él, "pónganse a trabajar. Tengo un cumpleaños de dieciséis al que asistir."

* * *

McGonagle no estaba lejos de la A1. Vivía en el barrio adinerado de Beacon Hill al norte de las oficinas, cerca del parque Lederman. Connelly se quedó detrás para supervisar dos equipos relacionados a pandillas e intentar armar un equipo para Avery si lo necesitaba.

Thompson fue asignado como su compañero por el día. Mantuvo la boca cerrada durante la mayor parte del viaje, sentado incómodamente en el asiento del acompañante de Avery, con el cuerpo apretujado.

"¿De dónde eres?" preguntó Avery casualmente.

"Boston," murmuró él.

"¿De qué parte de Boston?"

"De todas partes."

"¿Qué te hizo querer ser policía?"

Un entrecejo fruncido apareció en su rostro casi albino, y sus labios gordos hicieron una mueca de desprecio.

"¿Qué es esto? ¿Veinte preguntas?" ladró.

Avery estacionó en la calle Pinckney.

McGonagle vivía en una casa grande, con fachada de ladrillos, cortinas blancas y una puerta roja hundida en un recibidor exterior. Thompson se quedó al borde de la entrada y parecía que quería estar en cualquier otro sitio que no fuese cerca de Avery Black. Su tamaño y extraña apariencia, sin embargo, eran un imán para la gente que pasaba por allí; incluso si estaba del otro lado de la calle, cruzaban y miraban intensamente su rostro mientras pasaban.

Sonó el timbre y fue rápidamente contestado.

"¿Hola?" dijo alguien.

Tim McGonagle era más joven de lo que Avery había esperado, posiblemente es sus treinta, con cabello negro y brillantes ojos verdes que parecían estar calculando cifras todo el tiempo. Estaba vestido con pantalones grises, una camisa abotonada color rosa y una corbata verde.

Un metro setenta o setenta y cinco, pensó. Demasiado alto. La estatura no coincide.

"¿Puedo ayudarlos en algo?" preguntó.

"Avery Black," dijo, "Homicidios de Boston."

"Sí, ya veo. Una oficial famosa en persona." Sonrió.

Notó a Thompson antes de volverse hacia Avery.

"¿Qué puedo hacer por ustedes?"

"¿Ha estado siguiendo el caso del asesino serial?" preguntó Avery.

"Sí, lo he seguido," dijo él.

"¿Es usted consciente de que tres de las víctimas fueron recientemente contratadas por su firma?"

"No," dijo él, "dios mío, eso es espantoso."

"¿Qué es lo que hace exactamente en Devante?"

Les hizo señas para que entrasen.

"¿Les gustaría tomar asiento?"

"No, gracias."

Una voz femenina gritó desde algún lugar dentro de la casa.

"¿Timmy? ¿Quién es?"

"Espera un segundo, Peg," gritó él. "Soy presidente del departamento de Recursos Humanos de Devante para la división de Boston," le dijo a Avery.

"Mis principales responsabilidades son contratar y manejar personal.

Superviso problemas dentro de la empresa, cualquier disputa importante entre empleado y empleador, cosas de esa naturaleza. Las únicas hojas de vida que veo son las del personal de alto nivel que podamos necesitar, como para el puesto de Presidente o auditores jefes."

"¿Quién recluta en las universidades?"

"Uno de mis empleados. Su nombre es Centro Villasco, pero honestamente, no me lo imagino haciendo nada como esto. Es director administrativo. Lidera un equipo de cuatro personas. Ellos supervisan las universidades, hojas de vida de universidades, y hacen reclutamiento en los campus."

"Si un estudiante universitario quiere un puesto en su firme, ¿tendrían que pasar por él?"

"Correcto. Su equipo puede filtrar las listas de candidatos y seleccionar las mejores hojas de vida, pero eventualmente tendrían que pasar por él. Si a Gentry le gusta lo que ve, los pasa al departamento correspondiente donde haya quedado algún puesto vacante."

"¿Puede decirme algo sobre él? ¿Es soltero? ¿Casado? ¿Qué le gusta hacer los fines de semana? ¿Tiene amigos?"

Timothy se rio.

"Gentry definitivamente no es un asesino," dijo él. "Es un solitario, eso es seguro, un poco más viejo que yo. ¿Tal vez en los cincuenta? Tiene una casa en West Somerville. Toma el transporte público hasta el trabajo. Es sociable pero reservado, ¿entiende lo que digo? Ha trabajado en Devante más tiempo que yo, como quince años."

Avery le sostuvo la vista.

"¿Está seguro que no tenía conocimiento de las tres víctimas en cuestión? Permítame decirle sus nombres otra vez, en caso de que los haya olvidado: Cindy Jenkins, Tabitha Mitchell, y la última no ha aparecido en los periódicos aún. Molly Green."

"Nunca he oído hablar de ninguna de ellas," dijo e instantáneamente se corrigió. "Bueno, escuché hablar de las primeras dos, pero no dentro de la empresa. Leo los periódicos. Estoy familiarizado con el caso," y luego se enderezó y le sostuvo la mirada.

"¿Va a estar en casa todo el día?" preguntó Avery.

"Bueno, mi familia y yo estamos pensando en ir a la iglesia en un rato. Vamos a desayunar con los niños."

Parecía honesto y genuinamente perturbado por la conexión con Devante. Un hombre de familia, pensó Avery. Dio un paso atrás e intentó imaginarse a un asesino con esposa y familia.

"Aquí está mi tarjeta," dijo ella. "Por favor llámeme si recuerda algo más."

"Por supuesto," dijo él. "Lamento oír todo esto."

Thompson estaba recostado contra la fachada de ladrillos con el pie hacia arriba, ajeno a todo excepto el cielo.

Avery le dio una palmada en el pecho al pasar.

"¡Oye!" se quejó.

"La próxima vez que quieras comportarte como un tope para puertas," dijo ella, "vuelve a la oficina."

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Una rápida conversación con Laura Hunt y Avery quedó en posesión del número de teléfono celular y dirección de Gentry Villasco, así como los nombres, direcciones, e información de contacto de todos los miembros de su equipo, por si Villasco resultaba ser un callejón sin salida.

De las cuatro personas que trabajaban para Gentry, dos eran mujeres y dos eran hombres. Las mujeres vivían en Chelsea y Boston, respectivamente, ambas bien por fuera del rango general de Avery del hogar del asesino. El primero de los hombres usaba el transporte público desde el sur de Boston, también fuera del rango. El último vivía en Watertown: Edwin Pesh. Watertown era uno de los puntos clave de Avery. Encerró su nombre en un círculo y se subió al auto. Mientras manejaba, Thompson ingresó todos los nombres dentro de la base de datos para hacer una revisión de antecedentes. Una de las chicas tenía diez multas pendientes por estacionar indebidamente. El hombre del sur de Boston había sido arrestado por conducta inapropiada y alcoholización un año antes. No había ningún registro de los otros dos.

Gentry Villasco vivía en una calle ancha de Somerville. Su casa era muy pequeña, angosta, estilo Tudor de dos pisos, pintada de blanco con zócalos marrones y techo marrón. Varios árboles oscurecían la entrada a su casa. Un Honda Civic blanco estaba estacionado delante de un garaje cerrado.

Avery y Thompson se encontraban en medio de un acalorado debate.

"Lo único que digo es que *intentas* que parezca que te importa," suspiró Avery.

"Sí me importa," dijo él.

"Mira a tu alrededor," dijo ella. "Si estoy hablando con un sospechoso, observa las instalaciones, sonríe, finge tomar notas. Lo que sea. No te quedes viendo al cielo."

"He sido policía mucho más tiempo que tú."

"¿De verdad? Eso es difícil de creer. ¿Cuándo fue la última vez que te promovieron?"

Thompson apretó los labios con ira e intentó reposicionarse en el pequeño espacio del asiento de pasajeros del BMW.

Cuando salieron del auto y caminaron hasta la puerta principal, Avery estaba un poco adelantada, con el corpulento Thompson detrás de ella como

un guardaespaldas listo para devorar cualquier oposición.

El timbre sonó.

Un amable, humilde hombre apareció a recibirlos. A Avery le recordó a un monje, o a algún santo. Bronceado y con una calva incipiente y pelos blancos a los lados de la cabeza, tenía ojos pequeños y entrecerrados. Todo lo suyo era pequeño: su mentón, sus manos y hombros. Tenía puestos pantalones marrón claro y un suéter negro sobre una camiseta, aunque afuera hacía al menos treinta grados.

Es de la complexión correcta, pensó Avery. Un poco pequeño, pero si tenía puesto un disfraz, también podría haber tenido tacos.

"Hola," dijo Villasco en la más dulce y suave voz imaginable. "¿Les gustaría pasar?"

Sorprendida, Avery dijo, "¿Sabe por qué estamos aquí?"

"Sí," asintió con una expresión de tristeza, "Creo que lo sé."

Se dio vuelta y volvió hacia adentro.

"Sr. Villasco, ¿adónde va?" gritó Avery. "Sr. Villasco, podría por favor —disculpe, ¿señor? Necesito ver."

Ella y Thompson compartieron una mirada.

"Haz la llamada," dijo y sacó su arma.

Thompson desenfundó su arma.

"Estoy *contigo*."

"No hay manera," se rio ella y señaló al césped. "Tú haz la llamada. Espera a los otros. Yo trabajo mejor sola."

La casa estaba extremadamente fría, posiblemente por medio de calefacción central ya que Avery no había visto ningún aire acondicionado. Cerró la puerta detrás de sí y dio un paso hacia adentro.

Pasando el recibidor gris azulado había una escalera hacia un segundo piso. Un gato gris con ojos verdes la observaba desde uno de los escalones. Giró hacia la derecha hacia una pequeña sala de estar. Muchas plantas decoraban los alféizares y colgaban desde el techo.

Su corazón latía muy rápido.

Llevaba el arma baja.

"¿Sr. Villasco?" gritó. "¿Dónde está?"

"En mi oficina," respondió.

Lentamente, se dirigió hacia un pequeño pasillo en la parte trasera de la sala de estar. Luego de cada paso, se daba vuelta para asegurarse que no la

estaban siguiendo. Sólo una vez en su vida había recibido un disparo. Recibió dos balas: una en la pierna y una en el hombro.

Gentry Villasco estaba sentado detrás de un gran escritorio de caoba a la derecha. Había una lámpara verde en un lado del escritorio, y papelerío apilado en el otro. Sus anos estaban escondidas en su regazo. Había un pequeño sofá verde a la izquierda de Avery, debajo de una ventana.

"Sr. Villasco," dijo ella, "por favor, muéstreme sus manos."

"Trabajas tan *duro*," dijo él con un suspiro, "toda tu vida."

"Sr. Villasco. Realmente necesito ver esas manos."

"Es todo por la *familia*. Usted sabe eso, ¿verdad? Lo hice por la familia."

"Por favor—sus manos."

"Sólo se siente *bien*." Él asintió. "Ya he vivido. ¿Para qué necesito estar aquí de todas formas? Mi esposa murió de cáncer hace dos años. ¿Sabía eso? Horrible enfermedad."

Avery se acercó de a poco al escritorio.

"¡Sus manos!"

"Esas chicas," dijo él. "Lo sabía, lo sabía. Una tragedia horrible. Realmente lo es. ¿Pero quién somos para juzgar? Todo el mundo merece existir."

Rápidamente levantó un arma desde su regazo y la colocó debajo de su barbilla. El arma debía tener al menos cincuenta años, un arma de seis tiros: plateada con mango blanco, parecía ser algo que podría comprarse en una venta de garaje, o en una tienda de antigüedades.

Avery levantó la mano.

"No lo haga", gritó ella.

Villasco disparó.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

"¡No!"

El disparo hizo eco a través de la habitación. Su cabeza se sacudió por la explosión y la sangre salió desde atrás y salpicó la pared detrás de él.

"Mierda," susurró Avery.

Thompson corrió hacia adentro con su arma apuntándole a todo.

"¡¿Qué demonios?!" gimió él. "Oh mierda."

Avery se volvió hacia él

"¿Hiciste la llamada?"

"Todos vienen en camino."

Avery se quedó de pie junto al hombre muerto, tan sólo unos pocos metros delante de ella, quien había estado vivo unos momentos antes, y su corazón se rompió en un millón de pedazos.

* * *

Sacaron bolsas y guantes de su auto. Le dieron un par a Thompson y le dijeron que revisara el perímetro. Avery tomó el primer piso.

En la sala de estar, las alfombras eran grises y las paredes estaban pintadas de un blanco sucio. Además de la sala de estar y la oficina de Villasco, había una cocina en el lado opuesto de las escaleras. Los gabinetes de la cocina eran de madera oscura. Las mesadas eran azul oscuro y los pisos de cerámica blanca.

Una pequeña puerta llevaba hacia un patio con césped cerrado con una cerca de madera. Diferentes tipos de flores florecían junto a la cerca, y había un juego para patio gris oscuro para los invitados.

De nuevo en la casa, Avery encontró una puerta hacia el sótano detrás de los escalones. Escaleras de madera chirriantes llevaban a un espacio común y corriente: piso de cemento, estantes de madera junto a las paredes, y otros espacios de almacenamiento. Abrió un contenedor de plástico y encontró ropa para el invierno.

En el primer piso, se topó con Thompson.

"Nada afuera," dijo él. "El garaje está lleno de latas y herramientas de jardinería."

Juntos, se dirigieron al segundo piso.

Avery llevaba la delantera, con el arma baja. El gato que había visto antes se escabulló por los escalones de arriba y desapareció. Llevó dos dedos hacia sus ojos y los apuntó a la izquierda. Thomson asintió, giró a la izquierda en las escaleras, y caminó por el pasillo. Avery entró en la habitación del gato. El pequeño dormitorio para huéspedes estaba pintado de un verde grisáceo. Tres cajas de arena para gatos estaban apoyadas sobre el piso de madera. Había dos gatos sobre la cama, el gordo gris que había visto antes, y un gatito blanco. El único armario contenía ropa femenina, plagada de polillas.

Dio la vuelta a la barandilla en la misma dirección hacia donde iba Thompson. La habitación principal a su derecha contenía una cama grande. Varios espejos decoraban las paredes. La alfombra era blanca. Abrió algunas de las puertas espejadas y encontró ropa y zapatos.

"Oye, Black," escuchó, "por aquí."

La última habitación parecía más un armario con una pequeña escalera que llevaba a un ático. El espacio era muy pequeño para que Thompson pudiese entrar. En lugar de eso, se sentó en los escalones y bajó un objeto para que Avery inspeccionara.

"Hay dos más aquí arriba," dijo.

Avery tomó una estatua peluda.

Era un gato, un gato negro que había sido rellenado y montado en una base de madera. La madera no tenía ninguna inscripción.

"¿Hay un gato manchado ahí también?" preguntó ella.

"¿Cómo supiste?"

Thompson le pasó otra estatua de taxidermia. Era un gato más pequeño, naranja con líneas negras y ojos oscuros. Lo devolvió.

"Embolsa alguno de esos pelos," dijo.

"¿Sólo de este?"

"Sí. Los forenses encontraron pelos de gato manchado en los primeros dos cuerpos."

Se oyeron sirenas de policía a la distancia." A medida que se acercaban, Avery se bajó las escaleras y salió por la puerta principal.

Debería haber estado extasiada, o aliviada.

Por el contrario, Avery se sintió vacía, inquieta. Las piezas de rompecabezas le daban vueltas por la cabeza, desconectadas: las rutas del auto del asesino iban todas hacia el norte y oeste fuera de Boston. *Él vive al noroeste de Boston, pensó. Coincide. Eso no explicaba la camioneta azul*

dirigiéndose más al oeste fuera de Cambridge. Una segunda casa, pensó. Debe tener una segunda casa. Ahí es donde tiene la camioneta. Todo lo demás encaja. Tiene flores. Había gatos viviendo en la casa.

Si los pelos del gato manchado coincidían con los que Randy había encontrado en los cuerpos, y si alguna de esas plantas era psicodélica, Avery sabía que el caso estaba cerrado.

Thompson apareció detrás de ella.

Ella miró por encima de su hombro.

"Fíjate que puedes encontrar en la oficina," dijo. "Intenta no tocar el cuerpo. Necesitamos una segunda casa. Y necesitamos encontrar esa camioneta azul oscuro. Busca recibos de renta, dirección de hipotecas, formularios de seguros de auto, cualquier cosa por el estilo."

"De acuerdo."

Las últimas palabras de Villasco estaban selladas en su mente.

Lo hice por la familia.

¿Quién somos para juzgar?

Todo el mundo merece existir.

* * *

Avery vio como los patrulleros de Somerville y Boston PD pasaban a toda velocidad por la calle con las sirenas sonando, estacionaban donde querían, y bajaban de sus vehículos con las armas desenfundadas.

Connelly estaba entre ellos.

Nada de la ira que normalmente albergada contra Avery estaba visible en su mirada, nada de incertidumbre ni desconfianza. El asombro apareció en su rostro, una sensación de incredulidad de que lo que había presenciado pudiese ser real: que una mujer, una figura pública caída en desgracia y vuelta policía, lo hubiese hecho nuevamente, hubiese resuelto otro caso y hecho parecer al resto de la policía unos perezosos.

"¿Qué tenemos?" dijo él.

La policía de Somerville comenzó a rodear la casa e ingresar.

Toda la escena se desarrolló como un sueño. Avery apenas podía ver a Connelly o los demás. Estaba a kilómetros de distancia en su propia mente. El rompecabezas no estaba completo, y sin embargo no tenía ningún hecho real para basarse excepto el instinto y las últimas palabras de Gentry

Villasco. *Lo hice por la familia. ¿Quién somos para juzgar? Todo el mundo merece existir.*

¿Pudo Gentry haber secuestrado a todas esas mujeres? se preguntó Avery. Parecía dulce, casi desdichado, como si estuviese atado a algo sobre lo que no tenía ningún control.

"Avery. ¿Estás bien? Háblame," insistió Connelly.

"Está adentro," dijo ella, "Gentry Villasco. Muerto. Se disparó a sí mismo. Dijo algo de hacerlo por la familia Thompson está buscando algún documento que pueda llevarnos a la camioneta o a otra casa."

"¿Es este nuestro tipo? ¿Avery?"

Todo el mundo merece existir.

"Tengo que hacer una llamada," dijo ella.

Avery salió hacia la calle y marcó el número de Tim McGonagle. Su teléfono fue directo a correo de voz. Dejó un mensaje.

"Sr. McGonagle," dijo, "habla Avery Black. Necesito saber si Gentry Villasco tiene algún familiar que trabaje con usted en la oficina, un primo o sobrino, cualquiera. Esto es extremadamente importante. Por favor llámeme en cuanto pueda."

La lista que había hecho antes, de toda la gente que trabajaba con Villasco, fue desdoblada y leída. Un círculo rodeaba el nombre de Edwin Pesh.

No puedes simplemente abandonar una escena del crimen, se dijo a sí misma. Esta es *tu* escena del crimen. Connelly nunca te lo perdonaría. O'Malley nunca te lo perdonaría. Tienes que seguir hasta el final. Tomar declaraciones, hacer una búsqueda más completa de la casa.

La paciencia nunca fue uno de los puntos fuertes de Avery. Aunque su comportamiento tranquilo y sarcástico por fuera había, a través de los años, convencido a mucha gente de una falsa sensación de seguridad, por dentro ella era una máquina que se negaba a detenerse.

Si Villasco es tu asesino, está muerto ahora, razonó. No hay nada más que puedas hacer. La casa está siendo observada y registrada.

No puedes irte, gimió mentalmente.

Avery se volvió hacia la casa. No había rastros de Thompson o Connelly. Algunos policías de Somerville hablaban entre ellos. Los niños habían comenzado a acumularse en la escena desde más abajo en la calle, así como padres en hogares cercanos.

Ve, pensó y se fue en línea recta hasta su auto.

Nadie la detuvo.

La dirección de Watertown de Edwin Pesh estaba a treinta minutos de la casa de Somerville de Villasco. Sólo un viaje corto, se dijo a sí misma. Si no ves nada inusual, te das la vuelta y regresas. Di que fuiste a buscar un café, o que estabas enferma.

Avery se tomó su tiempo. Disminuyó la velocidad en las señales de detenerse y mantuvo la velocidad por debajo del límite. No hay necesidad de apresurarse, pensó.

A mitad de camino, se imaginó a Rose, angustiada por su almuerzo y de un humor miserable todo el fin de semana.

Tienes que arreglar las cosas con ella, reflexionó. No importa lo que suceda aquí ella es tu hija, y ya no ese bulto que llora, defeca y orina. Es una mujer ahora, una persona real, y necesita una madre.

Marcó su número.

El correo de voz respondió.

"De acuerdo, soy una idiota," dijo Avery. "Rose, habla tu mamá. Dios, ni siquiera merezco llamarme así, ¿verdad? Sé que no he estado para ti. Probablemente nunca he estado para ti de la forma que tú lo necesitabas. Fui una madre horrible. Es cierto, lo sé. Pero era joven, y estúpida, y tener un hijo es *difícil*. Esa no es una excusa," se corrigió inmediatamente. "Esto es todo mi culpa. Jack era genial, realmente era genial, especialmente contigo. Dame otra oportunidad, Rose. Odio lo que nos sucedió. Por favor. Otra oportunidad. Te prometo que repararé el pasado. Puedes no aceptarme como madre, pero al menos me gustaría intentar serlo."

El correo de voz le colgó.

"Mierda," susurró Avery.

Estaba a punto de volver a llamar cuando entró a Watertown. El área no le resultaba tan familiar como Cambridge o Boston. En un semáforo, ingresó la dirección de Edwin Pesh y vio el punto rojo tintineando en su pantalla.

A cinco minutos de distancia.

Dos.

La casa de Edwin Pesh estaba en un estado lamentable. La pintura gris estaba descascarándose del exterior de paneles de madera. Una persiana azul colgaba de un solo enganche, y el techo estaba cubierto de hojas y ramas. A diferencia de las demás casas de la cuadra, los árboles envolvían

la propiedad entera en lúgubres sombras. El césped no había sido cortado en meses, y las flores estaban marchitas o muertas.

Una camioneta azul oscuro reposaba en la entrada.

Es aquí, pensó. Esta es su casa.

Todo volvió a ella: sus conversaciones con Randall, las rutas de auto desde el parque Lederman y Cambridge, el secuestro de Cindy Jenkins, y el asesino, girando y haciendo una reverencia y entrando en su vehículo para escapar.

Mantuvo el auto en una lenta marcha y avanzó por la calle. En la intersección, giró y estacionó. Metió un clip extra en su bolsillo trasero. Una linterna portable y poderosa estaba enganchada a su cinturón. El walkie-talkie quedó en el asiento del auto.

No vayas ahí sola, pensó. Llama y pide apoyo.

¿Y si tiene otra víctima? se preguntó. Ahora mismo, tienes el elemento sorpresa. No hagas una escena. Entra sola. En silencio. Rápidamente.

¡Necesitas ayuda! contendió.

Por un segundo, pensó en llamar a Connelly o Thomson, o incluso a Finley. No, argumentó, a ellos no. *¿Por qué?* exigió. No confías en Connelly ni en Thompson, y Finley es una bala perdida.

Una voz entró a su cabeza, una de las conferencistas en su graduación de la academia de policía, una mujer que había dicho, "Todo el mundo necesita ayuda. No estás sola como oficial de policía. Eres parte de un equipo. Confía en ellos."

Durante años, ella había estado sola. Nadie había sido su amigo luego de que su mundo colapsara. Durante sus primeros años en la policía, casi todos habían sido enemigos. Extrañamente, una persona se destacaba en la memoria reciente: Ramírez. Desde el comienzo había sido honesto con ella, y apreciativo, y un verdadero compañero en todo sentido de la palabra. Está herido, pensó. Fuera de servicio. De todas formas.

Marcó su número.

Ramírez atendió al primer ring.

"¿Dónde has estado, Black?" dijo él. "Escuché que O'Malley te sacó del caso. ¿Qué demonios pasó?"

"¿Dónde estás?" dijo ella.

"Estoy en casa. El hospital me dejó ir. No se supone que haga ninguna actividad pesada por un tiempo, pero estoy aburrido *como no te imaginas*. Por favor dime que estás en mi vecindario."

"Encontré al asesino," dijo ella. "Su nombre es Edwin Pesh. Vive en Watertown. Estoy justo afuera de su casa."

"Vaya."

"¿En cuánto tiempo puedes llegar aquí?"

"¿Hiciste la llamada?"

"Te llame a *ti*," dijo ella.

"De acuerdo," murmuró y lo pensó bien. "De acuerdo."

"Anota esta dirección," dijo ella y le dio los detalles.

"Estaré ahí en veinte minutos," contestó él, "tal vez menos si ignoro los semáforos. No entres sin mí, ¿entendido?"

Colgó.

Como si fuese otro transeúnte en una agradable tarde de domingo, Avery cerró su auto y se caminó calle abajo.

Su corazón latía rápido.

En la casa, se agachó y corrió hasta la entrada.

Colocó una mano en la parte trasera de la camioneta y observó el costado de la casa. No había luces encendidas. El interior era apenas visible a través de las ventanas del primer y segundo piso. Las ventanas del sótano estaban pintadas de negro.

Sus dedos pasaron sobre la chapa matrícula e instantáneamente sintió una sustancia extremadamente pegajosa en los bordes. Camioneta, pensó. Licencia falsa, pegada con cinta. *Familia*. Villasco había hablado. La casa oscura surgía por arriba. En una de las ventanas, vio un gato gris.

Causa probable.

Avery desenfundó su arma.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Edwin Pesh estaba teniendo un fin de semana atormentado. El Todopoderoso se negaba a dejarlo en paz. No había podido dormir el sábado a la noche; la voz en su cabeza le había pedido continuamente *más, más*, y las muchas responsabilidades con las que *aún* tenía que lidiar solo comenzaban a pasarle factura.

Abatido y agotado, se sentó en una de las habitaciones del segundo piso rodeado de gatos. Gatos de todas las formas y variedades ronroneaban e intentaban sentarse en su regazo. Había al menos diez de ellos sólo en esa habitación. Algunos miraban por la ventana. Otros dormían en rincones, o en la cama de una plaza, o comían de alguno de los muchos platos de comida disponibles en los pisos de madera.

Wanda Voles... el nombre de Wanda Voles era mencionado repetidamente por el Todopoderoso, tanto que Edwin sabía lo que tenía que hacer. Levántate, pensó. Ocúpate de los gatos, pasea a los perros, luego regresa a Bentley y *busca a Wanda Voles*.

¡No! gritó su mente.

¡Sí! contestó gritando.

Un ladrido vino desde abajo, y luego múltiples ladridos.

Instantáneamente alerta, Edwin se paró y miró hacia afuera por la ventana.

El patio trasero estaba vacío.

En el costado de la casa, alguien estaba en cuclillas detrás de su camioneta.

La policía, pensó.

Un momento inicial de miedo se desvaneció de sus pensamientos y Edwin se preparó para convertirse en un recipiente para el Todopoderoso, un cuerpo viviente habitado por un dios.

Con los ojos cerrado, tomó un profundo aliento, abrió sus brazos a lo ancho, y presionó sus manos juntas sobre su cabeza. Una simple sentadilla, tres veces, y abrió sus ojos nuevamente, encendido por un fuego interno.

En su mente, se imaginó que el Todopoderoso había tomado control sobre él; el ser celestial estaba dentro de su cuerpo, formando sus puños y dirigiendo sus pensamientos y acciones.

Te acepto sin reservas, juró.

El ejercicio tradicional jamás le había resultado atractivo a Edwin. Por el contrario, normalmente ejecutaba una serie de saltos, giros, y movimientos de tensión muscular provistos por el Todopoderoso para prepararlo para cacerías y en el caso de un ataque externo.

Luego de años de práctica dentro de su casa, y ahora con el Todopoderoso dentro de sí, Edwin estaba seguro de que podía vencer a cualquier enemigo.

Amenazan nuestra causa, gimió el Todopoderoso en la mente de Edwin. *No podemos permitir que frustren nuestros planes. Ve, mi polluelo. Ve... y caza.*

* * *

Los perros ladraron desde el interior de la casa. Tenía que haber dos o tres de ellos. Uno era un pit bull grande que aparecía por la ventana del primer piso.

Mierda, pensó. *Muévete.*

En cuclillas, Avery corrió hasta el patio trasero.

Los perros la siguieron ladrando.

Una puerta hacia un sótano estaba pintada de azul. Intentó abrirla. Trabada. Había un porche y una puerta trasera. Se puso de pie y espió hacia el interior. Instantáneamente, la cara del pit bull volvió a aparecer. El ladrido se volvió feroz. Había dos otros perros, ambos pequeños: un pug y uno que parecía ser un caniche. Pudo ver también numerosos gatos.

La puerta trasera estaba trabada.

Golpeó su arma contra una de las placas de vidrio cerca de la cerradura.

El vidrio se hizo pedazos.

El bozal del pit bull se abrió de un chasquido. Avery se puso de pie y registró los movimientos de los tres perros. Cuando el camino estuvo libre, metió la mano y destrabó la puerta.

Un sentadilla la llevó hasta abajo. Con la espalda protegida por la puerta de madera, Avery puso una mano en el pomo. El arma estaba en su otra mano. Escuchó para saber los tiempos: el pit bull ladraba y saltaba, se quedaba en el suelo un momento, luego repetía el proceso.

Cuando el pit bull estaba a punto de saltar, Avery abrió la puerta.

El perro salió corriendo. Un pequeño golpecito con su pie y el pit bull cayó rodando por los escalones. Los dos otros perros aparecieron e

intentaron tomar carrera para poder girar y alcanzar a Avery. Ella sencillamente sostuvo el pomo de la puerta, giró hacia adentro de la casa, y cerró la puerta.

Los ladridos continuaron, pero ya no la molestaban.

Avery estaba adentro.

Un rato ronroneó contra su pierna.

La cocina estaba junto a ella. A su izquierda había un pequeño comedor, y más adelante había una sala de estar y dos gatos más. Algunas plantas adornaban los alféizares de las ventanas. Parecían las variedades más fáciles de mantener: cactus y potos.

Con el arma baja, Avery se movió a través de la casa.

Mantente alerta, pensó. Él debe saber que estoy aquí.

"¡Edwin Pesh!" gritó. "Es la policía. Pon tus manos a la vista y sal a una zona visible. Hay dos oficiales más afuera," mintió. "Los refuerzos están en camino. En unos minutos, la manzana entera estará llena de policías.

¡Edwin Pesh!"

A la vuelta de un rincón había una escalera a un segundo piso. Más gatos decoraban los escalones.

Avery se deslizó hacia arriba por las escaleras alfombradas, el arma apuntando directamente hacia adelante y arriba, donde podía ver una barandilla envolvente. Los gatos se seguían cruzando en su camino. Los empujó gentilmente hacia un lado.

El segundo piso estaba vacío, pero encontró aún más gatos. No había cuadros en las paredes. Ninguna fotografía de ningún tipo. Sólo dos habitaciones espartanas que estaban completamente cubiertas de gatos. Cada armario fue abierto. Buscó debajo de las camas y en los recovecos. Edwin Pesh no estaba en ninguna parte.

La puerta hacia el sótano estaba en la cocina.

Junto a la puerta había un teléfono.

Avery lo levantó y marcó el 911.

"Habla el servicio de emergencias," dijo una mujer. "¿En qué le puedo ayudar?"

"Mi nombre es Avery Black. Estoy con la A1 de Boston," contestó y ofreció su número de placa. "Estoy en la casa de un posible asesino serial y necesito apoyo."

"Gracias por su llamada, Detective Black. ¿Puede por favor...?"

Avery dejó el teléfono colgando.

El sótano estaba oscuro. Un interruptor a su derecha iluminaba otra puerta al final de los escalones. Se abrió camino hasta abajo. Las paredes estaban recubiertas de madera sin pintar.

Al final de los escalones, abrió la segunda puerta.

Otro pasillo perpendicular a las escaleras. Más luces tenues colgaban desde el techo de madera e iluminaban el espacio. Giró a la izquierda, y tuvo que hacer otro giro rápido a la izquierda hacia un pasillo mucho más largo.

Cada centímetro cuadrado de las paredes del pasaje más largo estaba cubierto de fotografías, cientos de fotografías. Las fotografías parecían estar organizadas horizontalmente. Si seguía una hasta el final a la derecha, contaba una historia. Un gato negro estaba en un cuadro, sentado en una cornisa. En el próximo cuadro, el gato parecía estar muerto en el piso. En el próximo, el gato estaba parcialmente abierto, revelando sus interiores. Cada imagen consecutiva mostraba al gato en alguna etapa de la taxidermia.

Las puertas interrumpían las paredes a ambos lados.

Es como un laberinto, pensó ella.

"*¡Edwin Pesh!*" gritó. "Es la policía. ¡Déjate ver! Coloca tus manos donde pueda verlas y sal al pasillo."

Esperó una respuesta.

Nada, sólo perros ladrando a la distancia, y el movimiento de un gato naranja que la había seguido hasta el sótano.

La primera puerta a su izquierda fue abierta. La oscuridad ensombrecía la habitación. Avery encendió su linterna, la sostuvo alineada con la boca de su arma. Giró hacia adentro. Podían verse frascos en la pared trasera, fila tras fila de frascos con sustancias multicolores. Una mesa médica plateada se encontraba a su izquierda, junto con equipamiento médico, líquido para embalsamar y herramientas.

Demonios.

Un gato se frotó contra su pierna.

Asustada por el contacto, Avery apuntó su arma hacia abajo y casi dispara.

"Jesucristo," suspiró.

Por un momento, sus ojos se cerraron.

Las tablas del piso crujieron detrás de ella. En el segundo que le tomó a Avery ponerse alerta y darse la vuelta, sintió un pinchazo en la nuca y escuchó a alguien correr por el pasillo.

¡Mierda!

Un mareo se extendió por su cuerpo.

Así no, peleó. No puedo irme así.

Energizada por el pensamiento de que sólo tenía unos instantes antes de que la extraña mezcla tuviese efecto, Avery lanzó un enmudecido y apenas perceptible aullido y se tambaleó por el pasillo. Se daba contra las paredes en el camino. Los cuadros volaban y se hacían añicos en el piso. Cada puerta que encontró fue abierta. La linterna se azotaba de un lado al otro.

A ciegas, disparó.

Las imágenes aparecían como en un sueño borroso: una habitación que se parecía más a una celda con rejas y piso de paja; otra habitación llena de perros y gatos disecados.

Cuando llegó a la última puerta, Avery cayó de rodillas.

La linterna cayó desde su mano.

Giró el pomo de la puerta y lo empujó hacia adentro.

Pudo ver a Edwin Pesh en el borde externo del resplandor de la linterna.

Avery se cayó sobre su pecho. Sostuvo el arma delante de su cuerpo y se preparó para disparar. De pronto, ligero como una pluma, Edwin saltó de un lado al otro de la habitación, una y otra vez, en rápidos movimientos gatunos que lo hacían difícil de apuntar.

Mareada. La mente de Avery estaba mareada y se desvanecía rápidamente. El arma era pesada, demasiado pesada para sostenerla. Bajó el arma al piso. Su mejilla tocó el piso frío, pero siguió mirando a Edwin Pesh.

Edwin se acomodó en cuclillas, los ojos amarillos iluminados por la linterna.

Avery podía sentir como su conciencia se desvanecía.

Edwin se irguió en toda su estatura y caminó hasta ella.

"Shhhhh," suspiró.

Así no, pensó Avery.

Con un gran esfuerzo, y su muñeca balanceada en el piso, Avery alzó la boca de su arma hacia la entrepierna de Edwin y disparó tres veces. *¡Crack! ¡Crack! ¡Crack!*

El arma cayó de su mano.

Los pies de Edwin estaban delante de ella. Pudo ver como sus piernas se doblaban. De repente, bajó y cayó hacia el costado.

Edwin yacía allí, derrumbado, junto a ella. Su rostro estaba a apenas centímetros del de ella. Ambos yacían uno junto al otro, cada uno

congelado, cada uno muriendo, los ojos fijos en los ojos del otro.

Sus ojos fijos en los de ella. En el sueño brumoso de cual fuera la droga que había envenenado su sistema, sus ojos parecían increíblemente grandes, amplias piscinas de oscuridad. Una sonrisa se formó en sus labios.

"Más," susurró. "Más."

Nada más salió de él, nada más se movió. Los labios permanecieron en una sonrisa parcial, y sus ojos completamente abiertos, quemando su alma.

En su mente, Avery escuchaba, *Más. ¡MÁS!*

Una voz masculina resonó por los pasillos.

"¿¡Avery!?"

Una mano tocó su cuello y buscó el pulso. Alguien maldijo y luego habló en una voz deformada, apenas reconocible: "Háblame, Black. ¿Puedes oírme? Intenta permanecer con vida. La ayuda viene en camino."

Pero ella sentía como se debilitaba.

Su voz volvió, esta vez con pánico.

"¡Mierda, Black, no te me mueras ahora!"

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Avery se despertó en una cama de hospital, aturdida y con la garganta seca y dolorida. Todo en su cuerpo dolía, como si le hubiesen drenado toda la sangre y la hubiesen reemplazado con algún tipo de fluido pesado y tóxico. Tenía una bolsa de suero conectada al brazo. Un monitor cardíaco sonaba desde algún sitio fuera de su vista.

La habitación estaba llena de globos y flores.

En una silla junto a ella, desplomado en el sueño, estaba Ramírez. Estaba tan relajado e impecablemente vestido como el primer día que se conocieron. Un brillante traje azul adornaba sus formas; la camiseta blanca era brillante y resaltaba su bronceado y su cabello oscuro peinado hacia atrás.

Una enfermera entró.

"Estás despierta," notó, sorprendida.

Avery abrió la boca.

"No intentes hablar todavía," dijo la enfermera. "Llamaré al doctor. Debes tener hambre. Déjame ver que puedo conseguir."

Ramírez se sacudió a sí mismo del sueño y bostezó.

"Black." Sonrió. "Bienvenida de nuevo a la tierra de los vivos."

Avery susurró una muy dolorosa y áspero.

"¿Cómo?"

"Tres días," dijo él. "Has estado inconsciente durante tres días. Vaya. Eso fue una locura, déjame decirte. Estás en el Hospital General de Watertown. ¿Estás bien? ¿Quieres descansar más? ¿O quieres que hable?"

Avery nunca se había sentido tan vulnerable en su vida. No sólo estaba inmovilizada en una cama de hospital, prácticamente incapaz de moverse, sino que apenas podía hablar.

Asintió y cerró los ojos.

"Habla."

"Bueno, eres una *loca*, Avery Black. Al menos *alguien* te dio el sentido común para llamarme, y para marcar el 911 cuando estabas en la casa. Si hubieses esperado, quizás no estarías aquí ahora. Pero dejemos eso para otro momento.

"Lo atrapaste," dijo él.

La sonrisa volvió.

"Tres disparos, cada uno acertado. Uno en la entrepierna, uno a través del corazón, y el último en la cara. Está muerto. No más chicas para él.

"Tienes suerte de estar viva." Silbó. "¿Lo sabes? Te llenó el cuerpo con una cosa horrible. Paraliza el cuerpo por como seis horas y te va comiendo las entrañas lentamente hasta que te mueres. Los médicos nunca habían visto algo así, pero pudieron fabricar un antídoto usando la jeringa que usó. De todas formas, estabas pendiendo de un hilo por un tiempo."

Ella miró las flores y los globos.

"Tuviste muchas visitas," dijo él. "El capitán vino, Connelly. Incluso Finley. No fue gran cosa para ellos, en realidad. Todos me siguieron a la casa."

Ella le echó una mirada.

Él hizo una mueca.

"Puede que tú estés loca," dijo él, "pero yo no. Llamé a Connelly en cuanto terminaste de hablar por teléfono conmigo. ¡Necesitaba apoyo!"

Avery le dio una profunda mirada de curiosidad. Sus ojos de color marrón oscuro, usualmente juguetones e inquisitivos, le llegaban con una calidez y cuidado, como si ofreciesen más.

"¿Tú?" preguntó ella.

El rubor pintó su cara de rojo.

"Bueno," murmuró, y se le hizo difícil formular el resto. "He estado aquí un tiempo, eso es cierto. Sólo quería asegurarme de que mi compañera estuviese bien. Además," se encogió de hombros, "Todavía tengo que descansar mi herida, ¿verdad? Simplemente pensé: ¿por qué no hacerlo aquí? Mi apartamento se siente solitario a veces, ¿sabes? En fin, estoy feliz de que estés bien," dijo, y tuvo problemas para hacer contacto visual con ella. "Te dejaré sola. Los doctores se la pasan diciendo que tienes que descansar."

"No," susurró ella.

Dócilmente, ella estiró su mano.

Ramírez tomó sus dedos y los apretó fuerte.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Cuando se corrió la voz de que Avery estaba sana y salva, la lista de visitas aumentó. Finley vino en la tarde, junto con el capitán O'Malley y Connelly, quien esperó junto a la puerta con la cabeza baja.

"Demente bastardo," dijo O'Malley. "Tenía todo un jardín en ese sótano, del otro lado de la sala médica. El tipo estaba cultivando cualquier tipo de alucinógeno que te puedas imaginar. Tenía algunos contactos por ahí también, así que vamos a detener la ruta del tráfico inmediatamente. Excelente trabajo, Avery."

"Averiguamos lo de los cuerpos, también," intervino Connelly. "Puede que haya adorado a 'La Tres Gracias' del mito romano. Eran seguidoras de la diosa Venus: tres jóvenes muchachas que adoraban a la belleza. Pensamos que tal vez por eso las hizo parecer vivas en su muerte. Tenía un montón de dibujos en la casa."

Finley no hacía otra cosa que tocar los regalos apilados en los alféizares.

"Demonios," dijo, "¿el alcalde te envió flores? Nunca he recibido nada del alcalde. Apuesto que si me hubieses llamado a *mí* por apoyo, el alcalde me habría enviado flores a *mí* también. Maldito Ramírez," dijo. "Yo era tu compañero. Yo."

O'Malley se estrujó la cara mirando a Avery.

"Hablaremos de tu falta de protocolo cuando estés lista," dijo él. "Por ahora, descansa y mejórate."

* * *

Randy Johnson vino a visitar a Avery más tarde esa noche. La alegre forense de baja estatura se había arreglado el cabello en un afro salvaje. Tenía puesto un vestido a lunares rojo y trajo flores y un periódico. Avery acababa de terminar su cena y ya estaba exhausta.

"¡Oye, chica!" dijo Randy. "Me enteré de que estabas despierta."

Avery intentó una sonrisa.

"No intentes hablar. No intentes hablar," insistió Randy. "Sé que tuviste un día ocupado. Sólo vine a asegurarme de que mi amiga estuviese viva y coleando." Sus ojos se ensancharon. "*¡Y a chismosear!*"

Se sentó junto a ella.

"Primero que nada, creo que Dylan Connelly *definitivamente* está enamorado de ti. No es broma. Vino un par de veces a preguntar por el caso y dos veces preguntó por ti. La primera vez fue tipo, 'Oye, ¿ya fuiste a visitar a Black?', muy casual y todo eso. Y la segunda vez fue hoy. Fue tipo, '¿Cómo está Black?'. No recuerdo que ese hombre me haya hablado *jamás* fuera de cosas relacionadas a casos. ¿¡De verdad!?! Tienes un novio si lo quieres."

Una mueca de desaprobación se plantó en el rostro de Avery.

"Sí, él no es para ti," dijo Randy, "¿pero Ramírez? Él es un encanto. Tienes que ir y conseguir a ese chico, amiga. ¡Te salvó la vida!"

Ella sonrió, luego lentamente su sonrisa se desvaneció.

"¿Podemos *por favor* hablar del asesino de mujeres?" agregó ella. "¿Es demasiado pronto?"

Avery le mostró un pulgar hacia arriba.

"Treinta y seis gatos," dijo Randy con incredulidad. "*¡Treinta y seis!* ¿Quién tiene treinta y seis gatos? ¿Y tres perros? ¿Y quieres saber que es más loco que eso todavía? Eran todas hembras. No había ningún macho entre todos. ¿Y todas esas fotografías en las paredes en el sótano? No se si recuerdas, pero tenía un montón de fotografías enfermizas de gatos y perros y las chicas que asesinó, y cada fotografía mostraba una etapa diferente de su transformación, ¿sabes? Todas chicas. Un hombre blanco loco con un club de niñas para él solo. Connelly dijo que tenía algo que ver con mitología romana, y Afrodita y todas estas mujeres, pero yo creo que el tipo estaba loco."

Un sonido escapó de los labios de Avery.

Se aclaró la garganta y se enfocó en una sola palabra.

"¿Familia?"

"¿Si tenía parientes?" preguntó Randy para confirmar. "¿Es eso lo que quieres saber? Oh, sí. El tipo que se disparó a sí mismo era su tío. Pensé que sabías eso. Está todo aquí en el periódico," dijo. "El tío contrató al asesino hace alrededor de un año. Al asesino conoció a todas esas chicas en una feria laboral. Las conoció más cuando vinieron a la oficina."

Colocó el periódico sobre el pecho de Avery.

El titular decía "Asesino de la Universidad Capturado" con una foto de la escena del crimen. Un título más pequeño decía "Abogada caída en Desgracia Ahora es Policía es Estado Crítico" con un artículo sobre cómo

ella abandonó una escena del crimen viable para encontrar al *verdadero* asesino.

"¡Eres una heroína!" festejó Randy.

Era difícil para Avery pensar en sí misma como una heroína o cualquier otra cosa. Su mente estaba demasiado aturdida como para concentrarse en algo por mucho tiempo, y su cuerpo seguía en un shock post-parálisis que hacía que moverse fuera difícil.

Heroína. Eso no es lo que ella quería. Eso nunca fue lo que quería. Sólo quería corregir las cosas que estaban mal, poner a estos bastardos tras las rejas para siempre.

Reparar el daño, se dio cuenta, por algo que no podría jamás reparar.

Sus ojos se volvieron pesados, y mientras el sueño caía sobre ella, le fue difícil creer que podría caminar nuevamente.

CAPITULO TREINTA Y OCHO

El jueves por la mañana, sorprendentemente, Avery se despertó alerta y físicamente capaz. Podía mover sus brazos fácilmente, sin el peso paralizante, sentarse por su cuenta, y pensar claramente. Una corta conversación con la enfermera de la mañana confirmó que los músculos de su garganta estaban más fuertes.

Los eventos de la casa eran difíciles de recordar. Podía ver a los perros, todos los gatos, y las extrañas pareces del sótano hechas de madera y cuadros con fotografías. Incluso había una imagen atemorizante de Edwin Pesh como una araña con dos ojos brillantes, saltando de un lado de la habitación al otro. ¿Cómo había salido con vida? Sólo recordaba un susurro y el rostro de Ramírez.

La puerta se abrió, y Avery levantó la vista, en shock. Su corazón se aceleró ante lo que vio: Rose entró corriendo a la habitación.

"¡Mamá!" lloró y la abrazó fuerte. "Estaba tan preocupada por ti."

Avery cerró los ojos y abrazó a su hija con igual intensidad. Las lágrimas rodaban por su rostro mientras el apretado abrazo le entibiaba el corazón.

Avery recordaba fragmentos de su sombrío almuerzo, el mensaje que le había dejado antes de entrar estúpidamente a la casa de un asesino sola.

Volvió, pensó Mi Rose volvió a mí.

Rose eventualmente la soltó.

"He estado llamando a todo el mundo," dijo ella. "No tenía idea de dónde estabas. Nadie me daba respuestas. *Finalmente*, tu capitán me devolvió la llamada y me dijo que estabas aquí y que estabas consciente. Vine lo más pronto que pude."

Avery sonrió, incapaz de hablar a través de sus lágrimas.

"Mamá, me sentí mal por la forma en que dejamos las cosas. Lo siento tanto. Toda la semana, todo lo que podía pensar era: si mamá muere, tendrás que vivir pensando en cómo actuaste por el resto de tu vida. Lo siento tanto. Es sólo..."

Las lágrimas cayeron por las mejillas de Avery.

"Es *mi* culpa," dijo ella. "No te lles la culpa *tú*, Rose. Yo soy quien tiene la culpa. Soy tu madre, y te prometo que lo arreglaré."

Lloraron y se tomaron de las manos, y Avery sintió que toda la pesadez que había llevado colgada al cuello todos estos años se levantaba lentamente. Esto, se dio cuenta, era lo que estaba recuperándola. Más que atrapar a cualquier asesino.

Hablaron y hablaron, como lo hacían en los viejos tiempos, y no se soltaron las manos durante horas. Finalmente, Avery sintió que era tiempo de volver a vivir.

* * *

Ramírez apareció nuevamente cerca del mediodía. Parecía más relajado vestido con vaqueros de diseñador, una camisa rosa claro abotonada, y zapatillas deportivas blancas.

"Oye, Avery," dijo como si formase parte del lugar. "Traje el almuerzo," dijo, y levantó una canasta de picnic. "Espero no ser mucha molestia, pero mi madre siempre me dijo que el camino al corazón de una mujer es a través de la comida."

"¿Estás intentando llegar a mi corazón?" preguntó Avery.

"Ya sabes, ya sabes," dijo él sin hacer contacto visual. "Tú salvaste mi vida. Eres mi compañera. Yo salvé *tu* vida."

Levantó la vista.

Los ojos marrones oscuros buscaban sus más íntimos sentimientos.

"Si no quieres que me quede," agregó abriendo una canasta llena de pollo frito y cerezas y gaseosa, "supongo que puedo volver a casa."

Avery sonrió.

Durante los momentos difíciles en su vida, siempre había buscado la compañía de hombres como Ramírez. No, se dio cuenta. No *exactamente* como él. Los otros hombres eran burdos, mujeriegos, más interesados en aventuras de una noche que en una verdadera relación. Pero Ramírez, pensó ella, él es dulce. Y lindo. Y realmente parece importarle.

¡Es tu compañero! gritó su mente.

¿Y qué? pensó con abandono. Esta es la *nueva* tú, y la nueva tú puede hacer lo que quiera.

"Quédate," dijo con una sonrisa traviesa. "Me *encanta* almorzar."

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Avery fue dada de alta el viernes.

Ramírez la recogió y la llevó hasta su auto, el cual estaba estacionado a media cuadra de la casa del asesino. Mientras pasaban, Avery le dio una larga y solemne mirada.

"¿Estás bien?" dijo Ramírez. "¿Esto no te asusta ni nada?"

"Estoy bien," contestó ella.

No sólo se sentía bien. Se sentía mejor que bien.

Todo sobre su nueva vida parecía diferente ahora, mejor. Tenía planes para ver a Rose pronto. Ramírez había venido todos los días a hacerle compañía. Las cartas que había recibido en su habitación del hospital había sido una lección de humildad. Tantas personas le habían enviado sus buenos deseos que se dio cuenta de que incluso cuando se *sentía* sola en los últimos tres años, nunca había *estado* sola.

Avery salió de un salto y le sonrió a Ramírez por sobre el capó.

"Bueno," dijo, "esta es mi parada. Gracias por todo."

"¿Vuelves a la oficina?"

"Sí."

"¿Quieres que te acompañe?"

"No," dijo ella. "Está bien. Disfruta tus vacaciones. Seguro que tendré que ponerte en otra situación de vida o muerte pronto."

Ramírez le mostró una sonrisa ganadora.

"Eso espero."

El camino de vuelta a la oficina estuvo lleno de emociones para Avery. La excitación y el miedo rondaban sus pensamientos. A pesar de haber resuelto al caso, había sobrepasado algunos límites: había ignorado órdenes directas de su oficial al mando y abandonado una escena del crimen para perseguir la pista de Edwin Pesh.

Estará bien, pensó. Lo atrapaste.

En el estacionamiento policial, los oficiales le echaban miradas determinada y alzaban sus pulgares y puños al pasar.

"Bien hecho, Black," gritó alguien.

El elevador del segundo piso pasaba a través del mismo estacionamiento y dentro de la planta baja de las oficinas de la A1. Al ver a Avery, la mitad de la estación aplaudió. Algunos oficiales la ignoraban y continuaban con

su trabajo, otros tenían expresiones en blanco, como si se sintiesen forzados a estar de acuerdo con sus entusiastas colegas, pero en general, Avery se deleitó en el momento.

Levantó una mano humilde, bajó la vista.

"Gracias."

En el segundo piso la recepción fue aún más bulliciosa. Durante al menos un minuto, todo el trabajo se suspendió en Homicidios para que la gente pudiese ponerse de pie y aplaudir y asentir con la cabeza.

"¡Asesinos seriales, cuídense!" gritó alguien.

"¡Lo atrapaste, Black!"

"Es bueno tenerte de regreso."

Finley corrió hacia ella, y aunque se mostraba reticente a tocarla o darle muchos elogios físicos delante de los demás, le palmeó profesionalmente la espalda y señaló a su rostro.

"Esa es mi compañera," dijo. "¿Ven eso? Resolvemos crímenes. Los malditos asesinos no tienen posibilidades con Black y Finley en sus espaldas."

"De vuelta al trabajo." O'Malley aplaudió desde la puerta de su oficina. "Black," gritó y le hizo señas. "A mi oficina."

Connelly la miraba desde su escritorio; le hizo un gesto cortante con la cabeza, y se volvió a su escritorio. Para Avery, parecía que estaba sólo moviendo papeles de un lado al otro e intentando parecer ocupado. Mantuvo su mirada fija en él. Luego de unos segundos, como sospechaba, volvió a levantar la vista. Furioso por haber sido descubierto, gruñó y se alejó caminando.

"Cierra la puerta," dijo O'Malley. "Siéntate."

Avery cerró la puerta y se sentó.

"Es bueno tenerte de regreso," dijo, evadiendo la mirada. "¿Cómo te sientes?"

"Estoy mejor. Gracias."

"Como te dije en el hospital, tenemos algunas preguntas para conectar todo. Déjame hacerte esas primero."

Leyó algo en un trozo de papel.

"¿Por qué abandonaste la escena del crimen en la casa de Villasco?"

"No era nuestro tipo," dijo.

"¿Cómo pudiste saber eso?" preguntó y la miró con curiosidad. "El tipo se disparó en la cabeza. Trabajaba en Devante. Caso cerrado."

Avery frunció el entrecejo.

"No se sentía bien. Dijo algo, algo sobre la familia. No recuerdo exactamente, pero era como si estuviese encubriendo a alguien. No había ninguna camioneta en la casa, ni una habitación para taxidermia. Parecía solitario, solitario y asustado. Me estaba perturbando, no podía dejar de pensar en eso, y en la lista que me dio McGonagle, tenía una pista más para revisar."

"¿Cómo se convirtió Edwin Pesh en sospechoso?"

"Vivía en Watertown. Tenía sentido que el asesino viviese en Watertown o Belmont dada la dirección que tomó su auto desde el parque Lederman y Cambridge."

"Así que, siguiendo una corazonada, abandonaste una escena del crimen, y a tu compañero, y te dirigiste a Watertown por tu cuenta."

"No fue mi intención."

"Espera," dijo él. "Ahora no. Primero responde la pregunta."

"Correcto," respondió ella.

"¿Qué te hizo llamar a Ramírez? Está fuera de servicio. ¿Y al 911?"

"En cuanto vi la camioneta, llamé a Dan. Me di cuenta que podría necesitar ayuda. La llamada al 911 fue hecha desde la casa. Me estaba asustando con todos los animales."

"¿Por qué no llamaste a Connelly? ¿O a Thompson? O incluso a Finley. Todos ellos estaban en tu equipo."

Avery levantó la vista.

"¿Sinceramente? No estaba segura de poder confiar en ellos."

"¿Entonces decidiste confiar en un tipo que se estaba recuperando de una herida de arma blanca? No fue una movida inteligente, Avery. Funcionó. Ramírez fue lo suficientemente listo como para llamar y pedir apoyo, pero espero más de alguien a quien acabo de promover a detective principal. Ellos son tus nuevos compañeros de equipo y tienes que aprender a jugar bien en equipo."

Cuando Avery era abogada, cada uno estaba por su cuenta. Incluso cuando estaba asignada a otros abogados en un grupo investigativo, todos estaban constantemente intentando superar al otro para poder lucirse frente al jefe. Había sido una existencia desalmada y feroz, y esa existencia la había seguido hasta la A1.

"Puedo hacerlo mejor," dijo ella.

"Sí, bueno, nadie te ha dado la bienvenida desde que llegaste aquí arriba, comprendo eso. Y hasta que te ocupaste personalmente de los Asesinos del Lado Oeste, eras casi que persona non grata abajo también, ¿verdad? Las cosas son diferentes ahora, Avery. Acabas de resolver un gran caso público."

"¿Estoy de nuevo en Homicidios?" Preguntó.

O'Malley levantó sus cejas.

"'¿Estoy de nuevo en Homicidios?'" ¿De verdad? Desafiaste mis órdenes de mantenerte alejada del caso. Abandonaste una escena del crimen. Ignoraste a tus compañeros y casi haces que te maten. ¿Realmente crees que mereces volver a Homicidios?

"Sí," dijo ella, con un destello de determinación en sus ojos. "Lo creo."

O'Malley sonrió.

"¿Cómo puedo decirle que no a una heroína?"

Su sonrisa se ensanchó.

"¡Por supuesto que puedes volver!" dijo él. "Ahora vete de aquí. Tómate el resto del día libre. Vuelve el lunes y comienza la semana de cero. Y mientras te regodeas en tu gloria actual, ¿me haces un favor?" Movi6 cosas en busca de unos papeles. "Llama al alcalde. Este es su número personal. Y a Miles Standish también, el dueño de Devante. Noté que ambos te enviaron flores y una tarjeta."

Se puso de pie y le hizo un saludo, y ella se conmovió con el gesto.

"Excelente trabajo, Avery."

CAPÍTULO CUARENTA

El sábado por la mañana, Avery purgó su apartamento.

Cajas de fotos fueron revisadas, junto con artículos de periódicos del tiempo en que defendió a Howard Randall; ropa que usaba cuando era abogada, todo lo de su vida pasada, una vida que ya no la definía. Guardó fotos de Rose, ropa que tenía significado especial, pero la mayor parte fue a la basura.

Las luces estaban encendidas, todas, lo cual nunca había hecho antes, y cuando veía las paredes pintadas y la alfombra y la cocina, pensaba: compraste este lugar después de Randall y justo antes de ser policía; aun apesta a tu sufrimiento de esa época. Igual que tú, este lugar necesita cambiar.

Es hora, se dio cuenta, de venderlo. De seguir adelante. De comprar una casa nueva en la ciudad, quizás más cerca de Rose, si ella se lo permitía.

Avery se paró en su porche y miró al cielo y se dio cuenta de que aún había algo que tenía que hacer, algo que realmente le pondría fin al pasado.

Tomó las llaves del auto y salió.

El camino a la casa correccional de la Bahía Sur fue fácil para ella ahora; había hecho el viaje tantas veces. Hizo una llamada en el camino para reservar una cita con Howard Randall.

"No puede hacer citas el mismo día," dijo la mujer.

"Este es un gran paso para mí," respondió Avery. "Estoy *haciendo* una cita."

"Lo lamento, pero..."

Avery colgó.

En la prisión, los guardias se apresuraron a felicitarla por descubrir y detener a quien se había hecho conocido como el Asesino de las Universitarias. Una vez más, la oficial femenina dentro de su cabina verde estaba molesta porque Avery no había hecho una cita, pero la reconocía de sus fotografías anteriores, y ahora, de los periódicos.

"Detuviste a ese asesino, ¿verdad?"

"Sí," dijo Avery con orgullo, "Lo hice."

"De acuerdo, no necesitas una cita hoy. Buen trabajo."

Howard Randall tenía una sonrisa en su rostro cuando Avery fue guiada hasta la sala de conferencias en el sótano. Las manos estaban esposadas y

juntas sobre la mesa.

"Felicitaciones," dijo.

"Gracias," contestó Avery.

Parecía más viejo de lo que recordaba, y no tan poderoso. El poder que había tenido sobre su vida ahora, sorprendentemente, se había ido.

Tomó asiento.

"He querido decirte algo por un tiempo," dijo. "Nunca le dije esto a nadie, pero lo sabía." Sus ojos azules miraron profundamente dentro de los de él. "Sabía que eras culpable cuando tomé tu caso. No por completo. Es decir, tu actuación fue buena, pero tenía una sensación de que todo iba a colapsar por tu culpa."

Randall se inclinó hacia adelante.

Verdaderas lágrimas cubrieron sus ojos.

"Lo sé," susurró.

"¿Cómo pudiste haberlo sabido?"

"Fui atrapado," dijo Randall. "No había forma de negar las conexiones: ambas eran estudiantes. Habíamos almorzado y cenado juntos muchas veces. Los asesinatos fueron presentados en el campus. Una de ellas tenía un diario. Sin embargo," con una sonrisa astuta, "estaba seguro de que podía convencer a un jurado de mi inocencia, a un detector de mentiras, a un abogado, a cualquiera, porque verás, Avery, yo no *creo* en tus conceptos del bien y el mal. El asesinato de esos dos estudiantes estuvo *bien* en mi opinión. A la larga los ayudaría a *ellos*, y al mundo. Por lo tanto, yo era inocente de cualquier acto indebido, cualquier crimen. Estaba preparado para ser liberado y continuar mi trabajo, sólo que más inteligentemente. Eso fue hasta que te conocí a *ti*."

Se le escapó un suspiro.

"¿Qué fue lo que vi?" se preguntó. "Una mujer hermosa, perdida, y necesitando desesperadamente salvación. Tu *creías* que estabas haciendo lo correcto. Tu *creías* que estabas haciendo el bien, y esa creencia, esa *falsa* creencia, te estaba comiendo viva. Tu no podías verlo, pero yo sí. La única forma en que supe cómo... era mostrándotelo. Tirar abajo la mentira y forzarte a enfrentar los escombros de tu vida."

"¿Por qué?" susurró Avery. "¿Por qué yo?"

"¿No es evidente?" dijo Howard. "Te amo, Avery."

La declaración fue demasiado para Avery. Se dio vuelta y sacudió la cabeza.

¿Amor? Él te destruyó. ¿Lo hizo? se preguntó. ¿O te liberó de aquel camino en el que estabas? No, se aseguró a sí misma. Es un asesino, un manipulador; nada bueno puede venir de alguien como él. Y, sin embargo, ella era más feliz ahora de lo que jamás había sido. La oscura penumbra que la había seguido durante sus años de novata como policía se había disipado. Su vida pasada como abogada ahora era entendida por lo que había sido: un intento desesperado por escapar su antigua vida y ser alguien que nunca había disfrutado ser en primer lugar.

Avery se puso de pie para irse.

"No te vayas," suplicó Howard. "*Por favor*. Todavía no."

"¿Qué más quieres?"

"Nunca terminaste tu historia," susurró Howard, y una sonrisa torcida se formó en sus labios, y sus ojos eran cuentas brillantes.

"¿Mi padre?" preguntó ella. "¿Quieres saber qué sucedió?"

En silencio, Howard la observó.

Avery se dio vuelta. Esta parte de la historia no se la había relatado a nadie, ni a Jack ni a Rose ni a los reporteros que la había entrevistado cuando era niña. Recordaba las piernas de su madre en el pasto, y la sangre en su vestido, y su padre, de pie sobre ella con la escopeta en la mano.

Tomó un profundo aliento, cerró los ojos, y se preparó para enfrentar a sus más profundos demonios. No estaba segura de estar lista.

"Los escuché gritar," comenzó, su voz trémula.

Luego pausó por un minuto antes de continuar.

"Antes de los disparos," añadió. "Él la estaba llamando zorra, una zorra borracha que no valía nada, y ella estaba diciéndole cosas horribles," susurró y miró a Howard sólo por un momento. "Cosas horribles. Luego escuché el disparo y lo vi ahí. Se rio, de verdad se rio al verme, como si fuese un chiste que yo apareciese. Dijo: 'Ve a traerme una pala. Tienes que enterrar a tu madre.'"

Avery lo enfrentó con lágrimas en los ojos.

"Y me hizo hacerlo," dijo. "Estuve ahí hasta el anochecer. Hice ese pozo yo sola. Mis brazos temblaban, mis piernas estaban negras de tierra. Sinceramente creí todo ese tiempo que él iba a dispararme y tirarme ahí adentro con ella. Estaba tan asustada. Cada segundo parecía una eternidad. Estaba oscuro cuando terminé. Ninguna luz en ninguna parte excepto las estrellas. Él me miró todo el tiempo. 'Buen trabajo', dijo cuando terminé, y me tocó, me tocó como lo había hecho antes, sólo que esta vez fue más

duro, más forzado. Ahora supongo que, habiéndose ocupado de mi madre, pensó que finalmente podía hacer lo que quería *conmigo*."

Levantó la vista e inhaló profundamente.

"Ahí fue cuando me fui," dijo. "Esa misma noche escapé de casa. La policía me encontró e intentaron llevarme de regreso. Les conté, les conté todo. Unos meses después, estaba bajo la tutela del estado y fui asignada a una familia. No quieres saber sobre *esa* época," dijo ella. "En algunas maneras, era peor que con mi padre."

"Sí quiero saber, Avery," susurró como un alcohólico que solo quería un trago más, "Sí *quiero*."

En ese momento, Avery lo vio por lo que verdaderamente era: la fealdad, sus facciones marchitas y mirada demoníaca. Le recordó a la historia de la mariposa y el capullo. Él era más como la oruga de la historia, se dio cuenta, una criatura babosa y extraña que era capaz de transformarse en una hermosa mariposa, pero nunca lo hizo.

"Tú me has ayudado," dijo ella, con verdadero afecto. "En mi vida, y en el caso. No voy a regresar. No necesito hacerlo más."

Howard se recostó y lentamente, endemoniadamente, esbozó una sonrisa. Pero a diferencia de las otras veces, era una sonrisa débil, una que mostraba una grieta en su seguridad, que mostraba que no se sentía tan seguro.

"Oh, lo harás," dijo él. "Lo harás."

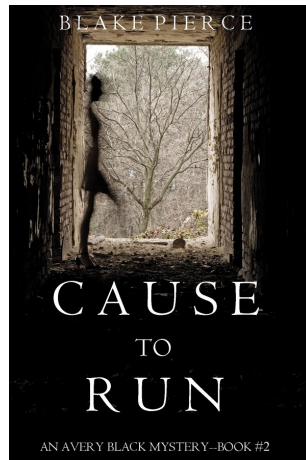
* * *

Fuera de la prisión el cielo estaba cubierto, el primer día nublado en más de una semana. Desde el primer día del caso, Avery había deseado la lluvia, había deseado nubes para combinar con su estado de ánimo. Ahora, ni siquiera le importaba.

Mientras Avery caminaba a través del vasto estacionamiento hacia su auto, se sintió más liviana de lo que se había sentido jamás. Por primera vez en mucho tiempo, nada parecía importar. De hecho, el aire más fresco y las nubes oscuras se sentían bien: el comienzo de algo nuevo.

Se detuvo y respiró la brisa fresca, y por primera vez en un largo tiempo sintió que tenía una vida por delante.

¡AHORA DISPONIBLE!



CAUSA PARA CORRER

(Un misterio de Avery Black—Libro 2)

"Una dinámica historia que atrapa desde el primer capítulo y no deja ir."
--Midwest Book Review, Diane Donovan (sobre Una Vez Desaparecido)

Del autor de misterio #1 mejor vendido Blake Pierce llega una nueva obra maestra del suspenso psicológico.

En CAUSA PARA CORRER (Un misterio de Avery Black—Libro 2), un nuevo asesino serial acecha a Boston, matando a sus víctimas de maneras extrañas, provocando a la policía con misteriosos rompecabezas que hacen referencia a las estrellas. A medida que las apuestas suben y la presión aumenta, el Departamento de Policía de Boston es forzado a llamar a su más brillante, y más controversial, detective de homicidios: Avery Black.

Avery, aún conmovida por su último caso, se encuentra enfrentada a una comisaría rival y un brillante e ingenioso asesino que siempre está un paso delante de ella. Se ve forzada a entrar a su oscura y retorcida mente a

medida que él deja pistas para su siguiente asesinato, y forzada a buscar en lugares en su propia mente adonde preferiría no entrar. Se encuentra obligada a buscar el consejo de Howard Randall, el retorcido asesino serial al que puso tras las rejas años atrás, todo mientras su nueva y floreciente vida con Rose y Ramírez se derrumba.

Y justo cuando las cosas no podrían ser peores, descubre algo más: ella misma puede ser una víctima.

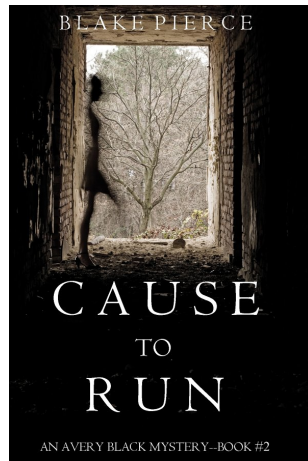
En un juego psicológico del gato y el rato, una frenética carrera contra el tiempo lleva a Avery a través de una serie de sorprendentes e inesperados giros, culminando en un clímax que ni siquiera Avery podría haber imaginado.

Un oscuro thriller psicológico con suspenso que acelera el corazón, CAUSA PARA CORRER es el libro #2 de una fascinante nueva serie, con un querido nuevo personaje, que te dejará dando vuelta las páginas hasta tarde en la noche.

El libro #3 de la serie Avery Black estará disponible pronto.

"Una obra maestra del thriller y el misterio. Pierce hizo un magnífico trabajo desarrollando personajes con un lado psicológico, tan bien descritos que nos sentimos dentro de sus mentes, seguimos sus miedos y los alentamos en sus éxitos. La trama es muy inteligente y te mantendrá entretenido a través del libro. Lleno de giros, este libro te mantendrá despierto hasta dar vuelta la última página."

--Books and Movie Reviews, Roberto Mattos (sobre Once Gone)



CAUSA PARA CORRER
(Un misterio de Avery Black—Libro 2)

OceanofPDF.com

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la exitosa serie de misterio RILEY PAGE, la cual incluye las novelas de suspenso y misterio UNA VEZ DESAPARECIDO (libro #1), UNA VEZ TOMADO (libro #2), UNA VEZ ANHELADO (#3) y UNA VEZ ATRAIDO (#4). Blake Pierce es también el autor de las series de misterio MACKENZIE WHITE y AVERY BLACK.

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1), que cuenta con más de 100 opiniones de cinco estrellas, ¡está disponible como una [descarga gratuita en Google Play!](#)

Ávido lector y admirador de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, a Blake le encanta tener noticias de sus lectores, así que no dudes en visitar www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

OceanofPDF.com

LIBROS DE BLAKE PIERCE

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAIDO (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE MATE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

SERIE DE MISTERIO AVERY BLACK

CAUSA PARA MATAR (Libro #1)

CAUSA PARA CORRER (Libro #2)

OceanofPDF.com